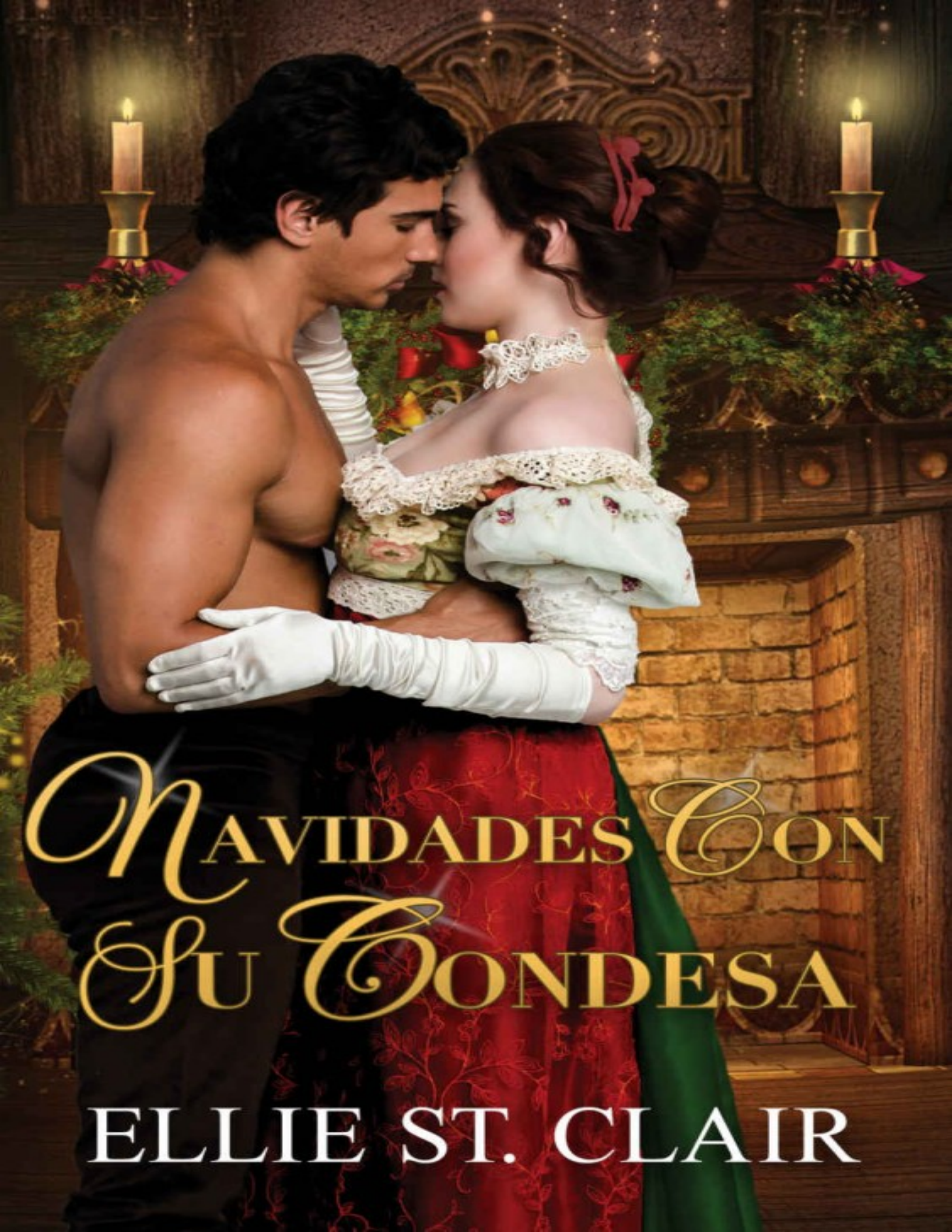

Navidades Con Su Condesa
ELLIE ST. CLAIR

Navidades con su condesa

ELLIE ST. CLAIR



Índice

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Epílogo
Anticipo de «Un feliz despropósito»

Otras Obras de Ellie St. Clair
Acerca de la autora

© Copyright 2018 Ellie St. Clair

Título original: *Christmastide with his countess*

Reservados todos los derechos.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Facebook: Ellie St. Clair

Cubierta AJF Designs

¿Quieres conocer mis últimas novedades? ¡Apúntate aquí a mi newsletter en español!

Prólogo

AGOSTO DE 1813

—¿Aceptas a este hombre por tu legítimo esposo para vivir juntos según la ordenanza de Dios en el santo estado del Matrimonio? ¿Le obedecerás y le servirás, le amarás, le honrarás y cuidarás de él en la enfermedad y en la salud; y, renunciando a todos los demás, te entregarás solo a él mientras ambos viváis?

Un silencio sepulcral se apoderó de la iglesia mientras Scarlett permanecía allí, con la respiración entrecortada y el corazón martilleándole en el pecho. Anhelaba lanzar su ramo de hierbas aromáticas y pensamientos por encima del altar, darse la vuelta sobre el tacón de su zapatilla de cabritilla rosa pálido y echar a correr por el pasillo —sola— tan rápido como le fuera posible.

Oyó una tos a su espalda, unas pocas palabras entre dientes, algunos susurros.

Por el rabillo del ojo, estudió al desconocido que estaba a su lado, que ahora se balanceaba de un pie a otro.

Era alto, mucho más que ella, que tenía una estatura media. Era atractivo, de eso no cabía duda; la estructura de su rostro estaba tan bien definida que parecía esculpida por un maestro. Sus oscuros mechones, casi negros, le rodeaban la cabeza en una sinfonía de rizos. No estaba segura del color de sus ojos, pues todavía no se los había mirado.

La primera vez que se habían visto había sido hacía unos instantes, cuando su padre la había dejado allí, frente a la pintoresca iglesia del pueblo.

Repasó todas sus opciones en la mente una vez más y finalmente llegó a la única conclusión posible, la que la había llevado hasta allí aquella mañana.

—Sí, quiero.

Cuando por fin pronunció las palabras, estas resonaron con fuerza y claridad, pues Scarlett nunca decía nada que no sintiera de verdad. Se casaría con él. No tenía otra opción, a pesar de que en lo

más profundo de su alma algo clamaba por la libertad. Pero la libertad, al parecer, resultaba esquiva; al menos, por el momento.

Tras confirmar que era su padre quien la entregaba —cómo no, pues pasaba de ser considerada propiedad de un hombre a serlo de otro—, el párroco continuó, colocando la mano derecha de ella en la de su prometido.

Sintió un hormigueo en la piel allí donde se tocaban, a pesar de la fina tela de su guante. Mientras él repetía las palabras que le indicaba el párroco, Scarlett al fin lo miró. No era su intención, pero fue como si no hubiera tenido elección. Clavó sus ojos en los de él y, una vez que lo hizo, deseó no haberlo hecho.

Porque sus ojos eran de un azul verdoso como nunca antes había visto en color alguno, salvo quizá en una masa de agua en un día oscuro. Y parecía que casi… ¿centelleaban? Parpadeó, intentando romper el hechizo que parecían haberle lanzado, pero era como si se estuviera perdiendo en su profundidad, ahogándose a pesar de sus denodados esfuerzos por salir a la superficie.

Su voz era la de un barítono suave y sedoso, aunque apenas oyó una palabra de lo que dijo.

De repente, se hizo de nuevo el silencio, y él curvó los labios al mirarla. ¿Acaso estaba a punto de reírse? Ella le devolvió la mirada con incredulidad. ¿Qué demonios tenía aquello de gracioso? Hasta que se dio cuenta de que era su turno de hablar. Otra vez.

—¿Puede repetirlo? —le susurró al párroco, que pareció contrariado, pero hizo lo que le pedía.

—Yo, Scarlett, te acepto a ti… —. Oh, maldición. ¿Cómo se llamaba? ¿Se lo había dicho el párroco? Su mirada se desvió de él a su prometido una vez más. Ahora sí que los labios de este se estiraron en una amplia sonrisa.

—Hunter —le susurró él, inclinándose hacia ella y turbándola aún más.

—Sí, ya lo sé, Hunter —dijo—. *Contrólate, Scarlett. Ni siquiera quieres esta boda.* —Yo, Scarlett, te acepto a ti, Hunter, por mi legítimo esposo, para tenerte y protegerte desde hoy en adelante, en lo bueno y en lo malo, en la riqueza y en la pobreza, en la enfermedad y en la salud, para amarte, honrarte y obedecerte hasta

que la muerte nos separe, según la santa ordenanza de Dios; y para ello te doy mi palabra.

Las bendiciones y las oraciones pasaron rápidamente y, de repente, casi sin que se diera cuenta, la boda había terminado y su nuevo marido —*marido*— la llevaba del brazo por el pasillo, fuera de la iglesia.

Santo cielo. ¿Qué había hecho?

* * *

Hunter observó a la mujer que estaba a su lado. Era atractiva, de eso no cabía duda. Su cabello era de un castaño intenso con un matiz que le recordaba a la canela. Un manto de pecas cubría su piel perfecta, que era algo más oscura que la porcelana de otras jóvenes que conocía. Era como si pasara tiempo al aire libre. No que él lo supiera. No sabía nada de ella. Por el amor de Dios, apenas sabía su nombre hasta hoy, y ella, desde luego, había olvidado el de él.

Su matrimonio había sido un acuerdo entre sus padres. El padre de él era un poderoso marqués; el de ella, un conde. Habían planeado un encuentro entre los dos, por supuesto, pero los padres de ella le habían dicho que estaba enferma. Como él pasaba casi todo el tiempo en Londres y ella siempre había estado en el campo, nunca surgió otro momento adecuado. Finalmente, se fijó la fecha de la boda, esta llegó, y allí estaban.

Ni siquiera había estado seguro de que ella asistiera a la ceremonia, a pesar de las garantías de su padre. Cuando había avanzado hacia él por el pasillo, su rostro mostraba una mueca tan feroz que casi se había escondido detrás del párroco. ¿De verdad lo aborrecía tanto, a un hombre al que no conocía de nada?

Y, sin embargo, cuando se paró a su lado, pudo percibir algo más. Estaba enfadada, cierto, pero quizá también… ¿asustada?

No le dirigió la palabra durante el desayuno de bodas, ni a nadie más, en realidad. Se limitó a sentarse, tan estoica como un soldado a punto de ser enviado a la batalla, como si estuviera esperando que todo el evento acabara de una vez por todas.

No es que la culpara por ello, ni mucho menos. Todo este asunto era tan forzado que no tenía nada de natural, y esa misma tensión impregnaba el ambiente.

Finalmente, por suerte, todos los invitados se marcharon y él se quedó a solas con ella en el umbral de la entrada de su —de su— finca de campo.

—Scarlett —empezó él, volviéndose hacia ella, pero permaneció resueltamente rígida, mirando el polvo que levantaban los carruajes al alejarse traqueteando por el camino de entrada—. Supongo que esto no es exactamente lo que se había imaginado. Yo...

—¿Cómo lo ha supuesto, oh, sabio esposo?

Él enarcó una ceja ante su sarcasmo. —Por la forma petulante en que se ha comportado desde el momento en que entró en la iglesia.

—¿Perdone? —Por fin había captado su atención. Se volvió y lo miró con aquellos ojos que tanto lo habían desconcertado cuando se encontraron con los suyos durante el momento en que pronunciaba sus votos. Eran de color avellana, tan claros como los reflejos de canela que se entremezclaban con su cabello, pero con motas doradas que danzaban cuando lo había observado atentamente mientras él le decía las palabras que los unían para el resto de sus vidas.

—He dicho...

—He oído lo que ha dicho. ¿Es esa forma de hablarle a su nueva esposa?

Se cruzó de brazos. ¿Quién se creía que era para lanzarle puyas de esa manera cuando él no había hecho más que cumplir con lo que se esperaba de él, igual que ella?

—Apenas ha pronunciado una palabra desde que llegó al pueblo. Desde luego, no me ha hablado *a mí*. Me ha evitado hasta el momento en que ha comenzado la boda. Y ahora está haciendo todo lo posible por alejarme. ¿Tan repulsivo le parezco, Scarlett?

Ella guardó silencio un instante, desviando la mirada mientras contemplaba los magníficos jardines que se extendían desde la puerta principal, rodeaban el camino de entrada y se perdían detrás de la casa.

—No deseo estar casada —dijo, con palabras forzadas y airadas —. Ni con usted ni con nadie.

—Entonces, ¿por qué aceptó casarse conmigo?

—No tuve otra opción. Mi padre decretó que esta boda se celebrara, y así fue. Era eso o intentar abrirme camino en el mundo por mi cuenta, y por mucho que me gustaría, sencillamente... no podría. ¿Y usted? ¿Por qué aceptar casarse conmigo, una mujer a la que nunca ha visto?

—Tenía asuntos que atender, como siempre. No tuve tiempo para conocer y cortejar debidamente a una mujer. Mi padre estaba ansioso por tener herederos. Me aseguró que era usted una mujer de buena cuna que encajaría bien en mi vida. Puede que sea un hombre frío, pero siempre ha velado por mis intereses y confié en él para esto.

—¿Confió en su padre para que le encontrara la mujer adecuada con la que pasar el resto de su vida? —Lo miró con incredulidad, y él cambió el peso de un pie a otro. Dicho así, la verdad es que sonaba bastante idiota, pero en su momento había tenido sentido. Su padre le había dicho que ella era hermosa, de buena familia y con una dote considerable. Todo eso había sido cierto. Lo que nunca había mencionado era su carácter.

A Hunter le sorprendió que fuera ella la primera en romper el silencio que se produjo a continuación.

—Tiene una casa preciosa, eso por lo menos.

—Gracias —dijo él, resuelto a intentar ser cortés con ella. No deseaba pasarse la vida en conflicto con su esposa. Ya tenía bastante de eso en sus quehaceres diarios en la Cámara de los Lores —. Vivo principalmente en Londres, pero siempre me ha encantado Wintervale. Parecía el lugar ideal para celebrar la boda. El pueblo es encantador en esta época del año y conozco al párroco desde que era un niño.

—¿No pasa mucho tiempo aquí?

—La verdad es que no —dijo él, encogiéndose de hombros—. Parece que tengo demasiadas cosas que requieren mi atención en Londres.

—Ya veo —dijo ella, con una expresión contemplativa en el rostro, y él deseó poder leerle el pensamiento.

—Pensé que quizá podríamos pasar un mes o así aquí antes de volver a Londres —propuso—. Sé que sería con mucha antelación a la Temporada, pero...

—Váyase —dijo ella con un gesto de la mano.

—¿Que me vaya? —preguntó él, lleno de confusión—. Viajaremos juntos cuando llegue el momento.

Ella lo miró entonces, con las manos en las caderas. —Seré sincera con usted, lord Oxford. No deseo ir a Londres. Ni en un mes, ni para la Temporada. Creo que me gusta este lugar y que me quedaré aquí.

—Pero... —Rebuscó desesperadamente en su mente las palabras adecuadas. Sería bastante inapropiado presentarse en Londres sin su esposa durante toda la Temporada. Debía convencerla de que fuera, aunque solo fuese por poco tiempo. Respiró hondo. Estaba seguro de que cambiaría de opinión. Solo necesitaba tiempo—. Ya lo hablaremos —dijo finalmente, y ella curvó una comisura de los labios hacia arriba, el primer atisbo de sonrisa que había visto desde que la conoció.

—Muy bien —dijo ella—. Ahora deseo quitarme esta monstruosidad de vestido. Si me disculpa.

Y con eso, se dio la vuelta, llamando a su doncella. Él la siguió desde la distancia, estudiándola mientras atravesaba el Salón de Roble, mirando a un lado y a otro hasta que descubrió la escalera al final del Salón de Piedra contiguo. Levantó su «monstruosidad», que en realidad era un precioso vestido rosa, aunque un poco recargado para su gusto, y comenzó a subir la gran escalinata. La siguió con la mirada mientras subía, rodeaba la balaustrada y recorría el balcón que se asomaba al gran salón de abajo, donde él permanecía de pie, preguntándose qué demonios acababa de ocurrir.

No volvió a verla. Ni durante la tarde, ni siquiera para la cena, a pesar de sus insistentes golpes en la puerta. «No me encuentro bien», había gritado ella. Y cuando probó a abrir la puerta esa noche, para ver cómo se encontraba y si tenía algún interés en una noche de bodas, se encontró con lo que se temía.

La puerta estaba cerrada con llave.

Capítulo Uno

DICIEMBRE DE 1813 ~ LONDRES

—Spicer, voy con retraso, por desgracia, y la Cámara se reúne en apenas una hora. ¿Está todo preparado?

—Por supuesto, mi señor. —Rupert Spicer había sido su fiel ayuda de cámara durante los últimos cinco años y Hunter no sabía qué haría sin él. El hombre lo ayudó a ponerse el abrigo y le pasó el sombrero mientras salía corriendo por la puerta. Era el último día que la Cámara de los Lores se reunía antes de las Navidades. Hunter asistía con diligencia, a diferencia de su padre, que siempre había aborrecido lo que él llamaba unos procedimientos tediosos y lúgubres.

—¡Tres veces! —le tronaba a Hunter—. ¡Tres veces tenía que sentarme allí a escuchar la lectura del mismo proyecto de ley! ¡Estoy *harto*!

A pesar de su reticencia inicial, Hunter había descubierto que disfrutaba de la oportunidad de formar parte de la Cámara, de influir en decisiones que podían cambiar el mundo. Aquel día no había nada importante que debatir, aunque Hunter estaba de acuerdo en que el receso hasta marzo parecía inexplicablemente largo. Había mucho que debatir; no solo la guerra con Bony y Francia, sino que, tras su reciente visita a la fábrica y el horror que sintió ante lo que allí encontró —niños que no llegaban a los diez años, explotados hasta la extenuación—, quedaba mucho por hacer.

Aunque coincidía con sir James Mackintosh en que debían adelantar la fecha de la sesión del año siguiente, el hombre no paraba de divagar sin decir gran cosa y Hunter se encontró con la mente en otra parte. Las Navidades. ¿Debía quedarse en Londres? ¿Debía asistir a alguna fiesta en una casa de campo? Lo habían invitado a varias. Acudía a fiestas selectas durante la temporada, pero, a diferencia de muchos hombres como él, su principal propósito para permanecer en Londres no era tanto la vida social como la verdadera razón por la que estaba allí: la política. Si asistía a una fiesta o a algún evento de ese tipo, a menudo era

simplemente para ganarse el favor de otro lord o ministro del gabinete.

Sin embargo, en ese momento Londres estaría bastante vacío. ¿Debía regresar a su propia casa de campo, a Wintervale? Wintervale, donde lo esperaba su esposa. Al menos, eso suponía. No había tenido noticias de ella desde que se había marchado en agosto. Imaginaba que su administrador le escribiría una nota si de verdad se iba. Stone le había informado de que visitaba a su madre de vez en cuando, ya que sus casas estaban a tan solo un par de horas de viaje de distancia. Hunter nunca había sido un señor especialmente atento, pero su padre había insistido en que se hiciera cargo de Wintervale, ya que él y la madre de Hunter preferían quedarse en Londres y tenían muchas otras fincas a las que podían escaparse si sentían la necesidad de pasar un tiempo en el campo.

Cuando Hunter regresó a su casa de la ciudad aquella noche —la casa que había comprado para su esposa, pensó con pesar, pues él se había sentido perfectamente feliz en sus habitaciones de alquiler —, todavía estaba indeciso y, tras una cena rápida a solas, en lugar de quedarse cavilando en la biblioteca, cogió el sombrero del escritorio y pidió que prepararan de nuevo su carruaje. Siempre podía encontrar compañía en el White's. Subió al carruaje, que no tardó en dejarlo frente al edificio de piedra de Portland en St. James' Street.

Se sintió aliviado al entrar y encontrar a su amigo, lord Wimbledon, esperándolo.

—¡Wimbledon! —exclamó, y el hombre sirvió otra copa de brandy, dejándola al otro lado de la mesa para Hunter.

—Oxford —lo saludó el hombre—. Me sorprende verte aquí. Pensaba que con el receso del Parlamento te habrías ido a ver a tu nueva esposa.

—Sí, bueno… —Hunter se removió incómodo al tomar asiento, sin saber muy bien qué responder. Sabía que su relación estaba en boca de muchos miembros de la alta sociedad, pero no había mucho que pudiera hacer al respecto. Su esposa lo odiaba y no tenía ni idea de por qué.

Había intentado acercarse a ella, de verdad que sí. Después de su boda, había intentado hacer las paces, encontrar un terreno común, pero ella se había cerrado en banda por completo y, al final, para no enfrentarse a más rechazos, él se había rendido y se había marchado a Londres.

Hunter ya había sufrido suficientes rechazos en su vida. Aunque admiraba a su padre y se había pasado la vida aprendiendo de él, cada vez que había expresado una palabra de sus propios ideales, su padre los había menospreciado como si no significaran nada. Y en cuanto a su madre… Hunter no podía pensar en otra alma en el planeta que poseyera menos compasión o amor, ni siquiera por sus hijos. Su padre siempre le había dicho que se curtiera, que no necesitaba el amor de una mujer. Pero aquello había creado en Hunter un miedo al rechazo del que nunca pudo librarse del todo. Sabía, sin embargo, que era mucho peor para su hermana Lavinia, que tenía que pasar mucho más tiempo en presencia de la marquesa.

Y ahora se encontraba frente a otra mujer que no quería saber nada de él. Preferiría no pensar en ello. Ya tenía demasiadas cosas en la cabeza. Había esperado una relación convencional y cordial, sin la necesidad de preocuparse por su esposa y lo que fuera que le causara tanta aflicción. Suponía que en algún momento tendría que lidiar con ello, pero por ahora estaba preocupado por los asuntos de la Cámara. Suspiró, dándose cuenta de que Wimbledon seguía mirándolo fijamente.

—Espero tener un descanso maravilloso —dijo simplemente, y Wimbledon lo interpretó como quiso y zanjó el tema. Hunter encendió un cigarro puro, se recostó en la silla y se quedó cavilando. ¿Qué se suponía que debía hacer ahora?

* * *

No tuvo que preguntárselo por mucho tiempo.

Cuando entró en el despacho a la mañana siguiente, seguido de un lacayo que entraba tras él con una bandeja con su café y unos

bollos, Hunter encontró un único sobre sobre la superficie de su escritorio, por lo demás impecable. Rompió el sello y descubrió los garabatos de su administrador, un hombre al que su padre le había confiado la gestión de la finca desde hacía ya muchos años.

Lord Oxford,

Disculpe la intromisión; sin embargo, sé que se encuentra usted de descanso. Por desgracia, ha surgido un asunto urgente que requiere su atención. Hay un problema con las cuentas, uno que no puedo resolver. Tengo mis sospechas sobre la causa de esta irregularidad. Aunque la solución debería ser sencilla, es preciso que hablemos más detenidamente.

Atentamente,

Sr. Stone

Suspiró. Desde luego, era críptico. Pero ya había tomado una decisión. Supuso que, después de todo, volvería a Wintervale.

* * *

Scarlett sonrió mientras se ponía los guantes y agachaba la cabeza para pasar bajo el arco de piedra de la casa de la joven familia. El frío le mordía el rostro descubierto, pero no le prestó atención. No en ese momento, con el calor de la acogedora casita todavía envolviéndola mientras el aire frío arrastraba un soplo de nieve por el patio.

Los niños eran diminutos y encantadores; uno de ellos, apenas un bebé, acurrucado en los brazos de su madre. Sin embargo, la sonrisa de Scarlett se desvaneció al contemplar los campos que se extendían ante ella. El sol empezaba a ponerse y podía distinguir la tenue luz de una vela o un fuego a través de las ventanas en la

distancia. Aquel era solo un hogar, y tenía muchos más que visitar en los días venideros.

Maldijo a su marido. El conde de Oxford. Tan preocupado por sus grandes ideales en la Cámara de los Lores que desatendía por completo a sus propios arrendatarios. Había gente que lo necesitaba, que apenas tenía para sobrevivir. ¿Lo sabía? ¿O es que de verdad no le importaba?

Scarlett desató su caballo del poste de la valla y se izó sobre él, levantándose las faldas y pasando una pierna por encima. No había nadie cerca que pudiera verla, y odiaba montar a la amazona. Cuando lo hacía, no podía subir sin ayuda, apenas controlaba el caballo y detestaba cuando la cincha estaba tan apretada que el animal parecía incómodo. Por supuesto, las raras veces que alguien la veía montar como lo hacía ahora, se quedaban completamente escandalizados, pero a Scarlett no le importaba demasiado. Que hablaran. Total, ¿qué importaba su reputación?

Wintervale era su hogar desde hacía ya cuatro meses, y Scarlett tenía que admitir que la adaptación no había sido tan difícil como había pensado en un principio. Los criados eran encantadores y acogedores, y había disfrutado visitando a los arrendatarios y recorriendo las tierras. Alguien tenía que hacerlo. Al administrador, aunque experimentado sin duda, solo le importaban las cifras y nada la gente. Cada vez que Scarlett había intentado tratar con él cualquier asunto de importancia, él había fingido escuchar un momento para luego despachar sus palabras con el ceño fruncido por la molestia. Por lo visto, era de esa clase de hombres, como la mayoría, que creían que las mujeres no tenían nada que aportar.

Y luego estaba Nia. Una sonrisa asomó a los labios de Scarlett mientras regresaba a Wintervale. La hermana de Hunter, Lavinia, había aparecido en la puerta un día después de que Hunter regresara a Londres. Se había casado con el vecino, le había contado, y vivía a un corto paseo a caballo. ¿Le importaría si la visitaba de vez en cuando? Al principio, Scarlett se había resistido. ¿De verdad quería la compañía, día sí y día también, de una mujer a la que solo había visto una vez y que, para colmo, era la hermana de su indeseado marido?

Pero Lavinia la había sorprendido. Resultó ser inteligente y divertida, y Scarlett empezó a disfrutar cada vez más de sus visitas. Lavinia aborrecía el aire libre y, por lo tanto, nunca la acompañaba a montar a caballo ni a trabajar en la hermosa gruta de los jardines, pero se veían lo justo para no aburrirse de la presencia de la otra. Y era bastante agradable tener una amiga cerca.

Ahora, mientras Scarlett se sacudía la nieve de las botas, oyó a Lavinia doblar la esquina y entrar en el vestíbulo.

—¡Scarlett! —dijo mientras se subía las gafas por la nariz delgada —. ¡Cielos, estaba preocupada por ti! ¡Llevo aquí horas! ¿Dónde te has metido tanto tiempo con la tarde tan fría que hace?

—No es nada por lo que preocuparse, Nia —dijo, posando una mano en el hombro de la mujer mientras atravesaba el vestíbulo y le entregaba la capa al lacayo que esperaba—. Solo estaba visitando a unos arrendatarios, eso es todo.

—Eso es muy amable por tu parte, Scarlett, pero sé que mi hermano no esperaría que hicieras eso —dijo Lavinia, mordiéndose el labio.

Y esa era la única razón por la que Scarlett a veces deseaba que Lavinia no la visitara tan a menudo: el continuo elogio a su hermano. Scarlett sabía que lo hacía a propósito, pero no iba a caer en las tretas de Lavinia. Sin embargo, había resuelto no hablar mal del hombre al que Lavinia tanto quería en su presencia.

—Claro que no lo esperaría —dijo simplemente, conduciendo a Lavinia al salón trasero, su favorito, con sus paredes de raso a rayas, alegres y luminosas, y sus muebles de un amarillo entre limón y ámbar. Lo mejor eran las ventanas con vistas a la gruta—. Elijo hacerlo yo misma.

—Es muy amable por tu parte —dijo Lavinia con una sonrisa mientras se sentaba en el sofá de palisandro profusamente tallado —. ¿Sabes si mi hermano volverá por Navidad?

—No sabría decirte —respondió Scarlett, sentándose frente a ella en el sofá más pequeño a juego—. Como bien sabes, Nia, él y yo no nos escribimos. Es más probable que tú lo sepas.

—Bueno, yo le he sugerido que venga, pero, en realidad, te corresponde a ti pedírselo, como su esposa. Ay, Scarlett, si tan solo

te dieras la oportunidad de conocerlo. De verdad que es un hombre encantador, y no lo digo solo porque sea mi hermano. Es amable y generoso, y sí, puede que se deje absorber por el trabajo, ¡pero es solo porque le apasiona! Y cuando ama algo, se entrega en cuerpo y alma.

—Está claro que este matrimonio *no* es algo que le importe especialmente —dijo Scarlett con amargura.

—Desde luego, no le has dado ninguna razón para que lo sea —dijo Lavinia, inclinándose hacia adelante, con el brazo apoyado en el remate en forma de urna griega del sofá—. Lo único que necesita de ti, Scarlett, es una palabra de bienvenida. ¿Por qué eres tan fría?

Scarlett suspiró. No era la primera vez que Lavinia sacaba el tema, y sabía que no sería la última; no hasta que entendiera su punto de vista.

Scarlett se levantó, con la taza de té en la mano, y se acercó a la ventana para mirar la negrura de la noche ya cerrada.

—Deja que te cuente una historia, Nia —dijo, mientras un leño crepitaba en el hogar—. Cuando mi madre se casó con mi padre, estaba perdidamente enamorada de él. Él la había cortejado y ella se encaprichó rápidamente de él. Tras el típico periodo de noviazgo, que transcurrió exactamente como era de esperar, se casaron en la catedral de San Jorge. Consumaron el matrimonio esa noche, y al día siguiente él estaba de vuelta en la cama de su amante. Mi madre no se enteró de esto hasta mucho más tarde, y cuando lo hizo, se le rompió el corazón por completo.

Había oído a Lavinia jadear a su espalda al mencionar a la amante, y Scarlett se giró para mirarla, decidida a que Lavinia la entendiera.

—Mi madre amaba a mi padre con todo su corazón, y él solo quería su dote. Ha vivido su vida enamorada de un hombre que no quiere nada de ella salvo que le dé herederos, e incluso en eso le falló, teniéndome solo a mí. Jamás caeré en esa trampa. Puede que esté casada, pero mientras viva separada de tu hermano, tengo mi libertad. Puedo hacer lo que me plazca y no tener que preocuparme nunca de quedar atrapada por mis propias y volubles emociones.

Mientras Lavinia la miraba conmocionada, Scarlett se sintió casi culpable por haber compartido con ella pensamientos tan lúgubres, pero al menos ahora estaba al tanto.

—Es la historia más triste que he oído nunca —dijo Lavinia, bajando la mirada, tan parecida a la de su hermano pero tras unas gafas, hacia su regazo—. Pero tienes que saber que no tiene por qué ser así, Scarlett. Mi hermano no es esa clase de hombre.

Scarlett se encogió de hombros, con la mirada perdida en las doradas tallas Chippendale que destacaban en las paredes. —Eso crees tú. Mi padre también es un hombre maravilloso para la mayoría de la gente que lo conoce. Es encantador, es amable, se preocupa por los demás. A pesar de que deseaba tanto un hijo, me quiere y ha hecho todo lo posible por mí. Pero mi madre no es nada para él. Simplemente una mujer que se viste de gala y lo acompaña a los bailes. Esa no es vida para mí, Nia, en absoluto.

—Ojalá no pensaras así —dijo Lavinia con tristeza, y Scarlett volvió a su asiento y alargó la mano por encima de la mesita que las separaba para coger las de Lavinia.

—Eso no cambia lo feliz que estoy de tenerte como hermana —dijo en voz baja—. Me alegro mucho de que nos hayamos hecho amigas.

—Bueno, en eso, Scarlett, estamos de acuerdo.

Capítulo Dos

Scarlett miraba la vela que había sobre la pequeña pero elegante mesa de caoba que tenía al lado. La mecha se consumía peligrosamente. ¿Le quedaría suficiente para terminar este último capítulo y poder volver a su habitación? Cierto es que podría levantarse a buscar otra, pero en ese momento estaba muy cómoda con el enorme edredón echado sobre ella mientras se acurrucaba en las profundidades del sillón bergère azul marino, en un rincón de la biblioteca.

Intentó distinguir la hora en el reloj de la repisa, sobre una de las tres chimeneas de la estancia, donde solo las ascuas ardían débilmente en el hogar, con la campana de mármol que se extendía muy por encima. Sin embargo, por mucho que entrecerró los ojos, no consiguió leerla, aunque, si tuviera que adivinar, supondría que era poco más de la medianoche. Una hora a la que, por supuesto, el resto de la casa dormía. Lavinia se había marchado a su casa después de la cena, y los sirvientes ya estaban todos acostados. Scarlett siempre se preparaba para dormir temprano para que Marion, su doncella, no tuviera que esperarla levantada, pero luego bajaba a hurtadillas a la biblioteca. Nunca había sido de las que se acuestan pronto, ni siquiera de las que duermen mucho. Si se iba a la cama a una hora que otros considerarían apropiada, se pasaba la noche dando vueltas, así que solía leer hasta que sentía los párpados lo suficientemente pesados como para prometerle el sueño.

Algo que sí tenía que reconocerle a su marido era la riqueza de sus estanterías. Estaban repletas de volúmenes de todo tipo, desde novelas góticas hasta libros de historia o infantiles. Lavinia le había contado que todos los libros de su casa de Londres y de la segunda finca de campo de sus padres se enviaron aquí cuando su madre decidió redecorar. Se suponía que debían recogerlos y devolverlos, pero su madre decidió comprar en su lugar libros que «pareciera que pegaban». Vete a saber qué quería decir con eso, pensó Scarlett, poniendo los ojos en blanco.

En ese momento estaba leyendo un tesoro oculto que había encontrado el otro día: una historia de Wintervale. La primera piedra se había colocado en marzo de 1650, un dato que, al parecer, se había extraído de un diario. Ese también tendría que encontrarlo. No tenía ni idea de por qué le interesaba tanto la familia de un hombre del que hacía todo lo posible por distanciarse, pero le encantaría saber más de las personas que adornaban los cuadros de las paredes y que habían caminado sobre las mismas tablas del suelo que ahora ella misma rondaba como un fantasma.

Estaba leyendo sobre el tercer conde. Era una historia romántica. Su posible suegro lo rechazó inicialmente como pretendiente, ya que el conde tenía una salud bastante delicada. Sus amigos le concertaron otro matrimonio y, cuando conoció a esa mujer el día de su boda, se enamoró de ella al instante; tuvieron dos hijos y una vida maravillosa juntos.

—Mmm… —Scarlett cerró el libro—. ¿Debía fiarse de ese retrato romántico, o era simplemente un cuento de hadas?

Echó la cabeza hacia atrás sobre el cojín. Cabía la posibilidad de que fuera cierto, pero eso no significaba que el amor mereciera la pena. Al menos, no para ella.

* * *

Hunter abrió la puerta con cuidado y entró en la casa. Aunque no había podido ver el familiar ladrillo rojo en la oscuridad de la noche, en cuanto puso un pie en el vestíbulo, el hogar lo acogió como una

madre con los brazos abiertos. Bueno, como lo haría la mayoría de las madres. Con la excepción de la suya.

Siempre le había encantado esta casa y no se había dado cuenta de cuánto la había echado de menos hasta que se acercó a ella. Si tan solo su esposa quisiera recibirlo, tal vez podría empezar a pasar más tiempo aquí de nuevo, al menos cuando el Parlamento no estuviera en sesión.

Spicer, su ayuda de cámara, había ido por la parte de atrás y le había dicho que prepararía todo en sus aposentos antes de que Hunter subiera a acostarse. Estaba cansado —había sido un viaje largo desde Londres—, pero decidió que una copa de brandy no le vendría mal para entrar en calor después del aire gélido que se había colado en el carruaje y a través de la manta durante el trayecto.

Él y Lavinia siempre habían preferido esta casa y, en cuanto tuvieron edad suficiente, optaron por pasar la mayor parte del tiempo aquí en lugar de en la fría y señorial mansión que sus padres ocupaban actualmente y preferían. Las tablas de roble del suelo crujieron bajo su peso mientras recorría el vestíbulo y el Salón de Roble. Atravesó el Salón Verde, giró a la izquierda alrededor del patio interior hasta llegar a la estancia que siempre había sido su hogar: su biblioteca. Se sorprendió cuando, al empujar la puerta, encontró la habitación cálida y las ascuas de uno de los hogares aún encendidas, como si el fuego acabara de extinguirse. ¿Había estado alguien aquí…, su esposa, tal vez? Se abrió paso por la penumbra de la familiar estancia para encontrar la licorera de brandy justo donde siempre estaba y se sirvió una copa. Con los ojos medio cerrados, deambuló entre los muebles hasta encontrar su sillón favorito, el que conocía su cuerpo mejor que ninguna mujer lo haría jamás.

Al ver el edredón que su abuela le había hecho ya extendido sobre el sillón, fue como si lo hubiera estado esperando. No había nada como volver a casa.

Se inclinó y se sentó, soltando un grito cuando algo se movió debajo de él.

El cuerpo emitió su propio chillido, antes de levantarse del sillón más rápido de lo que él jamás hubiera previsto, abalanzándose

sobre él con la ferocidad del mejor luchador de Inglaterra.

—¿Pero qué demonios? —gritó mientras su copa salía volando, derramando su líquido ambarino por toda la alfombra de Aubusson al caer él con un golpe sordo a su lado. Pero en ese momento le preocupaba más la fiera que tenía encima.

—¿Quién es usted, bruto? —gritó ella, y a Hunter le costó un momento reconocer la voz. La había oído antes, aunque no a menudo. Fue la ira que la acompañaba lo que permitió que la familiaridad se abriera paso.

—¡Scarlett! —exclamó mientras intentaba agarrarle las muñecas para evitar que siguiera apaleándolo—. ¡Soy yo, su… su marido!

—¿Mi quién? —sonó algo confusa, pero se sentó sobre los talones, y él aprovechó la oportunidad para ponerse de rodillas y retroceder, fuera de su alcance.

—Su marido —repitió, ahora con más calma—. Hunter.

Entonces ella se levantó, retirándose a toda prisa de él.

—¿Qué…, qué hace usted aquí? —preguntó confundida.

—Pues esta es mi casa —dijo con sequedad—. Debería poder venir cuando me plazca sin temor a que me maten a palos.

—¡Ha aparecido usted en mitad de la noche sin previo aviso! —protestó ella—. Podría haber sido cualquiera. ¿Cómo iba a saber yo que decidiría volver a casa tras caer la noche, merodeando como un ladrón?

—Parece que olvida usted que esta es mi biblioteca, *esposa* —dijo—. Puedo ir y venir como me plazca. Si alguna vez se dignara a escribirme, quizá se enteraría de mis movimientos.

Tampoco era como si él mismo hubiera sabido que estaría allí hasta esa misma mañana, pero no pensaba compartir esa información con ella. Había sido ella quien había elegido distanciarse de él, así que cualquier falta de comunicación era únicamente culpa suya.

—No se lo dijo a Lavinia —lo acusó ella, y él no necesitó luz para saber que una sonrisa de suficiencia se le había dibujado en el rostro.

—No, no lo hice —dijo él secamente, buscando una cerilla y un farol en la oscuridad—. Tampoco necesito la aprobación de mi

hermana. Yo soy el señor de esta casa, ¿o no?

—Eso es lo que me dicen, aunque todavía no le he visto actuar como tal —dijo ella, y él respiró hondo para controlar su genio.

—¿Acaso no es eso lo que quería? ¿Que me quedara en Londres?

—Sí.

—Entonces no me importune con eso, Scarlett —dijo él.

—Lady Oxford.

—Es mi esposa, así que será Scarlett.

Ambos guardaron silencio un momento mientras él por fin encontraba una cerilla y encendía el farol, aunque ella estaba lo bastante lejos como para que solo pudiera ver las sombras de su rostro. Parecía que habían llegado a un punto muerto.

—Se ha puesto cómoda —comentó él, intentando ahora ignorar el aspecto de su cuerpo, recortado por la tenue luz. No llevaba más que un camisón, y su fina bata colgaba de un brazo tras el forcejeo. Ella debió de ver que la estaba mirando, pues empezó a subirse la otra manga apresuradamente. En su reprimida frustración hacia ella, había olvidado lo seductora que era. Tenía curvas en todos los lugares adecuados, su cuerpo lo tentaba a ignorar las palabras que salían de su boca. Pero entonces ella habló, y la tensión regresó de golpe.

—Su casa es bastante cómoda, lord Oxford, debo admitirlo —dijo ella, ladeando la cabeza—. Es una lástima que la descuide.

—Hunter.

Ella no dijo nada.

Él suspiró y se pasó una mano por el pelo. Incapaz de seguir allí mirándola, recogió su vaso y regresó al aparador para servirse otro.

—No estoy seguro de qué he hecho para merecer tan poca estima por su parte, Scarlett —dijo, de espaldas a ella—. Pero es mi esposa, y no hay nada que pueda hacer para cambiar ese hecho ahora. ¿No podríamos encontrar algún tipo de paz entre nosotros?

Ella bajó la vista al suelo, donde la mancha empezaba a extenderse por la alfombra.

—Tenemos que limpiar esto —murmuró, aparentemente decidiendo ignorar sus palabras. Se acercó a él, se arrodilló a sus pies y, antes de que él pudiera preguntar qué demonios estaba

haciendo, empezó a rebuscar entre el contenido del armario hasta que encontró lo que buscaba.

—Aquí está —dijo, sacando un trozo de tela. ¿Cómo había sabido dónde encontrarlo? Regresó a la alfombra y empezó a secar el líquido.

—Deje que la ayude —dijo él, dejando su vaso, no sin antes tomar un trago del brandy, dejando que le quemara la garganta.

—No hace falta, ya me encargo yo —dijo ella, pero él ignoró su resistencia, cogió uno de los trozos de tela y empezó a secar el líquido con ella. Se movía cuando ella lo hacía, y sus manos se rozaron. Se sobresaltó por la sacudida de calor que lo recorrió. Se enderezó sobre los talones y la miró, pero la mirada de ella permaneció fija en el suelo. ¿Le temblaba ligeramente la mano? Sacudió la cabeza con rapidez, desechando la idea.

Ahora que estaba más cerca, podía distinguir mejor sus rasgos. Casi había olvidado su aspecto; el tiempo que habían pasado juntos había sido tan breve y su separación tan larga. Pudo ver el salpicado de pecas sobre su nariz, aunque gran parte de su rostro quedaba oculta por la larga cortina de su pelo castaño oscuro, que caía liso y suelto sobre sus hombros.

Si tan solo no hubiera levantado un muro tan grande a su alrededor, pensó él con resignación. Qué diferente podría ser este momento juntos.

—Con esto bastará —dijo ella bruscamente, recogiendo el paño y dejándolo junto a la puerta—. Su Aubusson está a salvo.

—Gracias por su noble hazaña, mi lady —dijo él con una ligera reverencia en broma, pero ella se limitó a enarcar una ceja.

—Me voy a la cama, pues —dijo.

Se giró hacia la puerta, pero él la llamó antes de que pudiera alejarse demasiado. —¿Scarlett? —Ella se detuvo—. ¿Por qué está despierta a estas horas?

—No puedo dormir —dijo, encogiéndose de hombros—. Nunca he podido.

Y él tampoco. Quizá se parecían más de lo que ninguno de los dos creía.

Capítulo Tres

—¡Hunter, has vuelto a casa!

Scarlett no creía haber visto nunca a Lavinia tan animada como cuando entró corriendo en el comedor y se detuvo, con las faldas aún ahuecadas a su alrededor, mientras buscaba desconcertada a su hermano.

Se le demudó el rostro al encontrar solo a Scarlett sentada allí.

—He oído que Hunter estaba en casa —dijo a modo de disculpa, sentándose a la mesa. Scarlett se encogió de hombros. —Por lo visto, no se ha despertado a tiempo para el desayuno —dijo, pero su comentario fue un tanto presuntuoso, pues el hombre en cuestión entró tranquilamente en la estancia. Lavinia se levantó de la mesa tan bruscamente que su silla Chippendale salió despedida hacia atrás. Corrió los pocos pasos que los separaban y prácticamente saltó a los brazos de su hermano.

—¡Oh, Hunter, qué maravilla verte! Justo ayer le preguntaba a Scarlett si sabía si ibas a honrarnos con tu presencia estas Navidades. ¿No es encantador, Scarlett?

Scarlett forzó una sonrisa. Como mínimo, *era* maravilloso ver a la hermana de Hunter tan feliz. Se tragó el trozo de tostada que se le había quedado atascado en la garganta, sin saber muy bien qué decir por un momento. Pues había olvidado lo terriblemente apuesto que era Hunter, pero ahora que estaba allí, ante ella, a la luz del día, se vio obligada a recordarlo. La noche anterior, después de haberlo derribado al suelo, sintió la intensidad de su mirada al observarla,

pero en la penumbra no había podido apreciar el verdadero encanto de sus ojos azul verdoso, que ahora recordaba con mucha más viveza mientras el sol entraba a raudales por la ventana para posarse en las facciones masculinas de su rostro.

Él y Lavinia compartían el colorido, pero ahí acababan las similitudes. Donde ella era redondeada, él era anguloso, y donde ella era suave, él era puro músculo. Scarlett no había prestado la suficiente atención a los padres de ellos como para saber a cuál se parecían, pero creía recordar que el marqués le recordaba a su hijo.

—¿Dónde está ese marido tuyo?

—Oh, ya conoces a Baxter —dijo ella con un gesto vago de la mano—. Tenía algún que otro asunto que atender —probablemente un puro y un periódico, si Scarlett no se equivocaba—, pero ha dicho que pasaría a verte más tarde. Pasaremos mucho tiempo juntos en Navidad, estoy segura.

—Yo..., ah, no estoy seguro de cuánto tiempo me quedaré.

—¿Qué? —La alegría de Lavinia se evaporó de repente—. Acabas de llegar, Hunter, y falta poquísimo para Navidad. Tienes que quedarte. Por favor, di que lo harás. Cenaremos juntos, e incluso vamos a dar una fiesta de Nochevieja. Será muy divertido.

—Ya veremos —dijo él sin comprometerse, antes de alzar la cabeza para mirar directamente a Scarlett—. Buenos días, Scarlett.

—Lord Oxford.

—Hunter.

—Bueno —dijo Lavinia tras un momento de silencio, mientras los miraba alternativamente—. Creo que debería irme. Seguro que vosotros dos tenéis mucho de qué hablar.

—Quédate, por favor —dijo Scarlett, tratando de ocultar la desesperación en su voz—. De hecho, ya nos vimos anoche cuando Hunt..., cuando Lord Oxford llegó, así que no es necesario que te vayas.

—¿Anoche? Estuve aquí hasta bien pasada la hora de la cena. ¿A qué hora llegaste, Hunter?

—Poco después de la medianoche.

—¡Oh! —Las mejillas de Lavinia enrojecieron al suponer erróneamente la naturaleza de su encuentro—. Entonces vosotros...,

¡qué maravilla! Bueno, no es que yo deba decir nada, simplemente esperaba..., en fin...

Scarlett la salvó de su divagación. —Lord Oxford y yo apenas nos saludamos, Nia. Yo estaba leyendo en la biblioteca y Lord Oxford... me encontró.

—Ya veo —dijo, todavía con una ceja arqueada—. Bueno, ah, sí, entonces debería irme. ¡Adiós!

Y entonces, con un frufrú de faldas, desapareció, dejándolos a los dos mirándose el uno al otro con incomodidad.

Hunter se aclaró la garganta y se dirigió al aparador, donde llenó un plato con jamón, huevos y una tostada. Se sirvió un café y se sentó frente a Scarlett, que se limitó a observarlo. Se movía con elegancia, a pesar de su altura y su complexión robusta. Lo observó untar mantequilla en el pan y remover el azúcar en el café antes de llevarse la taza a los labios.

—¿Ve algo interesante? —preguntó él, y ella dio un respingo, sobresaltada de su ensimismamiento.

Santo cielo, Scarlett, contrólate. Esto era lo último que quería: sentirse inexplicablemente atraída por el hombre del que tanto intentaba distanciarse. ¿Y si se acercaba demasiado, si no solo desarrollaba sentimientos por él más allá de la atracción, sino que acababa enamorándose? Por desgracia, sabía de sobra cuál sería el resultado. Él volvería a Londres, la ciudad que ella odiaba, a vivir su vida solo, libre de ella, mientras que Scarlett se consumiría aquí, en Wintervale, con su antes placentera vida ahora llena de desesperación.

—Nada en absoluto —respondió finalmente con voz arrastrada, esperando que él no notara lo nerviosa que estaba. Necesitaba salir de allí. Puso las manos sobre la mesa para apartar la silla, pero él levantó un dedo para detenerla.

—Scarlett —dijo, saboreando su nombre—. Hay algo que debemos discutir. Algo que Lavinia ha mencionado.

—¿Sí?

—Ha dejado claro que quiere tener poco que ver conmigo. Sin embargo, la cuestión es que estamos casados y yo estoy en la línea

de sucesión para convertirme en marqués algún día. Necesitamos hijos, Scarlett, debe darse cuenta de eso.

A ella le costó tragar. No deberían sorprenderle sus palabras. Como él bien había dicho, estaban casados y eso era lo que se esperaba. Y, sin embargo, la idea de tenerlo en su cama..., bueno, en realidad, la idea de tenerlo en su cama no era del todo desagradable, y eso era lo que más la asustaba.

—Creo... que hay algunas cosas que debemos determinar antes de llegar a eso —dijo ella, esforzándose al máximo por mantener la compostura.

—¿Y cuáles serían? —Enarcó una ceja y se recostó en la silla. Sus rizos estaban alborotados sobre la cabeza y Scarlett sintió un extraño impulso de inclinarse y pasarle las manos por ellos, pero, por supuesto, se contuvo.

—¿Dónde criaríamos a dichos niños? Usted pasa todo su tiempo en Londres y yo no tengo ningún deseo de vivir allí.

—¿Qué tiene de malo Londres?

—Es tan... sucio —dijo, lo cual era en parte cierto—. Todo el mundo está siempre tan junto y no hay libertad.

—Valora usted su libertad —observó él.

—Así es —dijo ella, inclinándose hacia delante—. Más de lo que se imagina.

—Muy bien —dijo él, agitando una mano frente a sí—. Críelos aquí. Disfruto de Wintervale y vendré a casa tan a menudo como me sea posible.

—¿Como lo ha hecho estos últimos meses?

—Vamos, Scarlett, eso no es justo. Prácticamente me echó usted de la casa.

Ella bajó la vista hacia el plato. Tenía razón. Se había portado como una arpía con él. En su intento de protegerse, le había hecho creer que era un monstruo con el que ni siquiera podía vivir. ¿Qué se suponía que debía hacer?

A pesar de sentirse una cobarde, optó por no responder a su última afirmación.

—Si ni siquiera quiere quedarse para Navidad, ¿para qué ha venido? —preguntó ella finalmente.

—Mi administrador me informa de que hay asuntos que debo atender. Asuntos urgentes, de hecho. Probablemente debería encontrarlo cuanto antes.

—¿El señor Stone? —Dejó que el desdén goteara de sus palabras —. ¿Hay algo que pueda hacer para ayudar?

—¿Ayudar? ¿Con qué? —preguntó él mientras se levantaba, mirándola con confusión.

—Con la finca. He hecho todo lo que he podido para intentar mejorar las cosas mientras usted estaba fuera. De hecho, me gustaría hablar con usted sobre algunos asuntos de importancia.

—¿Ah, sí? —La miró, aún perplejo, pero finalmente una pequeña sonrisa cruzó sus labios—. Me alegro de que disfrute llevando la casa, Scarlett, de verdad que sí. Ha pasado algún tiempo desde que alguien ha llamado a Wintervale su hogar durante más de un mes seguido. Estoy seguro de que el servicio agradece tenerla aquí. Bueno, me marcho ya. Hablaremos de nuevo más tarde esta noche.

Y entonces salió por la puerta, dejando a Scarlett mirándole la espalda. No se refería a llevar la casa, en absoluto. La señora Shepherd hacía un trabajo bastante bueno con eso, y Scarlett se lo dejaba a ella. Al parecer, a Hunter no se le había ocurrido que su esposa pudiera tener alguna idea sobre la finca en sí. Él ciertamente la había descuidado, y Stone era un completo incompetente, así que alguien tenía que hacerlo. Bueno, pronto descubriría lo que ella pensaba.

* * *

—¿Que ha hecho qué?

Hunter se levantó de la silla que había tras su amplio escritorio de caoba y lo rodeó para mirar fijamente a su administrador. El hombre lo miró con una expresión satisfecha y una sonrisa empañada por su descuidada dentadura. Parecía complacido con la reacción de Hunter, lo que lo irritó aún más.

—¡Sí, milord, ha estado regalando el dinero! Y a cambio de nada. ¡Simplemente dándoselo a la gente, como si tal cosa, sin que ellos

hagan nada a cambio! Se lo dije una y otra vez que no lo hiciera, pero ella me dijo que ella es la condesa y yo el administrador, así que, ¿qué puedo hacer yo? Por eso le mandé a buscar, milord, para que pudiera, con suerte, hacerla entrar en razón.

Hunter se detuvo un momento, mirando cómo sus nudillos se hundían en el escritorio, antes de rodearlo y empezar a pasearse. Por eso tenía un administrador competente, para no tener que preocuparse por estos asuntos en casa. Él estaba ocupado intentando promover cambios en todo el país. Había niños que trabajaban más duro que hombres adultos en los telares, hombres y mujeres en prisiones y manicomios que eran tratados peor que animales. Debería estar trabajando para aprobar leyes que afectaran a la vida de muchos. Pero no, en lugar de eso ahora tenía que ocuparse de su esposa, que había decidido aplacar el aburrimiento de permanecer en el campo metiéndose en cosas de las que no sabía nada.

—¿Cómo sabe usted esto? —preguntó con cierta resignación, aceptando lo que Stone le estaba diciendo.

—Ha faltado dinero desde hace un par de meses, milord. Intenté averiguar adónde había ido, pero no encontré nada fuera de lo normal. Solo salía de una cuenta: aquella a la que su esposa tiene acceso. Al principio, pensé que lo estaba gastando en frivolidades, como vestidos y cosas por el estilo, pero luego oí un rumor por el pueblo de que a alguna gente le iba mejor que antes. Le pedí explicaciones y ¡ni siquiera se molestó en ocultarlo!

Bueno, por lo menos, su esposa era sincera, de eso no cabía duda.

—Creo que esto podría acarrear sorpresas muy desagradables, milord —continuó Stone, con una voz que casi destilaba odio—. Imagine que alguna gente tenga más que otra. Dirán que el conde y su esposa tienen favoritismos. ¡Dentro de poco querrá que todos paguen impuestos más bajos… Ja!

Hunter suspiró y se pasó una mano por el pelo. Nunca había tenido paciencia para este tipo de asuntos. No quería estar allí, haciendo cuentas y disipando tensiones. Prefería con mucho una buena discusión, franca y directa, entre caballeros, mientras

presionaba por los cambios necesarios. Pero allí estaba él. Su padre le había entregado estas tierras en el entendimiento de que cuidaría de ellas, y eso era lo que debía hacer. Incluso si eso significaba distanciarse aún más de su esposa.

—Supongo que será mejor que vaya a hablar con ella —dijo, despidiendo a su administrador, quien asintió con una sonrisa de suficiencia en el rostro antes de marcharse.

El despacho de Hunter estaba, convenientemente, supuso, cerca del dormitorio y el salón de su esposa. Todavía era media mañana y estaba seguro de que la encontraría allí. No estaba seguro de a qué dedicaba su tiempo, pero probablemente se trataba del típico bordado, o quizá esperaba la visita de alguna vecina. Eso era lo que hacían la mayoría de las damas, al fin y al cabo.

No se imaginaba la sorpresa que le esperaba.

Capítulo Cuatro

Su esposa no aparecía por ninguna parte. Ni en sus aposentos, ni en ninguno de los salones, ni siquiera en la cocina o en las dependencias del servicio. Hunter registró cada rincón de la casa.

—¡Ah, señora Shepherd! —la llamó al ver al ama de llaves ir ajetreada de una habitación a otra.

Ella detuvo su robusta figura para mirarlo. —¿Sí, milord?

—¿Ha visto a mi esposa?

—No, milord —dijo ella, pero añadió a continuación—: ¿Ha mirado en los terrenos de la finca?

—¿Fuera? —preguntó él, preguntándose si el ama de llaves se había confundido.

—Sí, milord —dijo asintiendo—. A su señoría le gusta montar, disfruta estando en la gruta, incluso en invierno, o cabalgando entre los árboles que hay pasado el jardín. A menudo puede encontrarla allí. De hecho, si sube usted las escaleras y mira por una de las ventanas de arriba, quizá pueda verla. Yo siempre miro primero ahí cuando la busco.

Hunter se quedó mirando a la mujer de mediana edad con cierta diversión antes de encogerse de hombros y hacer lo que le había dicho. Miró por la ventana que daba al este y al sur y, efectivamente, allí estaba ella, caminando a grandes zancadas hacia el establo. No podía distinguir sus rasgos desde allí, pero desde luego nadie más con una larga e ingobernable melena castaña ondeando al viento y

una capa extendiéndose a su espalda se dirigiría hacia los establos en un día de invierno como aquel.

Desde luego, lo estaba obligando a perseguirla. Bajó las escaleras corriendo, cogió su propia capa antes de salir por la entrada principal y cruzar el patio, siguiendo sus huellas en la nieve. ¿De dónde venía? ¿Qué hacía ahí fuera?

Entró en el establo justo cuando ella montaba a caballo.

—¡Scarlett! —la llamó—. Espera un minuto. Tengo que hablar contigo.

Se detuvo en seco al plantarse frente a ella. La miró con asombro antes de volver el rostro hacia el mozo de cuadra, que tenía las mejillas encendidas por algo más que el frío y apartó la vista de ambos para mirar al suelo.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? ¿Y qué llevas puesto?

—Un traje de montar —respondió, como si él fuera tonto—. Y bombachos.

—¡No puedes cabalgar así!

—¿Por qué no? —preguntó ella, inclinándose sobre la cabeza de su caballo para mirarlo—. Los hombres van en bombachos todo el tiempo. Y cuando llego a mi destino, simplemente me bajo la falda sobre las piernas. Casi nadie me ve montar, y nadie nota la diferencia. ¿Sabes lo mucho más rápido que se puede cabalgar a horcajadas en comparación a la amazona? ¿Y lo menos peligroso que es? ¡Jamás podría cabalgar sola si fuera colgada de lado como un saco de patatas!

—¡No *deberías* cabalgar sola! Yo…, yo…

Se quedó sin palabras. Se llevó una mano a la frente. —Olvida eso por ahora. Hay un asunto urgente que debemos tratar.

—Parece que la mayoría de las cosas son urgentes contigo, lord Oxford.

—Hunter. Sí, bueno, ¿quieres bajar, por favor? Me duele el cuello de tanto mirarte.

—Voy a dar un paseo. Mi caballo necesita ejercicio, y yo también. Podemos hablar más tarde.

—De verdad que tenemos que hablar ahora. Yo…

Pero sus palabras se perdieron en el aire cuando ella espoleó a su caballo, lo puso al galope y salió del establo, pasando justo a su lado. Él se quedó allí un momento, mirándola atónito, antes de volverse hacia su mozo de cuadra.

—Será mejor que prepare mi caballo —dijo con resignación.

* * *

Scarlett se rio mientras tiraba suavemente de las riendas de Star, ralentizando un poco a su montura. Oh, tomarle el pelo a Hunter era mucho más divertido de lo que había esperado. Se notaba que no tenía ni idea de qué hacer con ella, y eso estaba muy bien. También sospechaba de qué quería hablarle, ya que había estado en su estudio parte de la mañana, reunido con el espantoso Stone. Ese hombre era una pesadilla y, de hecho, ella *sí* que quería hablar con Hunter sobre cómo deshacerse de él, entre otras cosas.

No había mentido sobre la necesidad de hacer ejercicio, ni para ella ni para el caballo. A Scarlett le encantaba la libertad que le proporcionaba cabalgar, y siempre dejaba su pelo suelto, que hoy se escapaba por debajo de su gorro de piel. Cuando volvió a abrir los ojos, supo que no estaba sola, y miró a Hunter, que casi se había puesto a su altura.

—Impresionante, lord Oxford —le gritó—. Llevaba bastante ventaja.

—Sí, bueno, al parecer has aflojado el paso —respondió él—. Aunque solo Dios sabe por qué.

—Solo tienes que preguntarme, lord Oxford —dijo ella—. De hecho, hay algunas cosas de las que también me gustaría hablar contigo. He pensado que estaríamos mejor aquí fuera, lejos de todo y de todos, que en un espacio cerrado.

—Muy bien —dijo él, con un deje de sospecha en el tono, pero antes de responderle, Scarlett miró a su alrededor y vio que habían llegado a un claro en el bosque. Los árboles de hoja perenne los rodeaban, con una abertura que permitía ver el resto de las tierras más allá. El suelo estaba cubierto de nieve y los árboles en la

distancia, envueltos en el manto que había caído la noche anterior. Sin embargo, la mañana era cálida, y Scarlett solo esperaba que la nieve aguantara hasta después de Navidad. Por alguna razón, siempre parecía más una auténtica Navidad cuando la tierra estaba cubierta de blanco.

Tras desmontar, se giró y encontró a Hunter apoyado en su caballo, con los brazos cruzados sobre el pecho mientras esperaba a que ella hablara. Respiró hondo. No le gustaban los conflictos —normalmente, se limitaba a evitarlos—, pero esto tenía que decirlo.

—Es por sus arrendatarios, lord Oxford —dijo, observando cómo se dilataban las fosas nasales de él ante sus palabras—. No están en una buena situación económica, en absoluto. Muchos son pobres y pasan hambre, a pesar de que parece que tienen éxito con sus cultivos y los animales que crían. Usted es el dueño de todas estas tierras —dijo, extendiendo los brazos en un amplio círculo a su alrededor—, kilómetros y kilómetros, y sin embargo no hace nada por ellas. Deja que otros hagan el trabajo por usted, mientras se limita a cobrarles. No es justo, lord Oxford, sobre todo cuando les hace pagar unas cifras desorbitadas por el alquiler.

Su ceño se frunció aún más mientras ella hablaba, y su postura era tan gélida como el aire que los rodeaba.

—¿Está cuestionando mi forma de tratar a mi gente? ¿De verdad cree que sería tan duro con ellos?

Ella se acercó a él, apuntándole al pecho con el dedo. —Sí, lo estoy cuestionando, ¡y por supuesto que lo pienso! Lo he visto con mis propios ojos. Durante los últimos meses, mientras usted ha estado ocupado con sus lores en Londres, yo he estado aquí, visitándolos, viendo de primera mano cómo viven y las dificultades que pasan. ¡Usted no sabe nada de eso! O al menos, espero que sea simple ignorancia, porque si lo hace a propósito, entonces estoy aún más horrorizada de lo que jamás hubiera podido imaginar.

Respiraba con agitación y se dio cuenta de que él también lo hacía, pues sentía el subir y bajar de su pecho bajo la punta de su dedo, que ahora estaba presionado contra su capa.

—¿Tiene idea, Scarlett, de lo que he estado haciendo en Londres para intentar mejorar la vida de la misma gente a la que me acusa

de llevar a una situación desesperada? No, no la tiene. ¿He visitado a mis arrendatarios últimamente? No. Pero solo porque usted ha estado aquí, manteniéndome alejado. No me acuse de que no me importan. Tengo un administrador muy competente que se ocupa de ellos mientras estoy fuera. Y ya que estamos con el tema, ¡debo hablar con usted del hecho de que parece que está actuando por su cuenta, dándole a esta gente un dinero que no tiene autoridad para dar!

—Si yo puedo tener dinero para vestidos o muebles para esta gran casa, ¿por qué no puedo gastarlo donde me parezca oportuno para un propósito mucho mejor?

—¡Porque las cosas no funcionan así! —estalló él, alzando las manos—. Sus supuestas buenas obras solo conseguirán que la gente sienta que se la ha tratado injustamente, que está favoreciendo a unos por encima de otros.

—Si de verdad piensas eso, Hunter —dijo, sin darse cuenta hasta que las palabras salieron de sus labios de que había metido la pata y usado su nombre de pila—, entonces no sabes nada de nada.

Se quedaron así, como en una estampa, mirándose el uno al otro, hasta que finalmente él suspiró, pasándose una mano enguantada por el pelo mientras se apartaba de ella para contemplar las tierras que se extendían más allá. Puso las manos en las caderas e inclinó la cabeza hacia atrás, como si estuviera sumido en sus pensamientos. Finalmente, se volvió hacia ella.

—Está bien, Scarlett —dijo—. Iremos a visitar a los arrendatarios y determinaremos si es como dices.

—¿De verdad? —preguntó ella, enarcando una ceja.

—Sí —dijo él, encogiéndose de hombros—. De todos modos, debería visitarlos en Navidad.

—Y tu administrador —dijo ella, acercándose a él una vez más—. Tiene que irse.

Hunter resopló. —No voy a deshacerme de Stone. Lleva años con la familia y es muy competente.

—¿Has mirado los libros de cuentas últimamente?

—No, pero...

—¿Sabes lo que está cobrando por los alquileres?

—Por supuesto.

—Dímelo.

—No tengo por qué decirte nada.

—Lo ves, no tienes ni idea. Limítate a mirar.

—Está bien, Scarlett —dijo, alzando las manos al aire—. No sé los alquileres actuales. ¿Estás contenta?

—En cierto modo —respondió ella, dándose la vuelta para regresar a su caballo, con la rabia todavía bullendo en su interior. Estaba frustrada por su incapacidad para ver lo que tenía delante de las narices, mientras él depositaba su fe en gente que no tenía derecho a ella. ¡Y encima la cuestionaba *a ella*!

Mientras volvía junto a Star, Scarlett observó cómo la nieve crujía bajo sus pies. Se había vuelto húmeda y pegajosa con el aire más cálido de la mañana. Una sonrisa asomó a su rostro mientras se arrodillaba y cogía un poco con sus manos enguantadas, compactándola.

Echó un vistazo rápido a su espalda y vio a Hunter allí de pie, mirando a lo lejos con expresión pensativa. Vaya, así que quizá alguna de sus palabras por fin le había calado en su obtusa mollera. Bueno, y si no, esperaba que esto lo hiciera. Se dio la vuelta y, tan rápido como pudo, lanzó la bola de nieve por los aires antes de que esta diera en el blanco, golpeándolo de lleno en el pecho.

Él soltó un grito al volverse hacia ella, con el rostro horrorizado, como si no pudiera creer lo que acababa de hacer.

Y ella se rio. Ah, qué bien le sentó liberarse así, poder lanzarle parte de su frustración con la nieve. Pero entonces él frunció los labios en una línea firme y la miró entrecerrando los ojos, y ella tragó saliva con fuerza. ¿Había ido demasiado lejos?

Pero entonces, más rápido de lo que ella habría imaginado, él se arrodilló, cogió un puñado de nieve y se lo lanzó. La bola de nieve explotó contra su capa y el vestido que llevaba debajo. Varios trozos se desprendieron y empezaron a derretirse sobre la piel expuesta del cuello y el pecho, por encima de su camisola.

—¡Tú…, tú…, sinvergüenza! —chilló ella al fin, pero él solo se rio de sus palabras. Su risa fue fuerte y estruendosa, y ella se dio cuenta de que era la primera vez que la oía. No es que le hubiera

dado muchas oportunidades de encontrar algo gracioso a su alrededor.

—¡No des lo que no puedas recibir en la misma medida, Scarlett! —le gritó, y entonces, con un alarido, ella volvió a hacer una bola de nieve, al igual que él. Parecía que tan pronto como ella le lanzaba un proyectil, él le devolvía otro. Lanzaba con todas sus fuerzas, aunque sabía que él se estaba conteniendo. Scarlett cantó victoria con euforia cuando vio que le daba de lleno en la cara, y él soltó un grito.

—Cuidado, esposa —gruñó él, aunque lo acompañó de una sonrisa—. Te vas a meter en más líos de los que puedes soportar.

—¡Eso ya lo veremos! —replicó ella, y se agachó para coger más nieve. Sin embargo, cuando se levantó, él había desaparecido, y ella giró la cabeza a un lado y a otro intentando encontrarlo. Pero, ¿dónde se…? Soltó un grito agudo cuando de repente sintió toda la espalda mojada por la nieve helada, y se giró para encontrarlo detrás de ella, con una expresión de satisfacción en el rostro al ver la suya.

—Te dije que tuvieras cuidado —dijo él con un guiño y una sonrisa pícara.

En ese momento no pensó, ni en que intentaba mantener las distancias ni en que él era mucho más fuerte y que aquello no podía acabar bien para ella. Simplemente se abalanzó sobre él, pillándolo por sorpresa, y ambos cayeron de espaldas en la nieve.

Scarlett lo placó con frustración, pero también entre risas. Y entonces se incorporó sobre él y se encontró con su mirada. De repente, con sus centelleantes ojos de color azul verdoso fijos en ella, perdiendo parte de su humor y volviéndose del todo serios, ya nada parecía divertido.

Capítulo Cinco

Hunter tragó saliva.

El rostro de Scarlett estaba a escasos centímetros del suyo, tan cerca que podía contar todas las pecas que cubrían su respingona nariz. Supo el momento exacto en que todo cambió, cuando ella abrió los ojos de par en par y se mordió el carnoso labio inferior con sus dientes delanteros, ligeramente torcidos.

Podía sentir cada centímetro de su cuerpo sobre el de él. Ella era suave en algunas partes, dura y ágil en otras. A pesar de estar tumbado sobre un montón de nieve, Hunter no sentía frío alguno; más bien, sentía un calor que le llegaba hasta los mismos huesos.

Intentando no asustarla, levantó la cabeza lenta y cuidadosamente, cerrando el espacio que los separaba. Le sostuvo la mirada, animándola a quedarse con él, pero en el instante en que sus labios estaban a un suspiro de los de ella, Scarlett se apartó de un revés, clavándole las manos y las rodillas en su apresurada retirada.

—Lo siento —dijo ella, con las palabras saliendo en un suspiro entrecortado—. No debería haber hecho eso. Yo…

—No pasa nada —dijo él, haciéndole un gesto con la mano mientras se levantaba, sacudiéndose la nieve de la capa y los pantalones—. Solo era un juego.

—Lo sé. No debería haber…

—Deja de disculparte, Scarlett —dijo él, acercándose por detrás y ayudándola a quitar la nieve de su propia capa—. No estaba seguro

de por qué se disculpaba: por el hecho de haberse apartado de él, por haberlo derribado en primer lugar o incluso por haber empezado aquel juego—. Está bien.

Ella no dijo nada y se apartó de él con su cuidada fachada de nuevo en su sitio, ocultando toda emoción. Él suspiró. ¿Por qué se apartaba así de él? Si tan solo supiera qué la mantenía alejada, entonces quizás podría ayudar a arreglarlo. A menos que fuera simplemente él. Pues lo último que deseaba era ser rechazado por quien era. Por fin había llegado a un punto de su vida en el que había encontrado un propósito, en el que la gente lo aceptaba por la persona que era, por sus actitudes y por el trabajo que hacía. Ya había sufrido suficiente rechazo en su juventud. No lo necesitaba de su esposa.

Hunter la observó mientras se acercaba a su caballo. Le frotó con suavidad el hocico al semental, susurrándole palabras dulces al oído, demasiado bajo para que Hunter las oyera. En ese momento de vulnerabilidad, cuando había bajado la guardia, tuvo la oportunidad de simplemente mirarla. Y era para cortarle la respiración. Su aliento era como humo frente a su rostro en el aire frío, el sol arrancaba reflejos rojizos y dorados de su cabello, que se había soltado de las horquillas y ahora flotaba alrededor de su cara, moviéndose suavemente con el ligero susurro del viento. Era una ninfa invernal, y él deseaba poder conocer esa faceta suya más íntimamente.

Como si sintiera su mirada, ella se giró bruscamente y el muro se alzó una vez más, ocultándola de su vista.

—Deberíamos irnos —dijo, y mientras él se acercaba para ayudarla a montar, ella se lanzó sobre el caballo por sí misma, subiéndose la falda. «Esos malditos calzones», pensó Hunter. Le permitían ver cada centímetro de sus bien formadas piernas, hacían que su mente divagara por lugares prohibidos.

—Así es —murmuró, y, sintiéndose completamente inútil, regresó a su propio caballo mientras ella hincaba los talones y comenzaba el camino de vuelta a casa.

Podía desconcertarlo por completo, pero en su vida Hunter había visto a una mujer que supiera montar como Scarlett. Ni la mayoría de los hombres, si era sincero. Ella y su montura eran como uno

solo, no solo en sus movimientos, sino en la forma en que su cabello parecía una extensión de la crin del caballo, el tono castaño del animal una pareja perfecta para el color de su esposa. Era estimulante. Y no quería saber nada de él, eso estaba claro.

* * *

—Bienvenido a casa, milord —lo saludó a su llegada Henry Abbot, el mayordomo de Wintervale desde que Hunter tenía uso de razón.

—Abbot —dijo, asintiendo hacia el hombre—. ¿Cómo van las cosas por casa hoy?

—Muy bien, milord, muy bien —dijo—. Y permítame decirle, milord, lo felices que estamos todos de tenerlo en casa.

—Gracias, Abbot —dijo. Luego, mirando a ambos lados para asegurarse de que no había nadie cerca —en particular su esposa, que le había dicho que se quedaría en los establos unos minutos más con su caballo—, interrogó a su mayordomo—. Abbot, me gustaría preguntarle… ¿qué opina el servicio de lady Oxford? ¿Es justa? ¿Los ha tratado bien?

No lo había pensado hasta entonces, y sintió cierta culpa por haberse marchado tan bruscamente meses antes sin determinar si su personal estaría bien bajo la dirección de su esposa. Si era tan fría y distante con él, ¿cómo sería con el resto?

—¿Lady Oxford? Oh, es maravillosa, milord —dijo Abbot con tal admiración y entusiasmo que Hunter casi dio un paso atrás por la sorpresa—. Todo el servicio la adora, milord. Es muy amable, y generosa también. Nos encargamos de todo lo que pueda necesitar, por supuesto, pero siempre está preocupada por nuestro bienestar. Cuando la cocinera se quemó, ¡milady le curó la herida ella misma! Y cuando se descubrió que una de las criadas estaba encinta —no es que queramos hablar mucho de eso, claro—, milady se aseguró de que estuviera bien atendida. Cuando hubo complicaciones, le dijo que se tomara un tiempo, con paga. Oh, sí, milord, nos agrada muchísimo.

—Ya veo —murmuró un sorprendido Hunter—. Gracias, Abbot.

El mayordomo asintió y se alejó con la capa de Hunter en el brazo, dejando a Hunter mirándolo fijamente. ¿Qué veían todos los demás que él no veía?

* * *

—Y entonces, Marion, me he quedado ahí tumbada sobre él como una perfecta idiota, ¡una coqueta infatuada y provocadora! ¿En qué estaba pensando? —Scarlett apoyó la barbilla en las manos mientras se miraba en el espejo de su tocador. Su doncella revoloteaba por la habitación a su espalda, preparando la ropa para la cena. Scarlett se había quitado toda la ropa mojada y ahora estaba sentada con una bata mientras se calentaba con una taza de té después de su retozo en la nieve. Casi había permitido que Hunter la besara. Tenía que ser más cuidadosa. Él mismo había dicho que se marcharía a Londres pronto, y si ella se permitía sentir algo por él, se quedaría aquí, languideciendo por su ausencia como una jovencita perdidamente enamorada.

Eso no iba a permitir que sucediera.

—Quizás, Marion, debería ir a visitar a mi madre por Navidad. Hace más de un mes que no la veo, y ya sabes lo mucho que le gusta la Navidad.

Marion se apartó del armario de Scarlett para mirarla por el espejo. Llevaba con Scarlett desde que era una niña, prácticamente se habían criado juntas. Scarlett sabía lo impropio que era compartir tales confidencias con una doncella, pero, aparte de Lavinia —de quien, por ser la hermana de Hunter, no podía fiarse por completo en ciertos asuntos—, no tenía a nadie más con quien hablar. Marion había demostrado una y otra vez que era digna de confianza, y Scarlett apreciaba su cercanía.

—No soy quién para opinar, la verdad, lady Scarlett —dijo, rascándose la cabeza por debajo de la cofia—. Aunque si yo tuviera un marido tan apuesto como el tuyo, no me alejaría mucho.

—¡Marion! —Scarlett levantó la cabeza de golpe y se giró para mirar a su doncella con asombro—. No puedo creer que…

—Perdonadme, mi señora, no ha estado bien por mi parte decir eso, para nada —dijo Marion con las mejillas sonrojadas.

—No pasa nada —dijo Scarlett, restándole importancia con un gesto de la mano—. Me has pillado por sorpresa, eso es todo. Ya sabes lo que opino sobre permitirle que se acerque demasiado.

Abrió el guardapelo que llevaba al cuello y contempló la miniatura de su madre, que tanto se parecía al reflejo que le devolvía el espejo. Scarlett amaba a su madre con locura. Era buena y hermosa, por dentro y por fuera, con tanto amor que dar. Su padre había despreciado todo aquello, y lady Halifax había enseñado a Scarlett a protegerse de las mismas circunstancias. Le dijo a su hija que no quería que jamás sufriera un dolor semejante.

—El servicio ha hablado de él, antes, lady Scarlett, y debo decir que… no parece una mala persona. Quizás si le dierais una oportunidad…

—No, Marion —dijo, con más dureza de la que pretendía, y suavizó sus palabras con una sonrisa—. Además, si se marcha en un par de días como tiene previsto, entonces ya no importa mucho, ¿verdad?

—Supongo que no.

Marion la ayudó a ponerse un sencillo pero hermoso vestido rojo y vaporoso, de talle imperio y mangas casquillo, antes de colocarle un chal sobre los hombros.

Marion se aclaró la garganta. —No supongo que… no importa.

—¿Qué pasa? —preguntó Scarlett, girándose para mirarla, sorprendida de ver los ojos de Marion fijos en el suelo mientras arrastraba la punta del pie por la alfombra.

—Me preguntaba… ¿sabéis algo del ayuda de cámara de lord Oxford? ¿El señor Spicer? Pero no, claro que no. ¿Por qué iba a hablaros de su ayuda de cámara? Olvidad que os lo he preguntado. Venga, id yendo.

Scarlett sonrió, complacida por tener una distracción de sus propias cavilaciones. —¿Por qué, Marion? ¿Acaso sientes predilección por ese tal señor Spicer? —No era capaz de imaginarse al hombre, pero claro, tenía pocos motivos para fijarse en el ayuda de cámara de su marido.

—¡No! Sí. Ay, mi señora, es terriblemente apuesto. Si he de ser sincera, me llamó la atención en la época de vuestra boda, y después, por supuesto, no volví a verlo hasta esta semana. Solo me preguntaba si era un hombre soltero, eso es todo.

—Eso, Marion, puedo averiguarlo —dijo ella, ahora con un propósito, y Marion sonrió agradecida. «Interesante», pensó Scarlett. No estaba segura de lo bien que podría salir aquello entre ellos dos, pero Marion era una mujer adulta y podía tomar sus propias decisiones.

—¡Esperad! —la llamó Marion cuando Scarlett se disponía a marcharse—. Una cosa más.

Se acercó a Scarlett y le prendió de las orejas unos pequeños diamantes que colgaban de unos alambres.

—¿Pendientes? Ay, Marion, no estoy segura…

—Son pequeños y de buen gusto, y os quedan preciosos —dijo Marion—. Que tengáis una cena maravillosa.

Scarlett soltó un pequeño bufido, pero dejó que Marion la despachara como una madre protectora. Si no la conociera mejor, pensaría que Marion estaba tratando de juntarla con su marido. Pero su doncella la conocía mucho mejor que para pensar que una artimaña así podría funcionar… ¿o no?

Capítulo Seis

Hunter se pasó una mano por el pelo mientras intentaba concentrarse en los números que tenía delante. A pesar de sus protestas ante Scarlett, las palabras de ella le habían calado hondo, y se propuso determinar si lo que había dicho tenía algo de cierto. En su despacho encontró los libros de contabilidad generales, aunque sabía que Stone guardaría los registros detallados en su propia oficina.

Nada parecía anómalo, no faltaban fondos, aunque la suma total de los alquileres *sí* parecía un poco elevada. Visitaría a sus arrendatarios y se reuniría con Stone mañana, decidió, para una revisión adecuada de las cuentas. Y después de eso, de vuelta a Londres.

Pero primero, la cena con su esposa.

Su esposa. No sabía qué pensar de aquella mujer. Era un enigma, y resultaba bastante exasperante intentar adivinar de qué humor estaría. En un momento dado bajaba la guardia, mostrándole una faceta cálida y acogedora. Y al siguiente volvía a cerrarse en banda, presentándole aquella fachada de hielo. Aún no estaba seguro de qué había hecho él para merecer semejante trato, pero iba a averiguarlo.

Salió de su despacho en el mismo instante en que ella salía de su dormitorio al final del pasillo. Ella no lo vio, no al principio, y él aprovechó la oportunidad para estudiar su perfil. Aquella noche parecía una tentadora con su vestido carmesí, el rojo reluciendo al

resplandor de la luz del aplique de la pared. Con la guardia baja, su vulnerabilidad afloraba, la incertidumbre grabada en su rostro. Era una faceta suya que no había visto nunca, y mientras la observaba, se volvió más humana a sus ojos y menos un rompecabezas.

Debió de sentir su presencia, pues de repente dio un respingo y se giró hacia él.

—Lord Oxford —dijo ella con una reverencia.

—Como vuelvas a llamarme lord Oxford, te juro que…

—¿Que qué harás?

Él tragó saliva cuando, de repente, todo tipo de deliciosos castigos le vinieron a la mente.

—Te lanzaré otra bola de nieve —consiguió decir finalmente.

—Creo que hoy me he defendido bastante bien —replicó ella, pero con una sonrisa.

Hunter le ofreció el brazo y ella lo cogió con vacilación. Era encantadora, de eso no cabía duda, a pesar de los exabruptos que soltaba de vez en cuando. La condujo al comedor, apartándole la silla mientras ella se sentaba con elegancia. Estaba justo a su izquierda, ya que el sitio de él estaba en la cabecera de la mesa. Era un ambiente algo más íntimo que el de una cena típica, y se preguntó si los habrían sentado así a propósito. Su comedor era acogedor, con sus paneles de pared tallados, sus acuarelas y sus tapices, y a pesar de la elaborada araña de luces dorada y del hecho de que en la sala cabían más de cuarenta personas si querían, seguía pareciendo el escenario perfecto para ellos dos.

—Es un guardapelo precioso el que llevas —dijo él mientras les servían la sopa.

—Oh, gracias —contestó ella, y él se fijó en cómo, inconscientemente, sujetaba el collar entre los dedos.

—¿Puedo preguntar qué rostro llevas dentro?

Se le sonrojaron las mejillas y a él pareció parársele el corazón cuando, de repente, las piezas del rompecabezas empezaron a encajar. Debía de amar a otro. Por eso no había querido conocerlo, ni casarse con él, por eso lo apartaba. Estaba…

—El de mi madre.

Soltó un suspiro de alivio al ver el error de su suposición.

—¿Lo has llevado siempre? —preguntó él.

—Desde que me fui de casa —dijo—. Estamos muy unidas. Más que la mayoría de las madres e hijas, diría yo.

—Supongo que será porque no tienes más hermanos —comentó él, haciendo todo lo posible por averiguar más sobre ella.

—Soy todo lo que tiene —dijo ella, mordiéndose el labio.

—Bueno, tu padre está con ella —dijo él para ayudar, y se quedó de piedra al ver la oscura mirada que cruzó el rostro de Scarlett.

—Eso no hace más que empeorar las cosas —masculló ella.

—¿Perdona? —preguntó él, dudando de si la había oído bien.

—Nada.

—¿Tus padres no se llevan bien? —No serían la única pareja de la alta sociedad que no lo hacía, desde luego. Sin embargo, él no había percibido ninguna mala voluntad en la boda.

—Se llevan bien —dijo ella, con una postura rígida—. Como también se lleva bien mi padre con su amante y otras damas, mientras mi madre espera en casa a que él, el hombre al que ama, vuelva con ella.

Hunter se quedó sin habla, y Scarlett se llevó una mano al pelo y, en respuesta al asombro de él, empezó a juguetear con un mechón que le enmarcaba el rostro. Él cerró la boca.

—No debería haber dicho eso. —Las palabras le salieron a borbotones—. Olvida que he mencionado nada. Mis disculpas. He arruinado la cena y ni siquiera ha empezado. Mis padres están bien.

Se quedó allí sentado, mirándola, mientras de repente todo empezaba a cobrar sentido. Por qué lo mantenía a distancia, por qué no había querido casarse. No quería acabar como su madre. Era como un perro herido, atacando para protegerse antes de que otro pudiera hacerle aún más daño.

—Scarlett, yo...

—He dicho que no quiero hablar de ello. —Cogió su copa de vino y le dio un largo trago.

—Muy bien —dijo él en voz baja—. Debe de ser difícil estar lejos de tu madre ahora.

Scarlett bajó las pestañas, ocultando la mirada.

—Lo es —dijo—. Aunque voy de visita, ya que está a menos de medio día de viaje a caballo.

—¿Piensas ir a verla pronto?

—Había pensado en ir a visitarla cuando te marches a Londres.

—Ah —dijo él, y la conversación se extinguió entre ellos. Finalmente, añadió—: Supongo que me marcharé mañana, después de visitar a algunos de mis arrendatarios y reunirme con Stone.

—¡Oh! —exclamó ella, y sus ojos se alzaron para encontrarse con los de él al oír sus palabras—. ¿Has decidido investigar más a fondo lo que te he contado, entonces?

—He echado un vistazo a los libros de contabilidad —dijo él con cautela—. Debo investigar más antes de poder acusar a Stone de nada. De todas formas, no creo que haya motivo de preocupación, Scarlett. Ese hombre lleva años con mi familia.

—¿Entonces su palabra vale más que la de tu esposa?

Él respiró hondo mientras intentaba mantener la paciencia.

—Voy a visitarlos mañana, Scarlett, ¿eso no significa nada para ti?

Ella se encogió de hombros. —Supongo que algo es algo. Les alegrará verte, estoy segura.

Hunter no se había dado cuenta de que su mayordomo, Abbot, había entrado en la habitación, pero se sobresaltó al oírle hablar a su espalda.

—Estoy seguro de que a ellos les gustaría verlos a los dos juntos —dijo, y Hunter se volvió hacia él, sorprendido. El mayordomo no le sostuvo la mirada, pero tampoco pareció avergonzado por hablar tan fuera de lugar.

—Quizá sí —murmuró mientras volvía a su venado.

Y ahora que por fin conocía el motivo de la reticencia de Scarlett a acercarse a él, iba a hacer todo lo posible por derribar el muro que ella había construido a su alrededor y encontrar la manera de atravesarlo. El problema era que solo tenía un día para hacerlo, pues le esperaban asuntos mucho más urgentes.

* * *

Scarlett jugueteaba con el tallo de su copa de vino. ¿Por qué le había hablado a Hunter de sus padres? No tenía intención de compartir nada con él, pero se le había escapado sin más. «*Tonta*», se maldijo. Ahora él lucía esa sonrisa de suficiencia como si hubiera descubierto todo sobre ella. No era más que una pieza de información. En realidad, no sabía nada.

Buscó desesperadamente una forma de cambiar de tema y de repente recordó la petición de Marion.

—Tengo una pregunta bastante extraña que hacerte —dijo, llevándose la copa a los labios.

—¿Sí? —preguntó Hunter, levantando la cabeza, y cuando sus ojos se encontraron con los de ella con tal intensidad, una sacudida la recorrió, enviando escalofríos por su espina dorsal hasta su centro, que de repente se estremeció. Parpadeó rápidamente mientras luchaba por liberarse de su hechizo.

—Ah, sí —dijo—. Es sobre tu ayuda de cámara.

—¿Spicer? —Una ceja se arqueó interrogante.

—Sí —dijo ella, siguiendo adelante—. ¿Tiene algún compromiso?

—¿Aparte de conmigo? —preguntó Hunter con una carcajada.

—Con una mujer —dijo ella con sarcasmo.

—¿Por qué? —preguntó él, reclinándose en la silla—. ¿Estás interesada?

—¡No! —exclamó, pero al ver su sonrisa burlona, se relajó—. Mi doncella, Marion. Tenía..., preguntas sobre él.

—Qué *amable* por tu parte —dijo él, con una expresión curiosa en el rostro, y ella levantó la nariz con aire de suficiencia.

—¿Acaso te molesta que me preocupe por los asuntos de mi doncella?

Él se encogió de hombros. —En absoluto. La mayoría de las damas no se tomarían la molestia de hablar de esas cosas con una sirvienta, sea doncella o no.

—Yo no soy como la mayoría de las damas.

—Eso, Scarlett, empiezo a comprenderlo.

Ella lo observó entonces, fijándose en la sonrisita que asomaba por la comisura de sus labios, y no estaba segura de si debía

sentirse halagada u ofendida. Decidió zanjar el asunto y no dijo nada, simplemente esperó a que le respondiera.

—Que yo sepa, Spicer no tiene ningún compromiso —dijo él finalmente—. Si está interesado en tu doncella, no tengo ni idea. ¿No querrás que investigue el asunto, verdad?

—¿Lo harías? —preguntó ella con esperanza. No quería estar en deuda con él por nada, pero Marion había hecho tanto por ella que, como mínimo, le debía esto.

Hunter suspiró. —Está bien —dijo, agitando una mano en el aire —. Hablaré con Spicer, pero ahí termina mi participación en este asunto de casamentero.

—Estupendo —le sonrió ella radiante. El hecho de que estuviera dispuesto a ocuparse de los asuntos de sus sirvientes era prometedor, pues quizás así empezaría a mostrarse también más receptivo a los cambios con sus arrendatarios. Mañana sería un día interesante, caviló. Esperaba que se le abrieran los ojos a todo aquello a lo que había estado ciego, ya que siempre estaba tan centrado en sus asuntos de Londres.

—Dime, *Hunter* —dijo ella, al ver la sorpresa en su rostro, y sonrió para sus adentros por haber logrado su propósito—. ¿Qué es lo que tanto disfrutas de asistir a la Cámara de los Lores? Conozco a muchos hombres que no son ni de lejos tan constantes como tú. Y, sin embargo, para ti es más importante que todo lo demás.

Él guardó silencio un momento, como si estuviera sopesando la pregunta, y probablemente considerando lo que ella podría estar insinuando sobre la atención que prestaba a su matrimonio.

—Todos los que formamos parte de la Cámara de los Lores hemos nacido para desempeñar ese papel —dijo él, y un brillo asomó a sus ojos azul verdoso—. Es un privilegio y, sin embargo, muchos lo ven como una carga. Sé, Scarlett, que quizás debería ser un terrateniente un poco mejor, conocer a la gente y todo eso. Pero tenemos la capacidad de generar un cambio, de hacer de toda Gran Bretaña un lugar mejor. Sí, algunos de los temas que surgen pueden parecer tan insignificantes que no merecen nuestro tiempo, pero la verdad es que lo que puede parecer un asunto minúsculo supone una diferencia trascendental para alguien, en algún lugar.

—No puedo decir que haya visto muchos cambios en los últimos años.

—No —negó él con la cabeza mientras hacía rodar la copa entre los dedos—. Es posible. Pero espero que no sea así por mucho más tiempo. Hay… lugares, Scarlett, que ni siquiera puedes imaginar. Donde los niños trabajan más duro de lo que debería un hombre adulto. Donde se trata a los prisioneros o a los dementes peor que a los cerdos. ¿Y por qué? ¿Simplemente porque a alguien se le ha dado la autoridad para tratarlos así? A esa gente hay que protegerla. ¿Y quién más puede hacerlo si no somos nosotros?

Scarlett lo miró atónita. No era el hombre que ella había pensado, no era el hombre que había supuesto que sería. Había creído que simplemente disfrutaba de su papel en la Cámara porque le confería una especie de prestigio por encima de la mayoría. Pero, en realidad, apreciaba su capacidad para hacer algo con su posición.

—Te equivocas —dijo ella finalmente.

—¿Qué?

—He visto algunos de esos lugares. —Se inclinó sobre la mesa hacia él, aunque se echó hacia atrás apresuradamente cuando vio que los ojos de Hunter bajaban casi al nivel de la mesa y recordó de repente su pronunciado escote. Se aclaró la garganta—. Tienes razón, Hunter. Hemos nacido para desempeñar un papel. Y creo que parte de ese papel es ayudar a otros menos afortunados que nosotros. He estado en hospitales, en orfanatos, y he visitado a los hombres, mujeres y niños, he visto lo que necesitaban, he proporcionado lo que he podido. Y creo que lo que haces es admirable.

Él parpadeó, claramente tan sorprendido por las palabras de ella como ella lo había estado por las de él.

—Así que lo que estás haciendo con mis arrendatarios… ¿es una extensión del trabajo de caridad que has hecho antes?

—Supongo. —Se encogió de hombros—. Es un comienzo, en cualquier caso, aunque me gustaría hacer más.

Él asintió. —Scarlett. Parece que tenemos objetivos similares, ideales parecidos. ¿Qué te parece si dejamos de trabajar el uno contra el otro e intentamos hacer esto juntos?

Se quedó inmóvil, con el tenedor a medio camino de la boca. ¿Lo decía en serio? Era más de lo que habría esperado que un hombre permitiera a su esposa. Hizo una pausa. ¿Había alguna razón para su ofrecimiento? Según su experiencia, cuando un hombre le daba a una mujer algo que ella deseaba desesperadamente, era solo porque él necesitaba algo de ella a cambio.

—Diría —dijo con cierta vacilación— que podríamos hablarlo.

—¡Muy bien, entonces! —dijo él, y una sonrisa se dibujó en su rostro, iluminando sus atractivas facciones, y a ella le pareció que el corazón le daba un vuelco en el pecho—. ¿Mañana, después de nuestra visita? ¿Antes de que regreses a Londres?

—Ah, sí —dijo ella, y la decepción la invadió. Una conversación cordial y se había olvidado por completo de la naturaleza de su relación y de sus dos vidas distintas, separadas la una de la otra. Sabía de sobra que la Cámara no se reunía de nuevo hasta marzo. ¿De verdad tenía tantas ganas de alejarse de ella una vez más? Sin embargo, debía aprovechar esta oportunidad para aceptar lo que él le ofrecía—. Mañana.

¿Qué depararía el día?

Capítulo Siete

A estas alturas, Hunter ya había aprendido a no buscar a su mujer en la casa. Efectivamente, después de abrirse paso a través de la nieve fresca que había caído durante la noche y entrar en el establo, allí estaba ella, haciendo su ronda de un caballo a otro. La mujer adoraba a los animales, de eso no cabía duda. No reconoció la montura que había llevado el otro día y supuso que se había traído el caballo consigo.

—Desde luego —dijo ella cuando él le hizo esa misma pregunta al entrar con paso decidido en el establo, lo que la hizo girarse bruscamente al oír su voz y el sonido de sus pasos en la paja—. Jamás podría dejar atrás a Star. ¿Cómo iba a entender lo que pasaba o por qué nos separaban? Además, llevamos tanto tiempo juntos que ningún otro caballo me conoce como él.

—Es un buen caballo —convino él, acercándose hasta quedar a su lado mientras acariciaba las crines del animal, con la mano a menos de un par de centímetros de la de Scarlett y rozándole el hombro con el suyo. Sintió cómo se tensaba a su lado y ella retrocedió, pero no antes de que su aroma lo envolviera. Olía a... abeto, pensó, y a algo parecido al incienso. Por lo que él sabía, podría tratarse de una especie de poción de amor, por la forma en que lo cautivaba y lo atraía hacia ella.

—¿...coger el trineo?

Hunter negó con la cabeza al darse cuenta de que había estado tan absorto viéndola alejarse, con el vaivén de sus caderas bajo el

traje de montar, que no había escuchado nada de lo que decía.

—Te he preguntado si querías que cogiéramos el trineo esta mañana.

—¿El trineo? —«¿Y eso a santo de qué?», se preguntó—. ¿Por qué demonios íbamos a querer coger el trineo? Es viejo, es aparatoso y tardaremos mucho más en ir de un sitio a otro.

—Hoy no —dijo ella, volviéndose hacia él con una ceja enarcada —. ¿Acaso no has cruzado el mismo patio que yo? ¡Está cubierto por treinta centímetros de nieve! Es muy probable que las ruedas del carruaje se atasquen y entonces no consigas volver a Londres nunca. Y no podemos ir simplemente a caballo, porque tengo que llevar unas cosas. Además —añadió, mordiéndose el labio mientras una mirada anhelante asomaba a sus ojos. Fue entonces cuando él supo que lo tenía en el bote. ¿Cómo iba a decirle que no a una cara como la suya, una de las pocas veces que le pedía algo?—, ya casi es Navidad, y un paseo en trineo siempre es divertido en esta época del año.

Le tocó a él erizarse. No le había mostrado ni un ápice de calidez, ¿y de repente era el tipo de mujer que se ponía nostálgica con las celebraciones navideñas? —La Navidad no es más que otro día en el calendario, Scarlett —dijo, negando con la cabeza—. No tiene nada de especial, aparte de que es una fiesta religiosa, y todos los paseos en trineo y las cenas no van a cambiar eso.

Lo había dicho con indiferencia, pero al mirarla, se quedó de piedra ante la expresión de incredulidad de su rostro. Tenía las manos en jarras, los ojos como platos y los labios ligeramente entreabiertos.

—¿Qué? —preguntó él, pasándose una mano por el pelo, que nunca permitía que Spicer le mojara, a pesar de la moda imperante. No tenía tiempo para preocuparse por vanidades como esa—. ¿He dicho algo que te haya ofendido?

—Eso es... muy triste —dijo ella, con la voz apenas un susurro—. ¿Cómo es posible que no te importe la Navidad?

Míseras motas de polvo y paja giraban a su alrededor a la luz que se colaba por las rendijas de la madera del establo, resaltando las

hermosas facciones de su rostro, y parecía tan desolada que por un momento él se sintió culpable; lo cual era ridículo.

—Nunca ha tenido importancia, eso es todo —dijo, pasando a su lado sin querer seguir con el tema. Verla mirándolo así, con aquellos ojos color avellana clavados en él, le hacía desear contarle cualquier cosa que quisiera saber.

—Bueno —dijo ella, siguiéndolo mientras iba a buscar al mozo de cuadra—, para mí sí la tiene.

—Nia siempre quiso celebrar la Navidad —murmuró—. Nadie encontró nunca el momento.

—¿Qué has dicho? —se le acercó tan deprisa que las faldas de su traje de montar, de un intenso color púrpura, se arremolinaron a su alrededor, y él se contuvo justo antes de revelar más de la cuenta.

—Nada —dijo—. Nada en absoluto. ¡Ah, Carver, ahí está usted! —El alivio lo invadió al ver aparecer al mozo de cuadra—. Prepare... —Miró a Scarlett, que lo observaba con tal expresión de esperanza que él cedió con un suspiro—. El trineo —dijo—. Prepare el trineo.

* * *

Por mucho que odiara admitirlo, Scarlett había tenido razón. El trineo *era* el mejor medio de transporte para atravesar sus tierras. No la había visto meter nada en él, pero una rápida ojeada a las bolsas llenas que contenía y luego una mirada a Scarlett y a la satisfacción de su rostro le indicaron que ese había sido su plan desde el principio.

—Ha sido un detalle por parte de Carver proporcionarnos una manta y un calientapiés —dijo ella, aunque un punto de consternación asomó a su tono—. Pero solo ha puesto uno. Supongo que tendremos que compartir.

—No importa, no tengo frío. Normalmente Carver no es tan corto de miras —murmuró—. Hablaré con él cuando volvamos.

—No —dijo ella, posando una mano enguantada sobre la de él, y cuando la mirada de Hunter se alzó hacia la suya, ella la apartó a

toda prisa—. Es un buen chico, de verdad, y no quiero que se meta en líos. Seguro que se le ha olvidado. Teníamos bastante prisa.

—Supongo —dijo él, mirando a lo lejos, al ver el humo que salía de una chimenea—. Ahí está la casa de Thomas y Molly Baker.

—Lo sé —dijo ella, y él la miró de reojo, recordando la información de Stone sobre el dinero que daba a las familias. ¿Cuántas veces habría estado allí?

Tiró de las riendas al llegar al camino de entrada y, cuando se volvió para ayudar a Scarlett a bajar del trineo, se sorprendió al ver que ella ya estaba en el suelo y se dirigía por el sendero despejado con sus robustas botas negras. —¡Trae una cesta! —le gritó mientras doblaba la esquina de la entrada de piedra, y justo en ese momento una pequeña figura salió disparada por la puerta para recibirla.

—¡Lady Oxford! —gritó el niño mientras se abalanzaba sobre ella. Hunter observó la escena atónito. Jamás en su vida había visto algo semejante. Su madre se habría horrorizado si hubiese sabido que Scarlett siquiera hablaba con esas familias, y mucho menos… ¿acaso estaba levantando al niño en volandas?

—¡Vuela, pajarito! —exclamó ella, y el niño rompió a reír mientras lo hacía girar en círculo. No tendría más de cuatro años, pensó mientras observaba desde el trineo. Finalmente, levantó la lona y dejó al descubierto un montón de cestas llenas de dulces, botellas de licor y solo Dios sabía qué más había metido Scarlett en ellas. Santo cielo, ¿cuánto le habría costado todo aquello?

—Bobby, deja que lady Oxford entre..., ¡que hace un frío que pela ahí fuera! —dijo una voz risueña desde el umbral—. ¡Lady Oxford, qué alegría verte!

—¿Cuántas veces tengo que decirte, Molly, que con Scarlett es más que suficiente? —dijo ella con una sonrisa mientras rodeaba el cercado de los cerdos para llegar a la entrada de la pequeña cabaña.

¿Scarlett? ¿La mujer que insistía en llamar a su marido lord Oxford le decía a una plebeya que la llamase Scarlett? Desde luego, Hunter no menospreciaba a aquella gente como muchos de su clase, pero jamás habría esperado que Scarlett los tuviera en tan alta estima. ¿Dónde estaba la mujer fría que había llegado a conocer, la

que cenaba casi en silencio, la que apenas le hablaba salvo para mantener una conversación educada cuando era necesario?

Atónito, empezó a seguirla por el sendero y, justo cuando Molly Baker iba a cerrar la puerta, lo vio.

—Oh, Dios mío —dijo ella, levantándose la raída falda marrón al tiempo que hacía una reverencia—. Disculpe, milord, no lo había visto. No sabíamos que se encontraba en la propiedad y, por tanto, no lo esperábamos. No es que necesite avisar con antelación. Es decir… Ay, señor, estoy divagando. Por favor, entre.

Abrió más la puerta y el calor del fuego que ardía en un rincón de la pequeña estancia lo atrajo hacia dentro. Podría haber rechazado compartir la manta, pero tenía que admitir que el frío del aire empezaba a calarle hasta los huesos.

—Gracias, señora Baker —dijo con un asentimiento—. Mi llegada ha sido inesperada, lo admito, pero me complace tener la oportunidad de visitarlos.

—Por supuesto —dijo ella, girando bruscamente la cabeza al oír que unas voces a su espalda comenzaban a discutir—. ¡Niños! —siseó—. Nuestro señor ha venido de visita. Vengan a saludar.

Cuatro pequeños de diversas estaturas soltaron obedientemente la muñeca por la que se peleaban y se pusieron en fila delante de él, mientras que el niño que había visto primero permanecía al lado de Scarlett, con el puño aferrado a la tela de su falda. La puerta del fondo de la casa se abrió y Thomas Baker entró, golpeando las botas en la entrada para quitarse la nieve.

—Caray, Molly, hace un día de perros ahí fuera. Te digo que…—

—Tenemos visita, Tom.

—¡Milord! Bienvenido —dijo con un asentimiento, pero cuando se volvió hacia Scarlett, un rubor intenso le tiñó las mejillas, algo que desde luego no había estado presente cuando su atención se había dirigido a Hunter.

—Lady Oxford —dijo—, qué alegría verla. Veo que Bobby ya se le ha pegado, ¿eh?

—Desde luego que sí —contestó ella con una carcajada—. ¿Cómo estás, Thomas?

—Muy bien —dijo él—. Aunque he tenido que meter a los animales en el refugio con el frío que ha empezado a hacer. Parece que la nieve no va a amainar. ¿Están seguros de que deberían estar fuera con este tiempo?

—No te preocupes, estaremos bien —dijo con una sonrisa—. No estamos lejos de la casa.

Hunter se sintió como si estuviera viendo un combate de boxeo, con la cabeza moviéndose de un lado a otro mientras ellos conversaban como si *ella* fuera la terrateniente y no él. Debería ser él quien hablara de esos asuntos con su arrendatario.

—Thomas —dijo, sintiéndose como un intruso al interrumpir la conversación—. ¿Tiene un momento para tratar algunos asuntos?

—Por supuesto, milord —respondió.

—Tome, permítame que le prepare un té —dijo Molly mientras empezaba a ajetrearse por la habitación, ahuyentando a los niños de la cocina. Hunter miró a Scarlett e inclinó la cabeza hacia Molly, sugiriéndole que quizá debería hablar ella con la mujer mientras él trataba los asuntos con el marido, pero Scarlett desvió la mirada, fingiendo no haber entendido su indirecta, aunque Hunter sabía que era mucho más lista que todo eso. Suspiró. Esta mujer era un hueso duro de roer.

—Thomas —empezó, tomando asiento en una silla de madera llena de muescas que hacía juego con la mesa—. Hace tiempo que no venía por aquí, ya que he dejado los asuntos de la propiedad en las competentes manos del señor Stone.

Scarlett soltó un bufido desde su asiento a su lado, y él le lanzó una mirada de desaprobación. Tenían que mostrarse unidos delante de sus arrendatarios, no cuestionarse el uno al otro. Volvió a mirar a Thomas, que se había tapado la boca con la mano, y Hunter tuvo la clara impresión de que el hombre estaba ocultando una sonrisa.

—¿Cómo va su trabajo? —preguntó, fingiendo que Scarlett no estaba a su lado—. ¿Ha tenido algún problema en particular?

Thomas se aclaró la garganta y miró a Molly y a Scarlett por turnos antes de devolver la mirada a Hunter. Scarlett asintió en dirección al hombre, y la irritación de Hunter volvió a crecer.

—No puedo decir que nos haya ido muy bien últimamente, milord —dijo con cierta vacilación, y Hunter sonrió, animándolo a continuar —. Verá… el alquiler es demasiado alto para que podamos salir adelante. Por mucho que me esfuerce, no gano lo suficiente con la venta de los animales para cubrir los pagos y, además, alimentar y vestir a mis hijos. Si no fuera por lady Oxford… bueno, no estoy seguro de que pudiéramos seguir aquí, milord. Ha sido muy generosa, pero me sentiría mucho más tranquilo sabiendo que tengo menos que pagar de entrada. Sé que es mucho pedir, y no quisiera ser presuntuoso, pero… bueno, no sé qué más decir.

Thomas bajó la cabeza, y Hunter se dio cuenta de lo mucho que le había costado humillarse de esa manera delante de él.

—Ya veo —dijo con gravedad—. Gracias por su honestidad, Thomas. Me encargaré del asunto, se lo aseguro.

Habló con el hombre unos minutos más sobre diversos aspectos de la cría de cerdos, aunque Hunter sabía mucho menos del tema de lo que le gustaría admitir. Finalmente, se levantó y le estrechó la mano.

—Gracias por su visita —dijo Thomas, y por fin la calidez que le había dedicado a Scarlett se reflejó en su rostro al mirar a Hunter.

—Y antes de que se nos olvide —dijo Scarlett, interviniendo por fin en la conversación—, tenemos algo para vosotros. —Cogió la cesta que Hunter había dejado junto a la puerta—. ¡Feliz Navidad! —exclamó con entusiasmo—. ¡Nos vemos pronto!

El niño le dio un último abrazo antes de que se marcharan de vuelta al trineo, mientras Scarlett se despedía con la mano y la familia los observaba desde la puerta. Cuando se giró para mirar al frente, su rostro adoptó una expresión reservada, y lo único que Hunter pudo hacer fue preguntarse: ¿quién era esa mujer con la que se había casado?

Capítulo Ocho

Cuanto más tiempo pasaban allí sentados en silencio, más ansiosa se ponía Scarlett. ¿Qué le estaría pasando por la cabeza? Su marido se había subido al trineo, había cogido las riendas y se había quedado inmóvil, con la mirada perdida en la distancia. ¿Estaba enfadado con ella? No es que tuviera ningún motivo para estarlo, se dijo a sí misma. Simplemente le estaba permitiendo ver la verdad.

—Parece que tenías razón —dijo él, y su voz rompió el susurro del ligero viento que había empezado a levantarse. Su aliento formaba vaho en el aire frío—. He sido un señor terriblemente negligente.

Hizo una pausa y abrió la boca un par de veces hasta que por fin continuó hablando. —Si le hubiera preguntado a Thomas a cuánto asciende la renta, él también se habría dado cuenta, y, sin embargo, debo saberlo antes de reunirme con Stone. ¿A cuánto ascienden sus rentas?

Cuando se lo dijo, él silbó. Era más del doble de lo que habría esperado. Con razón sus arrendatarios tenían dificultades.

—¿Cómo he permitido que esto suceda? —preguntó, agachando un poco la cabeza, y Scarlett sintió que una compasión inexplicable la invadía.

Basta ya, esto es culpa suya. Y ¿no es esto lo que querías? ¿Que viera el error de su proceder? Debería haber prestado mucha más atención. Pero la expresión de remordimiento que cubría su rostro

revelaba que había depositado su confianza absoluta en la persona equivocada, y no pudo evitar sentir compasión por él.

—A veces, las personas en las que creemos que más podemos confiar acaban causándonos la mayor aflicción —dijo ella, y él la miró con la decepción grabada en sus ojos azul verdoso; decepción consigo mismo.

—Me he dejado llevar por mi trabajo en Londres —dijo, volviendo a dirigir la mirada a la distancia cubierta de nieve—. Al hacerlo, he olvidado mi responsabilidad aquí. Pero es más que trabajo. Mis decisiones afectan a todos los aspectos de la vida de esta gente. Con razón tienes tan mala opinión de mí.

Ella se mordió el labio. Tenía razón, en cierto modo, pero lo que él no sabía era que no lo despreciaba tanto. No, había aspectos de él que en realidad admiraba: su dedicación, su capacidad para no volverse tan inflexible como para no poder ver sus errores. Simplemente era distraído con los aspectos de su vida a los que necesitaba prestar más atención. Tal vez fuera un defecto, pero no uno nacido de la maldad o de la mala intención.

No, lo que la mantenía alejada de él era el hecho de que se veía a sí misma intimar *demasiado* con él, y eso no podía ser. Pues sabía de lo que hablaba cuando le decía que la gente podía ser una decepción. Su propio padre lo había sido una y otra vez. La quería, lo sabía, pero eso no había sido suficiente. Aunque la mantenía y estaba ahí cuando ella le pedía cualquier cosa, como verdadero padre, no había estado ahí para ella cuando lo necesitaba, ni para su madre en ningún momento.

Sin embargo, por mucho que tuviera que protegerse a sí misma, debía tener más cuidado de no permitir que Hunter se sintiera demasiado mal consigo mismo.

—Esto no es nada que no puedas arreglar —dijo ella con dulzura, inclinándose para mirarlo a los ojos—. Tú tienes el poder de cambiar esto, de mejorar las cosas aquí. Además —no pudo evitar que una sonrisa se dibujara en su rostro—, yo estaba aquí para enderezar las cosas.

Él la miró entonces, con su rostro a escasos centímetros del de ella, y el corazón se le empezó a acelerar, latiendo tan deprisa que la

sangre le corría a toda prisa por las venas, calentando todo lo que se había enfriado en el aire gélido.

—Hunter —dijo ella en un susurro—. Hunter, yo...

El caballo relinchó entonces, rompiendo el momento, y ella se echó hacia atrás de repente. —Creo que será mejor que nos pongamos en marcha —dijo, aclarándose la garganta—. Debemos visitar a los otros arrendatarios. ¿Sabes qué hora es?

Él negó con la cabeza, sin decir nada mientras ponía a los caballos en marcha.

—¿No tienes reloj de bolsillo?

—No —dijo él secamente, sorprendiéndola.

—¿Que no tienes reloj de bolsillo? —lo miró, perpleja—. Todos los hombres tienen un reloj de bolsillo.

—Yo no.

—¿Por qué no?

—Nadie me regaló uno.

—¿No podrías haberte comprado uno tú mismo?

Se encogió de hombros. —Supongo que podría haberlo hecho. Pero... simplemente no me parecía correcto.

Al percibir su reticencia a hablar del tema, ella frunció el ceño, consternada, pero no le preguntó nada más.

* * *

Había estado a punto de besarlo. Ya por dos veces había estado él a punto de unir sus labios con los de ella, y por dos veces se había apartado. ¿Qué clase de hombre era, que no podía ni siquiera convencer a su propia esposa de que lo besara? No solo eso, sino que casi se había derrumbado, casi le había hablado de su propia decepción. Le había pedido a su padre un reloj de bolsillo como el suyo, pero su padre siempre le decía que ganara suficiente dinero para comprarse uno.

Bueno, pensó Hunter, tendría que olvidar eso por el momento, pues tenía un papel que desempeñar: el del terrateniente centrado en su labor. Visitaron una casa tras otra, llevando cestas y la

promesa de rentas más bajas para el año nuevo. A Hunter lo abrumó la alegría en los rostros de sus arrendatarios. Lo que de verdad lo dejó atónito, sin embargo, fue la reacción de todos ellos hacia Scarlett. Adoraban a su esposa y la recibían en sus hogares como si fuera una vieja amiga en lugar de la nueva esposa de su señor. ¿Con cuánta frecuencia los había visitado? Nunca había visto nada parecido en todos sus años.

Finalmente se lo preguntó mientras giraba el trineo de vuelta hacia Wintervale.

—¿Que por qué soy tan amable con ellos? —preguntó ella, clavando la mirada en él—. Porque son personas, Hunter. Personas con las que disfruto hablando. Durante los últimos tres meses, he estado sola con ellos —y con los sirvientes, por supuesto, y también está Lavinia, pero no siempre anda por aquí— y disfruto de su compañía. Además, es importante asegurarse de que estén contentos. Al final, es mejor para ti.

Él asintió, preguntándose mientras lo hacía si *ella* era feliz sola aquí, en su finca. Sin embargo, como si le hubiera leído el pensamiento, ella continuó.

—Me encanta este lugar —dijo con nostalgia—. Es tan abierto, tan libre... Y tienes una casa preciosa, Hunter, de verdad que sí. No podría imaginarme encerrada en Londres durante meses, como tú. De hecho, me das pena por tener que estarlo.

Desde luego, él no sentía pena por sí mismo. Le encantaba su trabajo allí, aunque entendía lo que ella decía sobre la libertad del campo y deseó una vez más pasar más tiempo aquí.

—¡Oh, mira! —dijo, señalando un sendero que apenas se veía entre los árboles de hoja perenne—. Aquí es donde quería parar.

—¿Parar para qué? —preguntó él.

—¡Ramas para la casa! Al parecer no eres el único al que no le gusta la Navidad, Hunter, porque no hay ni un solo adorno en todo Wintervale. Hemos buscado por todas partes, aunque tanto Abbot y la señora Shepherd como Lavinia me aseguraron que no encontraría nada. Parece que la Navidad no es una tradición familiar. Lo cual es triste, la verdad, porque de eso se trata la Navidad. He encargado

algunas cosas, pero otras tenemos que recogerlas nosotros mismos. Venga, para ya.

Aminoró la marcha de los caballos, aunque lo que más deseaba era seguir hacia casa. De verdad tenía que ponerse en camino si quería llegar a Londres. Mientras pensaba en ello, un copo de nieve le cayó en la punta de la nariz, y al mirar a su alrededor vio una multitud de ellos cayendo sobre ellos.

—¡Está nevando otra vez! —dijo ella con una expresión de júbilo en el rostro, y él no pudo evitar detenerse, deseando ver más de aquella mujer que se le había revelado hoy en las casas de sus inquilinos. Si la Navidad iba a traerle algo de felicidad, bueno, supuso que podía parar una hora y dejar que lo disfrutara. Y luego, cuando volvieran a la casa, tendría que ponerse en camino de verdad, o nunca llegaría a Londres a tiempo.

—Está bien, de acuerdo —dijo él, devolviéndole la sonrisa—. ¿Qué necesitas que haga?

—¡Ven! —exclamó ella con el mismo entusiasmo que Bobby había mostrado antes—. Puedes llevarme las cosas.

—¿Llevarte las cosas?

Sin embargo, su pregunta obtuvo respuesta enseguida, pues ella amontonó rama tras rama en sus brazos o en la bolsa que antes había contenido las cestas para los inquilinos. Recogió todos los trozos de ramas de hoja perenne que habían caído al suelo antes de seleccionar con cuidado otros tipos de vegetación. A Hunter todo le parecía igual, pero ella parecía saber exactamente qué tipo de arbusto o árbol era cada uno, y los añadía todos a su colección. Él arrastró la bolsa llena hasta el trineo antes de volver para sostener el resto él mismo. Se sintió aliviado cuando ella por fin pareció satisfecha, pues no creía que pudiera cargar nada más sin que todo se le cayera al suelo.

—Creo que con esto será suficiente, al menos por ahora —dijo ella, regresando al trineo a saltitos mientras él la seguía mucho más despacio, intentando mantener el equilibrio—. Oh, Wintervale estará precioso cuando todo esto esté esparcido por ahí.

—¿Dónde piensas poner todo esto? —preguntó él, con la voz ahogada al tener la cara completamente cubierta por las ramas.

—¡Por todas partes! —exclamó ella—. No hay nada como el espíritu de la Navidad, Hunter. Se te mete en el alma y te llena de una calidez distinta a cualquier otra cosa. ¿De verdad no lo has sentido nunca?

Por fin se deshizo de su carga, dejándola caer en el trineo antes de volverse hacia ella. Sin embargo, pareció olvidarse de cómo respirar por completo cuando le miró el rostro. Aquellos ojos que lo habían mirado con tanto disgusto brillaban ahora de euforia, sus mejillas estaban sonrosadas por el aire frío y sus labios, rojos y apetecibles. Por fin, sus barreras se habían derrumbado, y él no iba a dejar pasar ese momento.

—Supongo —dijo lenta y cuidadosamente, acercándose a ella— que estoy empezando a sentirlo ahora.

Se inclinó entonces, decidido a que esta vez no se escaparía. Vio un atisbo de pánico en los ojos de ella cuando su rostro se acercó al suyo, pero no retrocedió. Le llevó la mano a la nuca y, antes de que ella tuviera un segundo más para pensar en lo que estaba ocurriendo entre ellos, unió sus labios a los de ella.

Había tardado meses, pero por fin probó a su esposa. Y ahora que la había probado, quería más. No quería asustarla, pero le resultaba difícil contenerse y no tomar más que aquel beso dulce y casto. Sin embargo, pudo percibir la vacilación de ella, así que se ciñó a lo que ella le ofrecía, sus labios suaves y cálidos bajo los suyos. Para no asustarla, empezó a moverlos lentamente sobre los de ella, tentadores, un poco provocadores, y supo en qué momento ella permitió que su resistencia empezara a desvanecerse. Porque su cuerpo, tan tenso y rígido, empezó a hundirse en el de él como por voluntad propia; el hielo comenzó a derretirse mientras su suave anatomía se pegaba a la de él. Pasó la lengua por la comisura de sus labios, y ella se abrió, permitiéndole entrar, y él sintió la euforia hasta el fondo de su alma.

Porque sabía que aquello era más que un simple beso con su marido. Era abrirse a él en algo más que el sentido físico.

Ella sabía a la especia del pastel que le habían ofrecido en su última parada y, como la tentación del azúcar, él quería más de ella; más de lo que era apropiado pedir aquí, en medio de aquellos

árboles de hoja perenne, con la nieve empezando a arremolinarse a su alrededor. De hecho, cuando por fin se separó, se sorprendió al descubrir que la nieve caía ahora a cántaros. ¿Cuándo había ocurrido eso?

Bajó la mirada y la encontró observándolo con asombro, y le invadió una sensación de satisfacción al ver que tardó un momento en volver en sí.

—Yo... Hunter, yo...

Él negó con la cabeza, sonriéndole. —No tienes que decir nada —murmuró, acariciándole la sonrojada mejilla con el pulgar enguantado—. Pero deberíamos volver.

Ella miró a su alrededor, percatándose de la repentina nevada con la misma sorpresa que él.

—¡Cielos, pero si está cayendo con ganas! —exclamó—. Deberíamos irnos.

Esta vez, cuando se sentaron en el trineo, él los cubrió a los dos con la manta, sintiendo cómo la pierna de ella se apretaba contra la suya. Como no se apartó, él sonrió. Quizá, después de todo, el espíritu navideño sí que tenía algo de especial.

Capítulo Nueve

—¡Oh, milord, milady! —se apresuró a decir la señora Shepherd hacia la puerta mientras ellos entraban, sacudiéndose la nieve—. Scarlett miró a Hunter y no pudo evitar echarse a reír, pues la nieve cubría su maraña de rizos como si llevara una peluca empolvada. Comenzaba a derretirse rápidamente mientras estaban en la entrada del vestíbulo, pegándole los rizos a la frente. Sintió el impulso de alargar la mano y apartárselos de la cara, pero la detuvo antes de que actuara por voluntad propia.

—¡Cielo santo, qué frío espantoso hace ahí fuera! —continuó la señora Shepherd, yendo de un lado para otro a su alrededor mientras ayudaba a Scarlett a quitarse la capa—. Van a coger un resfriado de muerte si no entran en calor de inmediato. Milord, ¿dónde está su sombrero? Vengan, vengan.

Scarlett le sonrió con afecto a la mujer, que le recordaba a una niñera por la forma en que se preocupaba por ellos. Sin embargo, resultaba tierno, la verdad, así que le permitió continuar con sus atenciones.

Abbot entró entonces en la estancia, con el mismo paso firme que mantenía dondequiera que fuera. La casa podría estar en llamas y Abbot seguiría saliendo por la puerta con sus pasos medidos.

—Milord —dijo—, Spicer ha preparado todo para su partida, pero se pregunta si no preferirá usted pasar aquí la noche, dado que el tiempo ha empeorado.

Scarlett miró a Hunter, que ladeó la cabeza mientras sopesaba las palabras de Abbot. Se volvió hacia la puerta como si pudiera ver a través de ella y suspiró.

—Quizá tenga usted razón, Abbot. Se ha hecho bastante tarde y será difícil ver a través de la nieve. Mañana tengo que cenar con lord Falconer, pero si salgo por la mañana, deberíamos llegar a tiempo. Hay asuntos importantes que quería tratar con él antes de que se marche a su casa de campo, para que todo esté en orden cuando se reanude el período de sesiones. No obstante, si preparo mis notas esta noche, no tendré que hacerlo cuando llegue a Londres. Sí, así estará bien.

¿Le hablaba a ella, a Abbot o a sí mismo? Había empezado a deambular por el Salón del Roble contiguo mientras murmuraba, sin darse cuenta, al parecer, de que estaba goteando nieve derretida sobre el entarimado.

—Irá a su estudio —dijo Abbot. ¿Había desaprobación en su tono mientras observaba a su señor serpentear por el pasillo?

Scarlett negó con la cabeza mientras se recogía las faldas y seguía a su marido, ya que sus aposentos estaban en el mismo pasillo que el estudio. ¿Dónde estaba el hombre que acababa de besarla en la nieve, que había convertido el frío en una magia que se arremolinaba a su alrededor? Se había ido, perdido en el Hunter que estaba completamente absorto en su trabajo. Aunque ahora sabía que su propósito era admirable, habría preferido que la incluyera en la conversación, si lo que tenía que atender era tan apremiante.

Este era el problema con los hombres, pensó mientras la esperanza que se había agitado en su vientre se convertía en rabia. Te hacían creer una cosa, cargaban tus emociones y, al momento siguiente, te hacían a un lado como si nada hubiera significado. Se frotó la frente. Debería haberlo sabido. Bueno, solo había sido un beso. Un poco de diversión, en realidad.

Pero al cerrar la puerta de su habitación y dejarse caer contra ella, supo, en lo más profundo de su alma, que ya estaba empezando a perder la batalla por defender su propio corazón.

* * *

Scarlett se despertó al día siguiente decidida a cambiar de enfoque. Había logrado su objetivo con Hunter: le había hecho ver el error de sus actos, le había demostrado todo aquello a lo que había estado ciego al confiar a su administrador la responsabilidad exclusiva de su patrimonio. Con un poco de suerte, se desharía de Stone y las condiciones de sus arrendatarios podrían empezar a mejorar. Sería un nuevo comienzo en el nuevo año.

Y *eso* era todo lo que necesitaba de él. Nada más; o eso se decía a sí misma.

—Buenos días, milady.

—Buenos días, Marion —sonrió Scarlett a su doncella mientras esta entraba presurosa en la habitación y comenzaba a sacar con eficiencia varios vestidos del armario.

—¿Qué actividades tiene planeadas para esta mañana, milady? —preguntó mientras sostenía un traje de montar en una mano y un vestido de mañana en la otra.

Scarlett, sentada bajo las mantas con las piernas cruzadas, levantó la vista hacia Marion, suspirando mientras apoyaba los codos en las piernas y la barbilla en las palmas de las manos, contemplando a la muchacha y la ropa que sostenía.

—No estoy del todo segura —dijo Scarlett, ladeando la cabeza—. Había pensado que quizá podría volver a casa para visitar a mi madre hoy por Nochebuena y para la cena de Navidad. Pero antes, quería añadir algo de ambiente festivo a esta casa. Volveré antes de la Duodécima Noche, así que tendré tiempo de sobra para disfrutarlo. Además, creo que al resto de los sirvientes les gustaría, ¿estás de acuerdo?

—Sí, milady —respondió Marion con un asentimiento convincente —. A todo el mundo le gusta un poco de Navidad, y no parece que en esta casa la haya habido nunca.

—¿Por qué crees que es así?

Marion se encogió de hombros. —La señora Shepherd dijo que la familia casi nunca ha residido aquí, ya que el marqués y la marquesa

tienen otra casa que prefieren, y cuando lord Oxford ha estado, no celebra la festividad en absoluto. La señora Shepherd cree que nunca han celebrado la Navidad. —Su voz bajó a un susurro, aunque no había nadie cerca para oírlas—. Es bastante triste, ¿no cree, milady?

—Lo es —convino Scarlett—. Bueno, entonces, Marion, nos corresponde a nosotras compartirla con ellos. Llevaré el vestido de mañana mientras preparamos la casa después del desayuno, y luego nos iremos esta tarde a casa de mi madre, ¿qué te parece?

Marion volvió a guardar el traje de montar, pero se dio la vuelta apresuradamente. —¡Oh, milady! Estaba tan absorta hablando de los adornos que se me olvidó por completo decírselo: aunque un paseo es posible, es imposible que hoy podamos visitar a su madre.

—¿Qué quieres decir? —Scarlett la miró con extrañeza.

—¡La nieve, mi señora…! ¡Ha nevado toda la noche!

Scarlett apartó las mantas, tiritando cuando sus pies descalzos tocaron el suelo de madera. Esta habitación necesitaba una alfombra junto a la cama. Era un invierno inusualmente frío, de eso no cabía duda. Se acercó a la ventana y se quedó sin aliento al mirar abajo. Pues lo que el día anterior había sido un palmo de nieve se había convertido en montañas de la noche a la mañana. La nieve lo cubría todo: los arces, desnudos por el invierno, los árboles de hoja perenne y todos los jardines que se extendían bajo su ventana orientada al sur.

—¡Dios mío! —exclamó—. Nunca conseguiré pasar por ahí, ni siquiera a caballo. —Se giró bruscamente para mirar a Marion—. Y lord Oxford, desde luego, no podrá ir a Londres.

Marion negó con la cabeza y una levísima sonrisa se dibujó en sus labios. Ah, sí…, el ayuda de cámara. Eso significaba que él también se quedaría. —No, mi señora —dijo—. Parece que pasará usted la Navidad con el conde.

* * *

—¡Señora Shepherd! —llamó Scarlett hacia la salita de las doncellas mientras buscaba a la ama de llaves, con Marion siguiéndola de cerca. La señora Shepherd salió apresuradamente de la estancia, con Abbot detrás.

—¡Ah, ahí están! —exclamó Scarlett—. Espléndido. Verán, lord Oxford y yo recogimos ramas ornamentales ayer mientras visitábamos a los arrendatarios, y deben de seguir en el trineo. Me gustaría decorar la casa esta mañana, puesto que ya es Nochebuena, y eso será decididamente importante. ¡Ah! Y mi madre escribió diciendo que enviaría muérdago, que una de sus amigas trajo del sur. ¿Ha llegado?

—Sí, mi señora, a principios de esta semana, y lo prepararemos. No se preocupe, tendremos la casa lista para usted mañana.

—Oh, pero, señora Shepherd, nada me gustaría más que ayudar. ¿Hay alguna cinta por ahí? ¿O papel, tal vez? Venga, arreglemos todo en el salón azul.

Era una sala pequeña y privada, y Scarlett la había adoptado como su salita particular. Había resultado bastante fría cuando llegó, pero ahora estaba llena de sus cosas favoritas que había traído de casa de sus padres: la colcha que su aya le había tejido, las pequeñas pinturas y retratos de familiares que le recordaban su hogar.

Ahora los lacayos alineaban las ramas en el suelo y Scarlett tomó el mando, instruyendo a las doncellas sobre cómo crear las guirnaldas y bolas de adorno perfectas.

—Y esto —dijo con aire teatral mientras cogía un trozo— es muérdago. Cuidado ahora, jovencitas, no os encontréis debajo con un hombre que no sea de vuestra elección. —Le guiñó un ojo a Marion, que se sonrojó hasta la raíz de su pelo cobrizo. Scarlett se había dado cuenta de que el ayuda de cámara, Spicer, le había prestado especial atención a Marion esa mañana. Cuando Scarlett le preguntó dónde estaba su señor, le dijo que podía encontrarlo en su estudio. Scarlett simplemente se encogió de hombros, decidiendo que no tenía importancia.

—Marion —le susurró a su doncella en voz baja, llevándosela a un lado de la habitación, junto a la chimenea de mármol, donde

ardía un fuego alegre—. Se me ha olvidado por completo decírtelo. Parece que tu señor Spicer *está* soltero. Y ahora pasarás la Navidad con él. Espero que todo os vaya bien, pero ¿me prometes que tendrás cuidado?

Marion se limitó a sonreír y se dio la vuelta. Scarlett tiró de un mechón de pelo que se le había escapado de su desordenado moño, enrollándoselo en el dedo mientras contemplaba a Marion y Spicer, que ahora conversaban tímidamente. «Tal vez el amor *pueda* funcionar para algunos», pensó con nostalgia mientras ataba la bola de muérdago junto con algunas de las ramas de hoja perenne que habían recogido del suelo del bosque. Apartó los recuerdos del día anterior que seguían intentando invadirla. «*No significó nada. Simplemente fue un poco de diversión*».

Scarlett reunió un gran fajo de ramas y atravesó el salón, pasando por el Salón Verde, donde sonrió a algunos de los lacayos. Parecía que los sirvientes estaban disfrutando bastante de este rato de festividad, ya que, mirara donde mirara, todos se estaban uniendo a la diversión. Oak Hall… *ahí* era donde centraría su atención. Se comunicaba con el vestíbulo y se usaba continuamente para llegar a casi todas las demás habitaciones de la casa, tanto por ella misma como por los sirvientes.

Tras decidir la mejor ubicación para sus guirnaldas, empezó a desandar sus pasos y casi se topa con el ayuda de cámara.

—Ah, Spicer —dijo con una sonrisa, y él le devolvió la mirada con una sonrisa juvenil—. ¿Cree que podría traer la escalera de la biblioteca? Estaba pensando en colgar esto de la entrada a la habitación.

—Por supuesto, mi señora —dijo él, y regresó instantes después con la escalera de madera, que era bastante alta, perfecta para las elevadas estanterías que recubrían la biblioteca—. Permítame.

—No, no, estoy perfectamente bien —dijo, y entonces, al recordar a Marion atando las ramas en el salón, se sintió inspirada—. Siento pedirle otro favor, pero ¿no podría traerme más guirnaldas?

—Por supuesto, mi señora —dijo él—. Volveré en seguida.

—Tómese su tiempo —dijo ella con dulzura, y luego empezó a subir los peldaños.

De pie en el último escalón, calculó que todavía le faltaban unos dos centímetros para llegar al marco de la puerta, a pesar de estar de puntillas y estirarse todo lo que podía. Solo necesitaba subirse a la parte superior de la escalera, a ras de la barandilla, y entonces podría alcanzar el marco. Siempre había tenido buen equilibrio, probablemente por los años que había pasado montando a caballo. Dio un paso, sonriendo al encontrarse a la altura correcta.

—Ya está —murmuró, sujetando la cinta a la parte superior—. Perfec… —Sus palabras, sin embargo, se vieron interrumpidas por un grito cuando la escalera empezó a tambalearse bajo ella. Agitó los brazos violentamente mientras intentaba recuperar el equilibrio, pero de repente no había nada donde poder afianzar el pie, pues la escalera empezó a inclinarse hacia delante. Se encogió mientras se preparaba para el impacto contra el suelo, pero en lugar de que la madera se estrellara contra su espalda, la cogieron un par de brazos que parecieron salir de la nada. Abrió los ojos y se encontró con el apuesto rostro de su marido ante ella.

Los brazos de Hunter se estrecharon a su alrededor, y ella pudo sentir su calor a través del vestido. La atrajo aún más hacia sí, como si de esa forma pudiera mantenerla más a salvo. —Dios mío, qué susto me has dado. —Apoyó la frente en la de ella, con los labios a un suspiro de los suyos—. El pulso se le aceleró, en parte por la casi caída, pero también por *él*. Oh, podía decirse a sí misma que él no le afectaba, pero su cuerpo decía algo completamente distinto.

Cuando los labios de él descendieron, ella los recibió con una desesperación que no sabía que albergaba en su interior. ¿Qué estaba haciendo? Aquello *no* se correspondía con sus intenciones. Sin embargo, todo pensamiento la abandonó mientras él la absorbía, y sintió como si se ahogara, por su sabor, por su tacto, por la sensación de ingravidez que le producía el que la sostuviera en brazos.

Sus labios se apartaron de los de ella con la misma brusquedad con que la había besado, pero él siguió sujetándola, y ambos se quedaron mirándose el uno al otro, con la respiración tan agitada como la de ella.

Contrólate, Scarlett. El apego que sentía por él era cada vez mayor, pero en cuanto el tiempo mejorara y las carreteras se despejaran, él volvería a Londres y ella se quedaría aquí, sola. Mientras los pensamientos la inundaban, bajó la cabeza, rompiendo la conexión entre ellos. Cuando volvió a levantar la vista, Hunter había fruncido el ceño y la miraba con cierta consternación.

—¿Qué estabas haciendo? —le preguntó él, con la voz teñida de incredulidad y un deje de enfado.

—Decorando —consiguió decir. No se dejaría intimidar por él, aunque le costaba concentrarse, todavía algo alterada por la casi caída.

—¿En qué estabas pensando? —exigió él entonces, mientras se dirigía a una de las sillas que había junto a la pared y la sentaba en ella, poniéndose en cuclillas a su lado—. ¡Estabas de pie en el último peldaño de la escalera! Podrías haberte matado.

—Bueno —replicó ella con calma, cerrando la mano sobre su guardapelo y girándolo de un lado a otro al sentir la necesidad de defenderse—, pues no lo he hecho, ¿verdad?

Él se pasó una mano por los rizos mientras se levantaba y caminaba de un lado a otro delante de ella. —¿Qué está pasando aquí, de todos modos? ¡Todo mi personal está atareado, cubriendo la casa de… de árboles!

—¿No recuerdas lo de anoche? —preguntó ella, arqueando las cejas. Cuando él se detuvo y la miró, supo que estaba recordando algo más que el simple hecho de haber recogido algo de vegetación.

—Claro que lo recuerdo —masculló él—. Pero nunca pensé que este sería el resultado.

—Esto es la Navidad, Hunter —dijo ella con aire remilgado—, y como ambos estamos atrapados aquí, más vale que te vayas acostumbrando.

Capítulo Diez

¿Cómo podía estar sentada ahí con tanta calma, como si nada acabara de ocurrir? Hunter había pensado que el corazón se le iba a salir por la boca cuando entró en el Salón de los Robles buscando a su ayuda de cámara y, en su lugar, descubrió a su esposa tambaleándose peligrosamente en lo alto de una escalera de mano. ¿Y si no hubiera llegado a tiempo? Ahora podría estar tendida en el suelo. Podría haberse roto el cuello, por el amor de Dios, y ahora estaba ahí sentada, amonestándolo por no disfrutar de que estuviera plagando su casa con el batiburrillo de árboles y plantas de fuera.

—En una cosa tienes razón —musitó—. Estamos atrapados aquí.

—Qué comentario más bonito sobre pasar las Navidades con tu esposa —dijo ella con remilgo. Él bajó la vista hacia ella, hacia sus manos, que por fin habían dejado de trajinar y ahora reposaban en el regazo de su vestido de mañana color crema. Se inclinó y le arregló la tela donde se le había deslizado por el hombro. Sus dedos se detuvieron al tocarle la piel desnuda, y ella desvió la mirada hacia el punto en que la rozaban. ¿Sentiría ella el mismo fuego que él?

Se le cortó la respiración cuando ella giró la cabeza y sus ojos se encontraron de nuevo con los suyos. ¿Por qué lo cautivaban de esa manera? Tragó saliva con dificultad.

—Es solo que… es solo que me perderé una reunión importante —consiguió decir—. Por supuesto que me complace estar aquí contigo.

Ella entornó los ojos, y él no estuvo seguro de qué era lo que había dicho que tanto la había irritado, pero no parecía particularmente contenta con su respuesta.

—Dime, Hunter —dijo ella, poniéndose en pie y acercándose a la escalera. Él la siguió para ayudarla a enderezarla, mientras el aroma de ella a abeto e incienso se intensificaba con las ramas que los rodeaban. La casa entera olía ya a ella, y eso lo estaba volviendo loco—. ¿Qué es lo que tanto te molesta de la Navidad? ¿Por qué nunca la celebrabais?

Él suspiró. No había querido hablarle de aquello, no quería darle más de sí mismo hasta que llegara el momento en que ella decidiera abrirse a él, pero parecía que su esposa era implacable cuando quería algo; no había más que ver el estado actual de Wintervale.

—Mi madre odiaba la Navidad —dijo, saliendo del salón hacia el Salón Verde contiguo, y ella lo siguió. Tomó asiento frente al fuego para protegerse del frío que se colaba y ella se acomodó frente a él en una butaca Chippendale de cuero a juego. Se encogió de hombros—. En realidad, no hay mucho más que decir. Un año, Nia decidió que celebraría la Navidad con o sin el resto de nosotros. Estábamos aquí esa Navidad. Nia cortó ramas de los árboles de delante de la casa, los que bordean el camino de entrada, ya sabes a cuáles me refiero. Mi padre se puso furioso. Dijo que había arruinado toda la estética. Ella se pasó el resto del día llorando en su habitación.

—Qué horrible —murmuró Scarlett, inclinando la cabeza—. ¿Y qué hay de las otras tradiciones? ¿Vais a misa? ¿Les dais a los sirvientes sus regalos del Boxing Day?

—Vamos al servicio de la iglesia —dijo encogiéndose de hombros —. Pero solo por las apariencias. No hay una comida especial después, ni Boxing Day, ni visita a los arrendatarios como ya me has obligado a hacer. La Navidad es solo un día más.

Ella ladeó la cabeza mientras lo estudiaba y, a pesar de la frialdad que tan a menudo emanaba de ella, algo pareció derretirse mientras contemplaba sus palabras.

—Bueno, Hunter —dijo con convicción—. Este año no tienes más remedio que vivir y celebrar la Navidad. Así que más te vale

prepararte.

¿Era una amenaza o una promesa?

Ambos dieron un respingo al oír una ligera tos en el umbral de la estancia, rompiendo la tensión que había llenado el aire.

—¿Mi señora? —Era Spicer, con los brazos cargados de vegetación, y la doncella de Scarlett apenas visible detrás de él. Ah, así que esta era la chica de la que Scarlett había hablado, la que estaba tan interesada en su ayuda de cámara. Parecía que Spicer no era muy reacio a sus atenciones, por la forma en que no dejaba de mirar hacia ella, con las mejillas de un rojo vivo—. Tenemos el resto del follaje para esta habitación. Marion…, eh, es decir, la señorita Parker, lo tiene todo bien organizado para el resto de la casa.

Scarlett esbozó una sonrisa de satisfacción, y Hunter intentó no soltar una risita. De alguna manera, tenía la sensación de que su esposa estaba detrás de este particular encuentro entre ambos.

—¡Maravilloso! —dijo ella, levantándose y dando una palmada—. Quizá pueda subir usted a la escalera, Spicer, ya que parece que a mí me falta un palmo para llegar.

—Lo haré yo —se oyó decir a Hunter, y todos los ojos se volvieron hacia él mientras se ponía en pie. Por alguna razón, la idea de que otro hombre acudiera en ayuda de su esposa despertó una punzada de celos en él. Lo cual era ridículo. No es que Spicer supusiera una amenaza para ganarse el afecto de su esposa. Pero un hombre necesitaba algo de orgullo, ¿no es así?

—¿No estás… ocupado? —preguntó Scarlett, enarcando una ceja.

—Ya no —dijo él, encogiéndose de hombros—. No hay ninguna posibilidad de que llegue a mi reunión con lord Falconer esta noche, y para cuando pueda viajar, ya estaré preparado para discutir mi propuesta.

—¿Va… va a decorar para Navidad, mi lord? —preguntó Spicer, con los ojos como platos. Hunter le dirigió la que esperaba que fuera su peor mirada fulminante—. Sí, Spicer —dijo, intentando ser paciente—. Bien, ¿qué es lo siguiente?

—Toma —dijo Scarlett, recogiendo la bola de vegetación que se le había caído de la mano al suelo cuando Hunter la había atrapado —. ¿Por qué no cuelgas el muérdago?

Él enarcó las cejas al mirar la ramita. —¿Es eso lo que casi te mata al intentar fijarlo en lo alto de la puerta?

—Considero, Hunter —dijo ella con una sonrisa pícara—, que nunca se tiene demasiado muérdago. Da pie a un juego bastante divertido de evitarlo…, o de ir en su busca, según la preferencia de cada uno.

Ladeó la cabeza hacia la pareja de jóvenes sirvientes que se hacían ojitos cerca de la puerta, y luego le guiñó un ojo a Hunter, y él casi se atraganta. ¿Quién era esta mujer?

* * *

Scarlett no pudo evitar reírse de su marido. Por mucho que él refunfuñara por los árboles que ella había metido en casa, se notaba que estaba disfrutando. No tardó en contagiarse del espíritu navideño, indicando a los lacayos dónde debían colgarse las ramas de hoja perenne y colocando las ramitas de hiedra, acebo y romero sobre la mesa del comedor con la misma precisión que una doncella.

Se apoyó en el marco de la puerta de la habitación observándolo hasta que él, finalmente, debió de sentir su presencia.

—¿Estás listo? —le preguntó.

—¿Listo para qué?

—Para encontrar el Tronco de Navidad, por supuesto.

—¿No puedes coger uno de los troncos que ya están cortados? —preguntó él, con cara de sufrimiento, y ella no pudo resistirse a chincharle un poco más.

—Claro que no —dijo—. Tenemos que adentrarnos en el bosque y encontrar el mejor de todos.

—¿Por qué no buscamos uno el otro día cuando estábamos recogiendo las ramas?

—Porque —dijo ella con un suspiro de exasperación—, es una tradición. Cada Nochebuena elegimos el Tronco de Navidad y luego lo encendemos para el resto de las fiestas.

—¿Es Nochebuena? —preguntó él desconcertado, y ella puso los ojos en blanco.

—Pues claro que sí.

—Mmm —dijo él con asombro—. Iba a volver a casa hoy. No me había dado cuenta de que lord Falconer querría reunirse en Nochebuena.

—Por lo visto, le tiene el mismo aprecio a las fiestas que tú —dijo ella, enarcando una ceja—. Bueno, yo me voy. Eres libre de acompañarme o, si no, nos vemos aquí cuando haya encontrado lo que busco. Soy toda una experta, ¿sabes?

—¿Y qué es lo que, si se puede saber, capacita a alguien para convertirse en un experto en elegir la rama de un árbol?

—Un Tronco de Navidad —lo corrigió ella con una mirada penetrante—. Se consigue con años de experiencia, Hunter.

—Muy bien, pues —dijo él, fingiendo desinterés—. Supongo que será mejor que vaya para aprender de una maestra.

Ella no pudo evitar la sonrisa que se dibujó en su rostro. —Te espero fuera cuando me haya cambiado de vestido.

* * *

Hunter había pensado que simplemente encontrarían un árbol, cortarían un tronco y ya estaría. Pero no. Scarlett inspeccionó árbol tras árbol, encontrando siempre una razón por la que no era adecuado. Demasiado fino, demasiado grueso, demasiada vegetación. Afortunadamente, no se habían alejado mucho de la casa, solo hasta la primera línea de árboles en la distancia. De hecho, Wintervale todavía estaba a la vista.

—Sabes —comentó—, hay troncos perfectamente válidos en el cobertizo, al lado de la mansión.

Ella lo silenció con una mirada y él levantó las manos en señal de rendición. Al menos, la nieve por fin había dejado de caer, aunque estaba amontonada a tal altura que supo que podrían pasar días antes de que pudiese marcharse a Londres. Su mujer estaba atrapada con él. Aunque los muros de hielo que la rodeaban parecían estar derritiéndose un poco, así que quizá era el momento de ver si podía derribarlos del todo. Cuando ella lo permitía, le

mostraba atisbos de la persona que era cuando no intentaba desesperadamente mantenerse lo más lejos posible de él. La mujer que daba a sus arrendatarios, que era querida por los niños y los sirvientes por igual. ¿Podría ella encontrar un lugar en su corazón para él?, ¿y quería él que lo hiciera? Podía admitir que la idea le asustaba un poco, pero también le provocaba un anhelo que no sabía que albergaba en su interior.

—¡Lo he encontrado! —exclamó ella por fin, y él respiró aliviado. Se echó el hacha al hombro—. ¿Tienes alguna instrucción sobre por dónde debo cortar? —preguntó.

—Aquí. —Trazó una línea con el dedo, y él se puso manos a la obra. Al principio fue lento —Hunter no había pasado su juventud precisamente al aire libre haciendo trabajos forzados—, pero no tardó en coger el ritmo y, al poco tiempo, el Tronco de Navidad de su esposa yacía a sus pies.

—¡Perfecto! —exclamó ella, y un escalofrío lo recorrió al ver la alegría que la embargaba por algo que él había hecho para ella. Bueno, supuso, si algo tan simple podía hacerla feliz, que así fuera. Ojalá lo mirara a él como miraba al Tronco de Navidad.

Él extendió una mano hacia ella, aunque no estaba seguro de con qué propósito, cuando una voz atravesó el aire helado hacia ellos.

—¿Hunter? ¿Scarlett? ¿Dónde diablos estáis?

—¡Nia! —gritó Scarlett, dirigiéndose al claro entre los árboles—. ¡Vamos en un momento!

Roto el momento, Hunter recogió el tronco y comenzó a caminar trabajosamente tras ella. Maldita fuera su hermana. Estaba deseando robarle otro beso a su mujer. Parecía que la única manera de atraparla era tomarla por sorpresa, y no sabía cuándo tendría otro momento como este. La Navidad no duraba para siempre.

—¡Ahí estáis! —gritó Lavinia desde el umbral. Faltaría más que su hermana pasara un momento más de lo necesario a la intemperie—. ¡Dios mío, os he estado buscando por *todas partes*!

—No habremos estado fuera más de una hora —refunfuñó Hunter, y Scarlett le lanzó una mirada de consternación.

—Es *encantador* verte —enfatizó—. ¿Cómo has conseguido atravesar la nieve?

—En trineo, por mucho que lo odie. ¡Pero es que apenas podía creerlo cuando oí que mi hermano estaría aquí por Navidad! Vaya, supongo que para todo hay una primera vez. Y, oh, Scarlett, la casa está absolutamente preciosa.

—¿A que sí? —preguntó Scarlett, juntando las manos.

—¡Apenas puedo creer que Hunter lo haya permitido!

—Bueno —dijo él, y ambas se volvieron para mirarlo—. No es que yo se lo permitiera, exactamente. Si no le hubiera ofrecido mi ayuda, creo que Scarlett se habría matado intentando cubrir hasta el mismísimo techo con ramas de hoja perenne.

Lavinia le dedicó una sonrisa burlona, a lo que él respondió con un suspiro. Quería a su hermana, pero, ay, podía llegar a ser un fastidio con las suposiciones que hacía sobre cada uno de sus actos.

—Tienes que quedarte a cenar esta noche, Lavinia —dijo Scarlett —. Sé que a Hunter le encantaría tener la oportunidad de pasar tiempo contigo. Hace tanto que no os veis.

En realidad, Hunter habría preferido pasar la velada conociendo mejor a su esposa, pero supuso que la cena con Lavinia tendría que ser lo primero.

Ante la mirada de ánimo de Scarlett, forzó una sonrisa en su rostro. —Sí, Nia —consiguió decir—. Quédate a cenar.

—¡Estupendo! —dijo ella, dando una palmada—. ¡Me alegro mucho de que me lo pidáis porque, de hecho, he traído a Baxter conmigo! Está esperando en la sala de billar. Creo que se ha servido un brandy, Hunter, espero que no te importe. En fin, ya sabes lo que opino del trineo y el frío. Así de mucho te quiero, hermano. Bueno, tenemos que hablar de mañana. Iremos a misa y luego daremos una pequeña cena, y por supuesto tenéis que venir. Se suponía que la familia de Baxter iba a acompañarnos, pero como la nieve impide viajar, lo más probable es que seamos solo nosotros cuatro, además de lord y lady Raymond…, Madeline, claro. Los conocimos en el pueblo, Scarlett, ¿te acuerdas de ella? Ah, y casi se me olvida la fiesta de Año Nuevo que vamos a dar. Te lo había contado, ¿verdad? ¿No? Bueno, será muy divertida, y tenéis que venir.

—Mañana está bien. En cuanto a lo de Año Nuevo, nosotros…, yo, eh…, para entonces es probable que ya esté de vuelta en Londres —consiguió decir Hunter. Había olvidado que su hermana podía hablar con más rapidez y presteza que el lord más experimentado de la Cámara. Y Baxter. Gimió para sus adentros. Aquel hombre era un plomo. Pero quería a Lavinia, y por eso, Hunter no podía reprochárselo—. Pero gracias.

—Bueno, entonces, tienes que venir tú, Scarlett…, si te quedas aquí —dijo ella, a lo que Scarlett asintió y a Hunter se le encogió un poco el corazón. Había esperado que tal vez ella cambiara de opinión y lo acompañara de vuelta a Londres. Pero, al parecer, unos cuantos besos robados no significaban que nada hubiera cambiado con respecto a su futuro juntos.

—Supongo que debería ir a ver a Baxter —dijo él, entregándole la capa a un Spicer que aguardaba pacientemente.

—Milord —dijo Spicer en voz baja al acercarse a él—. Quizá antes de ir a ver a lord Keppel, ¿le gustaría encender el tronco de Navidad con milady?

—Ah, sí, muy bien, Spicer —dijo él. Si a Scarlett le había producido tanta alegría encontrar el maldito tronco, encenderlo debería ser aún más emocionante.

—Lady Keppel —La señora Shepherd entró apresuradamente en el recibidor—. ¡Qué alegría verla, querida! Le he pedido a la cocinera que prepare sus galletas favoritas y las ha dejado para usted en el salón. Venga, por favor.

Lavinia miró a Scarlett, claramente dividida entre ver cómo encendían el tronco y sus galletas, que la esperaban, pero Scarlett le hizo un gesto para que fuera. —Anda, Nia —dijo—. Yo me preparo rápidamente para la cena y en un momento estoy contigo.

—Muy bien —dijo su hermana, echando una mirada furtiva tanto a Hunter como a su esposa antes de sonreír subrepticiamente y salir con calma de la estancia detrás del ama de llaves.

—Bueno —dijo Hunter después de un momento, cuando un silencio incómodo se extendió entre ellos—. Será mejor que encendamos eso, ¿no te parece?

—¡Sí, vamos! —exclamó Scarlett, juntando las manos con la ilusión de una niña, y Hunter sonrió—. ¿Dónde crees que deberíamos encenderlo?

—En el Salón de los Robles —decidió él de inmediato—. Así lo veremos cada vez que lo crucemos.

—Es perfecto —dijo ella, sonriéndole en señal de aprobación, y a él le dio un vuelco el corazón. ¿Y esto a qué venía ahora? Por supuesto que quería algo de cercanía con su esposa, encontrar un terreno común, intentar engendrar un heredero, pero no había esperado que estos… *sentimientos* comenzaran a aflorar por ella. Eran solo las malditas celebraciones de Navidad. Hizo a un lado sus emociones mientras levantaba el tronco en brazos. Se sentiría más que satisfecho si ella superaba su aversión hacia él, pero no necesitaba convertirse él mismo en un perrito faldero enamorado.

Cruzaron juntos la entrada y estaban entrando en el Salón de los Robles cuando Hunter oyó a Spicer carraspear. Con cierta exasperación, se volvió hacia su ayuda de cámara, que aún permanecía en el vestíbulo. ¿Qué quería el hombre ahora?

—¿Sí, Spicer? —preguntó, intentando mantener la paciencia.

—Ah, milord, es solo que… está usted bajo el muérdago.

—¿Cómo?

—El muérdago —dijo en un sonoro susurro, señalando por encima de la cabeza de Hunter la rama que Scarlett había arriesgado su vida por colgar. En voz más alta, anunció—: Prepararé su ropa de noche, milord.

Y con eso, Spicer se dio la vuelta y se marchó en dirección contraria, silbando una alegre melodía.

Hunter se volvió hacia su esposa y la encontró mirándolo fijamente, con una sonrisa que asomaba a sus labios. Pero entonces ella captó su expresión y sus ojos castaños se abrieron de par en par, mientras los destellos dorados brillaban con la luz del día que aún se colaba por los grandes ventanales que los contemplaban.

Arrojó el tronco de Navidad al suelo y la tomó en brazos, sus labios se posaron sobre los de ella. Santo cielo. Estaba perdido.

Capítulo Once

Cuando, tras su boda, Scarlett había decidido mantener a su marido lo más lejos posible, no había sido consciente del fallo fatal de su plan. Nunca había imaginado el efecto que sus besos tendrían en ella.

Cada vez que la besaba, era como si borrara más y más de los sermones que su madre le había inculcado, los recuerdos de su padre abandonándolas con tanta crueldad en cualquier momento por todo tipo de mujeres. ¿Sentiría Hunter lo mismo que ella cuando sus labios se unían, cuando sus miradas se encontraban y se sostenían, o cuando ella entraba en una habitación? Cuanto más tiempo pasaba en aquella casa con él, más se sentía atraída, y eso la asustaba más de lo que estaba dispuesta a admitir. Ojalá supiera si era la única que se sentía así. Porque así podría ser como hacía sentir a muchas mujeres, y no tardaría en volver a Londres, dejándola atrás como una parte más de esta finca que parecía olvidar cuando no estaba aquí.

Sin embargo, cuando la cogió en brazos y sus labios se posaron sobre los de ella, duros e inflexibles, todos esos pensamientos se desvanecieron. La besó apasionadamente, bebiéndosela con desesperación en el movimiento de su boca sobre la de ella, su lengua de terciopelo acariciándola, provocando que un torrente de sensaciones la recorriera y un hormigueo le bajara por la espalda. Su cuerpo estaba entumecido y, sin embargo, al mismo tiempo, nunca se había sentido más vivo.

Instintivamente se apretó contra él mientras sus brazos se enroscaban en su cuello y sus dedos se enredaban en los rizos que llevaba anhelando tocar los últimos días. Él avanzó con ella todavía en brazos, apretujándola contra la pared del vestíbulo, y ahora sus manos comenzaron a moverse, recorriéndole la espalda, los costados, subiendo poco a poco hacia sus pechos, y ella deseó sentirlas sobre su piel con desesperación.

—Hunter —murmuró ella mientras echaba la cabeza hacia atrás, pero, en lugar de soltarla, él le llevó los labios al cuello y ella jadeó ante las sensaciones que le provocaba el más leve roce. ¿Qué era aquel hechizo que le había lanzado?

—Scarlett —respondió él, con una voz tan gutural como ella se sentía. Se apartó, pero solo para cogerle una mano—. Ven, suba…

—¡Ah, ahí está, Oxford!

Scarlett dio un respingo por la interrupción y Hunter cerró los ojos con fuerza, como si con ello pudiera hacer desaparecer al hombre. Sin embargo, no le soltó la mano.

—Estaré con usted en un momento, Baxter —dijo con voz tensa —. Estoy ocupado ahora mismo.

—Su mayordomo dijo algo sobre un tronco de Navidad. Siempre me ha gustado un buen tronco de Navidad, sí señor. Así que me dije: «¿Por qué estoy aquí sentado, disfrutando de una copa de brandy a solas, cuando podría estar frente a un fuego crepitante para dar la bienvenida a la estación?». ¡Así que aquí estoy!

Se rio entre dientes, apuró el vaso que tenía en la mano y Hunter se frotó la frente con los nudillos. Estaba murmurando algo que Scarlett se esforzó por oír, pero, cuando lo logró, retrocedió bruscamente un poco sorprendida, aunque con la misma diversión por la elección de sus palabras.

—Bueno, entonces —dijo Scarlett con una sonrisa, ya que Baxter la había devuelto a la realidad, un antídoto para el hechizo de Hunter. Menos mal. No le tenía especial aprecio a Baxter —desde luego, no como a Lavinia—, pero no había pasado mucho tiempo con él, salvo alguna que otra cena. Hablaba sin parar de gente y circunstancias que a ella no le importaban en absoluto, ni a nadie más, al parecer. Miró a Hunter y dedujo que Baxter no era santo de

su devoción. Aunque eso podría tener más que ver con la inoportuna llegada de Baxter que con el hombre en sí—. Supongo que será mejor que nos pongamos a ello. ¡Ah, señora Shepherd! —exclamó al ver pasar al ama de llaves. ¿Era una sonrisa lo que la rolliza mujer reprimía? Scarlett la miró con cierta suspicacia, pero la señora Shepherd era la viva imagen de la inocencia al detenerse y juntar las manos frente a ella.

—¿Sí, mi señora?

—Puesto que lord Keppel se une a nosotros para encender el tronco de Navidad, quizá a Lavinia también le guste estar presente —dijo, y el leve gemido de Hunter a su lado la hizo sonreír—. ¿Le importaría informarla?

La sonrisa del ama de llaves se desvaneció. Scarlett no tenía ni idea del porqué.

—De hecho, señora Shepherd —dijo, gustándole cada vez más la idea—. ¿Por qué no hacemos que todos los sirvientes estén presentes?

—¿Cómo? —preguntó Baxter con incredulidad, agitando un puro apagado—. ¿Qué quiere decir con invitar a los *sirvientes*? Oxford, dígale a su mujer que no sea ridícula.

—En realidad, Keppel, me parece una idea excelente —dijo Hunter con cierto deleite, y cuando Scarlett lo miró, le dedicó una cálida sonrisa. Ella sabía que solo lo hacía para picar a Baxter, pero, aun así, agradecía su apoyo.

Hunter recogió el tronco de Navidad de donde lo había dejado caer antes de su repentino abrazo, alzándolo en brazos. Era realmente el tronco perfecto, y Scarlett apreció la paciencia de Hunter con ella. Lo siguió mientras lo colocaba sobre las brasas que ardían lentamente en el hogar.

Era el escenario perfecto. La piedra de la chimenea, probablemente extraída de estas mismas tierras, bordeaba el propio hogar. La repisa estaba ahora cubierta de vegetación y la estancia comenzó a llenarse a medida que entraban doncellas curiosas y lacayos entusiastas. El personal de aquí no era especialmente numeroso, pero cuando estaban todos en una misma habitación, formaban una pequeña comunidad.

Hunter les dio la bienvenida a todos, pero luego se quedó de pie a su lado, torpemente, hasta que finalmente se inclinó y le susurró al oído, su aliento haciéndole cosquillas en la piel de debajo, moviendo pequeños mechones de pelo contra su cuello. —¿Hay algo que… tenga que hacer? —le preguntó, y ella intentó no reírse. El hombre no sabía absolutamente nada de la Navidad.

—Solo préndelo y deséale a todo el mundo una feliz Navidad —dijo ella, lo bastante bajo para no avergonzarlo delante del servicio. Él asintió, cogió una cerilla y la encendió; la llama comenzó a elevarse frente a él. Unas diminutas llamas ya habían empezado a lamer los bordes de la corteza desde las ascuas de la chimenea, pero aun así Hunter prendió la parte de arriba. La corteza húmeda empezó a humear, pero el grueso tronco estaba seco por dentro y no tardó en empezar a arder alegremente.

—Gracias a todos ustedes por estar aquí para presenciar el primer Tronco de Navidad en la historia reciente de Wintervale —dijo con una sonrisa para su servicio—. Sé que ha pasado un tiempo desde mi última estancia, pero creo que los he dejado en buenas manos con mi esposa. —Las mejillas de Scarlett se arrebolaron mientras el servicio asentía con entusiasmo, y Hunter le dedicó una sonrisa de agradecimiento con una mirada de reojo—. Aprecio a todos y cada uno de ustedes y les deseo una feliz Navidad.

Unos cuantos aplausos surgieron entre los sirvientes, que poco después empezaron a salir de la habitación para atender sus tareas. Lavinia y Baxter se quedaron, con un aire ligeramente desconcertado.

—Hunter Tannon celebrando la Navidad —dijo Lavinia mientras se acercaba a ellos—. Nunca pensé que vería este día.

—Es solo un tronco, Nia —masculló él en respuesta, sorprendiendo a Scarlett al ver que su rostro se volvía inescrutable —. No tiene mayor importancia.

—Permíteme que disienta —replicó su hermana—. Eres toda una influencia, Scarlett. Estoy impresionada.

Scarlett se encogió de hombros, sin entender por qué era tan importante. Sin embargo, ninguno de los dos parecía querer hablar de ello y, al poco tiempo, se dirigían a uno de los salones. Scarlett

iba a cambiarse para la noche, pero Lavinia insistió en que se marcharían poco después de la cena, así que no se molestó. Mirando el azul intenso de su vestido de paseo, Scarlett empezó a dudar, pero al pasar por el salón azul en dirección a sus aposentos, vio a Marion con Spicer. El ayuda de cámara de Hunter tenía la cabeza inclinada junto a la de ella. Estaban limpiando la habitación de los restos de vegetación y cintas de esa misma mañana, pero parecían mucho más interesados el uno en el otro que en la tarea que tenían entre manos. Scarlett sonrió. Aunque no estaba segura de lo que el futuro les depararía a los dos, Spicer parecía un joven dulce y, si eso era lo que Marion quería, Scarlett esperaba que encontrara en él lo que buscaba. Como mínimo, sería una Navidad encantadora.

En cuanto a su propio romance de estas fiestas... aminoró el paso al regresar al salón principal, donde Hunter y su familia la esperaban. Ella no había querido esto. Se había mantenido expresamente lo más lejos posible de Hunter, rechazándolo a cada paso. Sin embargo, de alguna manera él se las había arreglado para abrirse paso a través de la gruesa coraza que ella había construido a su alrededor, volviéndose demasiado íntimo no solo con su cuerpo, sino también con sus pensamientos.

Aunque él regresaría pronto a Londres, no sería la última vez que lo vería. Este hombre estaría con ella, en un momento u otro, por el resto de sus vidas. Ansiaba dejarlo entrar en su corazón, pero sabía que cuando se marchara solo se lo partiría en dos. *Unos días más*, pensó con renovada determinación. *Solo tienes que superar los próximos días y todo volverá a ser como antes.*

Solo que ella sabía que las cosas nunca volverían a ser las mismas.

* * *

Hunter se paseaba arriba y abajo frente a la habitación de Scarlett. Su hermana y su marido por fin se habían ido, gracias a Dios. Lo que ellos consideraban una cena rápida se había convertido en una velada de entretenimiento a regañadientes. Maldito Baxter Shaw.

Hunter nunca disfrutaba de la compañía de ese hombre, pero lo de hoy había sido completamente distinto. Si no hubiera entrado en la habitación cuando lo hizo, Hunter podría estar ahora en la cama con su esposa, disfrutando de la consumación de su matrimonio que tanto se había hecho esperar.

¿Debía ir a buscar a Scarlett ahora? Su cuerpo le gritaba que derribara la puerta y la tomara, ya que el cuerpo de ella le respondía con más disposición que ninguna otra mujer con la que hubiera estado.

Pero esa noche, cuando le había dado las buenas noches, mirándola profundamente a los ojos con una promesa de más, los ojos color avellana de ella se habían mostrado oscuros e impenetrables.

—Buenas noches, Hunter —había dicho ella, dándole la espalda en la separación entre sus habitaciones sin ninguna otra invitación. ¿Debía intentar ir con ella o solo conseguiría que lo rechazara? Ya no podía soportar mucho más de su parte. Quizá estaba presionando demasiado, yendo demasiado rápido. Pues no solo quería que se abriera a él físicamente, sino que anhelaba que compartiera más de sí misma con él.

Sin embargo, no le quedaba mucho tiempo hasta su regreso a Londres. Deseaba saber cómo convencerla de que lo acompañara, de que fuera su esposa de verdad, pero ella parecía bastante instalada aquí. Se lo preguntaría por la mañana. Todo saldría bien... mañana. Era Navidad y, según le habían dicho, la Navidad era un día para los milagros.

Capítulo Doce

—Buenos días, milord —entró Spicer en los aposentos de Hunter al día siguiente, tarareando de nuevo aquella alegre melodía.

—Buenos días, Spicer —respondió él, adormilado. A Hunter nunca le había resultado fácil despertarse; tardaba un rato en desperezarse.

—Su café —dijo Spicer, acercando una bandeja al lado de la cama. Hunter la cogió agradecido.

—Es usted un santo, Spicer —dijo, como cada mañana, aunque la risa de Spicer pareció un poco más jovial que de costumbre—. Está usted de buen humor esta mañana.

—¡Por supuesto, es Navidad, milord! ¡Feliz Navidad!

Hunter se encogió de hombros. Era Navidad, cierto, pero no era más que un día como otro cualquiera, aunque uno en el que iba a la iglesia y volvía a cenar con su hermana. Y… ah, sí, este año era el día en que debía convencer a su esposa de que debería estar feliz por estar casada con él.

Spicer continuó silbando mientras se dirigía al armario y empezaba a elegir la ropa de Hunter. Este lo miró con los ojos entornados.

—¿Ha… ocurrido algo, Spicer? —Le había metido caña a Scarlett por su preocupación por los asuntos de la servidumbre, pero ahora se encontraba él mismo interrogando a su ayudante de cámara como una jovencita que cuchichea sobre el último romance. ¿Qué

demonios le pasaba?—. No importa —dijo, haciendo un gesto con la mano—. ¿Ha podido llegar el correo?

—Verá, es el día de Navidad, milord —dijo Spicer a modo de disculpa, y Hunter suspiró. Cierto. Se sintió un poco bestia al mirar a su joven y entusiasta ayudante de cámara. El muchacho había intentado humedecer su propio pelo rebelde, pero algunos mechones estaban completamente de punta. Hunter bebió un par de sorbos grandes de café.

—Es por la doncella de mi señora, ¿verdad?

—¿Disculpe, milord?

—Su buen humor… ¿se debe a la doncella de mi esposa?

—Marion —dijo Spicer, con una sonrisa que se le extendió por el rostro y la mirada perdida. Hunter soltó una risita.

—Las mujeres tienen ese efecto —dijo, oyendo el pesar en su propio tono.

—Ah, ¿cuánto tiempo supone que nos quedaremos en el campo? —preguntó Spicer, mirándolo con esperanza mientras preparaba los calzones y el chaleco de Hunter.

—Hasta que los caminos estén lo bastante despejados —dijo Hunter, apartando las sábanas y caminando hacia la ventana. Dejó el café en el alféizar mientras se ponía una bata—. No ha nevado esta noche —observó—, así que, en cuanto pase suficiente tráfico, en un día o dos deberíamos estar de vuelta en Londres.

—El Parlamento no reanuda sus sesiones hasta marzo, milord, ¿es correcto? —preguntó Spicer, y Hunter se limitó a entornar los ojos como respuesta.

—Disculpe, milord —dijo su ayudante de cámara, quitando una mota de pelusa invisible de la chaqueta de Hunter—. Es solo que me gusta estar preparado, eso es todo.

Hunter enarcó una ceja. —Muy bien —dijo—. Serán un par de días, de todas formas, porque tengo asuntos que atender, lores con los que debo reunirme y… —No se le ocurría nada más. Había estado tan desesperado por volver a Londres, pero, en realidad, muchos de sus pares permanecerían en el campo. Tenía que reunirse con lord Falconer, cierto, pero eso podía arreglarse o

posponerse fácilmente. ¿Por qué se justificaba ante su ayudante de cámara? Porque iba a dejar a su esposa y le remordía la conciencia.

Era culpa suya. Ella era más que libre de acompañarlo. Y con ese pensamiento en mente, se vistió y bajó a desayunar.

* * *

Scarlett saludó a Hunter cuando este entró con paso decidido en el comedor. En realidad, le sorprendió un poco que no hubiera ido a verla la noche anterior, aunque se sintió aliviada de que no lo hiciera, pues no tenía ni idea de cómo le habría respondido. Su cuerpo lo llamaba con desesperación, pero incluso pensar en ello le aceleraba el corazón. Porque tenía miedo. Miedo de que, si se entregaba a él de verdad, no solo derribara sus barreras, sino que las hiciera añicos por completo y ella se convirtiera en un fantasma de su madre, pasando el resto de sus días deambulando por Wintervale, esperando a que su marido volviera a casa y le concediera la más mínima atención.

Se sacudió los pensamientos melancólicos, decidida a disfrutar de aquel día, un día que su madre, a pesar de sus propias dificultades, siempre había insistido en que Scarlett celebrara por todo lo alto.

—Feliz Navidad —dijo, y las cejas de él se alzaron con sorpresa.

—Ah, sí —respondió él—. Feliz Navidad.

—¿Qué te apetece hacer este día de Navidad?

—¿Hacer? —preguntó él, con las cejas casi en el nacimiento del pelo.

—¡Sí! —dijo ella con una risa—. Sé que el servicio religioso es más tarde, pero he pensado que quizá podríamos dar un paseo a caballo esta mañana, y luego leer un rato por la tarde. Sé que no es una gran tradición, pero es lo que mi madre y yo solíamos hacer siempre.

—¿Y tu padre? —preguntó Hunter—. ¿Dónde estaba él en medio de todo ese jolgorio?

La sonrisa de Scarlett se desvaneció. —No estaba —dijo, sin querer hablar de ello en un día que debía ser de alegría, y jugueteó

distraídamente con su guardapelo—. Bueno —dijo, dejando la servilleta sobre la mesa—, estaré en los establos por si t…

—¿No me vas a dejar comerme el beicon primero? —La mirada suplicante que compuso era tan sentida que a ella le dio la risa, así que se sentó y le hizo compañía mientras comía. Tuvo que admitir que era de lo más afable cuando no tenía nada que lo distrajera. Como la correspondencia no podía entregarse y su trabajo estaba en suspenso por un momento, contaba con toda su atención, y era encantador que la apreciara.

—Hay otra cosa —dijo ella mientras él se bebía lo último del café. Él la miró interrogante—. Mencionaste que podrías estar interesado en apoyar parte de mi obra benéfica.

—¡Ah, sí! —exclamó él con un brillo en los ojos, y ella supo que, aunque mantenía el mismo entusiasmo, se había olvidado por completo—. Por supuesto. ¿Qué necesitas?

—Me gustaría tener mi propia cuenta, dedicada por completo a la caridad según mi criterio —empezó ella, enumerando una de sus ideas—. Hay aldeanos e inquilinos que a veces necesitan que les echen una mano. Sé de la preocupación de Stone sobre el favoritismo, pero no es el caso, Hunter. Ellos saben cuándo alguien necesita ayuda y, de hecho, se ayudarían unos a otros si pudieran. Estoy segura de que los inquilinos no se guardarán rencor.

—Muy bien —dijo él, asintiendo, y luego le hizo un gesto para que lo siguiera a su estudio. Ella se sentó frente a él, al otro lado de su gran escritorio de caoba, mientras él empezaba a hacer una lista sobre la mesa—. Cuenta —dijo, cogiendo la pluma de su escritorio, mojándola en la tinta y empezando a rasguear sobre el pergamino —. ¡Siguiente! —anunció, irguiéndose, con los rizos cayéndole sobre la frente. Scarlett escondió una risita tras la mano ante su animación.

Se aclaró la garganta. —Hay una organización benéfica en Londres, dirigida por una amiga mía y su marido. Ayuda a mujeres y niños que no tienen adónde ir. También me gustaría destinarles fondos a ellos.

—Muy bien —respondió él, anotándolo con los detalles.

—Y el hospital —añadió ella con entusiasmo—. Desde luego, necesitan todo lo que se les pueda dar.

—He oído que a muchos también les gusta hacer voluntariado allí —comentó él, y ella lo miró con recelo, pero no dijo nada. ¿Estaba intentando animarla a ir a Londres como voluntaria?

—A muchos sí —dijo ella enigmáticamente, pero tras una pausa, añadió con calidez—: Gracias, Hunter. Este es un regalo de Navidad verdaderamente maravilloso.

—¿Un regalo? —alzó la vista, con el ceño fruncido por la confusión.

—Por supuesto. Y, a cambio, tengo algo para ti.

—No tenías por qué haberlo hecho.

—Oh, no es gran cosa —dijo ella, rebuscando en su bolsillo—. Toma.

—No deberías haberme comprado nada.

—Quería hacerlo —respondió, mientras se le sonrojaban las mejillas. Esperaba que no lo malinterpretara ni supusiera que era más de lo que pretendía. Era un regalo de Navidad, eso era todo. Había preparado regalos para los inquilinos y el servicio; pensó que debía tener algo para su marido.

—Yo..., ah..., yo no tengo nada para ti —dijo él, haciendo una mueca—. Nunca he celebrado la Navidad, así que no... Simplemente no lo sabía.

—No pasa nada —le aseguró ella—. Ya has hecho bastante.

Parecía que iba a discutir, pero ella empujó el pequeño paquete hacia él. Él le lanzó una mirada dubitativa, pero ante el gesto afirmativo de ella, empezó a deshacer el cordel. El papel se desprendió y reveló una cajita. Al abrirla, un reloj de bolsillo de oro lo miró desde dentro.

Se detuvo un momento antes de cogerlo con delicadeza, dándole vueltas en las manos mientras lo contemplaba.

Scarlett se removió incómoda en la silla. ¿Por qué no decía nada?

—No estoy segura de si aún lo querrás, después de lo que dijiste sobre no haber recibido nunca uno como regalo ni haber elegido llevarlo —empezó, tratando de explicarse—. Pero me di cuenta de que en nuestro desayuno de bodas, estabas preocupado por la hora,

y no parecías tener nada encima. Pensé que, si eras un hombre importante en la Cámara de los Lores, deberías saber qué hora es para no perderte nada. Aunque supongo que ya tienes a tus sirvientes para que te lo digan, así que tal vez...

—Es perfecto.

Su voz era tan baja que ella tuvo que inclinarse para oírlo.

—¿De verdad?

—De verdad. —Su sonrisa era vacilante, temblorosa y, sin embargo, cálida. Parecía desarmado, y el ligero sonrojo que le cubría el rostro le daba un aspecto casi juvenil, años más joven de lo que era.

—No sé por qué nunca llevé uno —meditó, con la mirada perdida, observando por encima del hombro de ella a la nada y al todo al mismo tiempo—. Supongo que fue por terquedad. Siempre pensé que un reloj de bolsillo era típicamente algo que se recibía como regalo, o como una reliquia familiar pasada de una generación a la siguiente. Después de pedir uno y no recibirlo nunca, sin que mi padre se dignara a darme tal cosa, no cuando podía quedárselo para él, y sin que a mi madre se le ocurriera pensar en nosotros para esas cosas, bueno, nunca me decidí a comprarme uno. Una tontería, la verdad...

Su voz se fue apagando, claramente perdido en sus pensamientos, hablándose tanto a sí mismo como a ella.

—En fin —dijo con más énfasis, volviendo en sí y a su conversación—. Gracias, Scarlett, de verdad. ¡Ah, la hora es incluso correcta!

—Le he dado cuerda —respondió ella, apartando la vista de la suya cuando se volvió demasiado directa, demasiado intensa. Se aclaró la garganta—. Bueno, si ya casi has terminado, salgamos ahora, ¿quieres? El sol brilla alegremente y, aunque hará frío, podemos pedir que nos preparen un chocolate cuando volvamos. ¿De acuerdo?

—Muy bien —dijo, y Scarlett no acertó a leerle la expresión mientras él sé recostaba para mirarla. Finalmente, se aclaró la garganta—. ¿Te apetece una carrera?

Apenas había terminado la frase cuando ella ya se había levantado de la silla y volaba hacia los establos. Él se rio entre dientes y corrió tras ella.

Capítulo Trece

Hunter se vistió con un esmero inmaculado aquella noche. No estaba seguro de por qué. Scarlett ya era su esposa; no debería tener que tomarse tantas molestias para impresionarla.

Y, sin embargo, no anhelaba nada más que ella lo mirara con el mismo entusiasmo con el que miraba a todos los demás que entraban en su vida… y a ese maldito tronco de Navidad.

—Está usted muy elegante, mi lord —dijo Spicer mientras terminaba de alisar el último pliegue del corbatín de Hunter.

Hunter le sonrió a su ayuda de cámara. —Gracias, Spicer —dijo —. Se lo debo a usted, por supuesto.

—Debo decir que es un reloj de bolsillo extraordinario.

—Lo es, ¿verdad?

Hunter alzó el reloj chapado en oro en la mano y le dio vueltas y más vueltas. Entonces se fijó en algo en el reverso, una inscripción que no había visto antes. Se acercó al candelabro de pared y sostuvo el reloj a la luz de la vela.

25 de diciembre de 1813.

La fecha de hoy. Lo había planeado mucho antes de saber que él estaría en casa, antes incluso de conocer su historia sobre el deseo de tener uno. La culpa le oprimió el corazón, pues si la nieve no hubiera caído como lo hizo, él estaría de vuelta en Londres, dejándola aquí sola el día de Navidad. ¿Le habría dado el reloj? ¿O lo habría vendido en otro lugar? Apenas podía preguntárselo sin romper la poca confianza que estaban empezando a construir. Tal

como estaban las cosas, se lo había dado solo para ayudarle en su trabajo en Londres, no para que llegara a casa a tiempo para la cena, pues al parecer ella no tenía intención de esperarle en su casa de la ciudad.

Se guardó el reloj de nuevo en el bolsillo, con el corazón enternecido por el primer regalo de verdad que había recibido en su vida. Supuso que Lavinia le habría regalado algo en el pasado de haber estado ella misma acostumbrada a dar y recibir. Pero, por desgracia, esa idea nunca había formado parte de su fría infancia.

—¿Irá usted a la iglesia, entonces? —preguntó Spicer, y ante el asentimiento de Hunter, buscó su capa y sus guantes y los dejó sobre la cama.

—Hace muchísimo frío, mi lord —dijo—, pero creo que el camino al pueblo está lo bastante despejado para los caballos y el trineo. Solo queda esperar que no nieve mucho de aquí a entonces.— Tendremos que esperar, Spicer —replicó, y salió a buscar a su esposa.

«Quizá sea ella la que necesita un reloj de bolsillo», pensó minutos después mientras la esperaba en el vestíbulo de Stone Hall. Si tardaba mucho más, llegarían tarde a la misa. Estaba a punto de buscar a la señora Shepherd para pedirle que fuera a por su esposa cuando oyó pasos en la escalera sobre él. Levantó la vista y lo primero que notó fue que el paso que oyó era de su dura bota negra, pues sería una necedad salir a la calle con las zapatillas de cabritilla que tanto le gustaban.

Pero su mirada ascendió rápidamente y su corazón pareció detenerse mientras la contemplaba de la cabeza a los pies.

Era extraordinaria. Deslumbrante. Ya lo sabía, por supuesto, pero había algo en ella en ese momento que no podía definir.

Su vestido verde era ancho en los hombros, los bordes bordados en oro enmarcaban sus delicadas clavículas y se unían en el centro del corpiño; un canesú dorado le cubría la mayor parte del pecho, y las cimas de los pequeños montículos asomaban lo justo para tentarlo mientras sus ojos se posaban en ella. Una trenza dorada realzaba su estrecha cintura, desde donde el verde de las faldas se

abría ondeando alrededor de sus tobillos, dejando entrever unas enaguas doradas por debajo.

Por muy hermoso que fuera su vestido, fue su rostro lo que lo cautivó. Su pelo castaño con reflejos canela estaba recogido en lo alto de la cabeza, con mechones que caían suavemente alrededor de su rostro, atrayendo su atención hacia sus pómulos esculpidos y los ojos color avellana que sostenían su mirada. Se mordió el carnoso labio inferior, cuyo rojo rosado lo incitaba a subir las escaleras a toda prisa y hacerlo suyo. Se contuvo, sin embargo, al sentir la presencia de los sirvientes que se reunían detrás de él.

—Hermosa —oyó susurrar a Spicer, y si Hunter hubiera sido capaz de apartar los ojos de su esposa, lo habría fulminado con la mirada con todos los celos y la posesividad de un hombre enamorado.

Porque lo estaba. La amaba. A pesar del muro de hielo que ella había construido a su alrededor, había llegado a conocer a esta mujer en los últimos días, lo cual era una necedad en sí misma, enamorarse de alguien tras solo dos días de conocerla. Y, sin embargo, lo había hecho. La frialdad que aún la rodeaba solo estaba ahí para protegerse. El calor era lo que verdaderamente emanaba de ella, era parte de su propia alma. Las pocas veces que le había concedido un atisbo de la mujer que había debajo, había despertado algo en su interior que él nunca había sabido que existía.

Por fin reanudó su lento descenso por las escaleras hacia él, sin apartar los ojos de los suyos hasta que estuvo un escalón por encima de él.

—Estás preciosa —musitó él finalmente, y ella se limitó a sonreírle.

—Verde Hunter. —Oyó el susurro detrás de él y giró la cabeza para ver que la doncella de Scarlett se había unido a ellos en la entrada. ¿Acababa de guiñarle un ojo? No, negó con la cabeza. Seguramente, no lo haría. Pero desde luego no pasó por alto la sonrisa pícara en su rostro mientras cogía la mano de su ayuda de cámara y lo sacaba de la habitación.

—Está usted bellísima esta noche, mi lady —dijo finalmente la señora Shepherd, rompiendo el silencio, y su mayordomo asintió

también, ofreciendo su brazo, sobre el cual estaban colgadas sus capas.

—Será mejor que se vayan o se perderán el servicio —dijo él—. Iremos justo detrás de ustedes. Su hermana los aguarda en el trineo, en el camino de entrada. Sé que los ha invitado a cenar, pero si finalmente deciden volver a casa —por el tiempo, por supuesto—, la cocinera ha prometido tener preparada una buena cena de Navidad.

—Volveremos a casa —dijo Hunter con voz ronca.

—¡Muy bien, mi señor! —Su mayordomo y su ama de llaves parecían encantados, aunque él no estaba seguro de por qué les importaba tanto.

—¿Qué? —preguntó Scarlett, con la sorpresa reflejada en el rostro.

—He dicho que volveremos a casa después de la misa —repitió él mientras la guiaba hacia la puerta—. Se acabaron los juegos, se acabaron las visitas, se acabaron las intromisiones.

Aquella noche, su esposa sería suya.

* * *

Scarlett no dejaba de lanzarle miradas furtivas a su marido durante el servicio religioso. Había ido a la iglesia del pueblo cada domingo por la mañana sin falta desde que se había instalado en Wintervale, pero aquella noche, la iglesia se había transformado. Las paredes de ladrillo cobrizo se habían vuelto de un ámbar oscuro por el resplandor de las velas de los candelabros de pared que bordeaban el edificio. Los tonos del coro eran suaves y melódicos y celebraban la alegría del niño nacido hacía tantos años; el aire estaba impregnado del olor a paja sobre la que una colección de porcelana de pastores, reyes magos, ganado, y la propia María y José se reunían alrededor del niño Jesús.

Pero para Scarlett, era más que el ambiente cálido y alegre que la envolvía. Era el hombre que estaba a su lado. Algo había cambiado en Hunter, aunque no estaba segura de qué era ni qué lo

había provocado. Su habitual aire despreocupado había desaparecido, reemplazado por el de un hombre con la determinación escrita en el rostro. Tenía la mandíbula apretada, los pómulos marcados y el ceño fruncido.

Una cosa *era* cierta: nunca en su vida había visto a un hombre más apuesto. Puede que no hubiese celebrado muchas Navidades antes, pero desde luego sabía cómo vestirse para la ocasión.

Cuando ella había bajado las escaleras de Stone Hall hacia él, sus ojos azul verdoso habían pasado de su calidez habitual a un tono de alguna manera más oscuro al fijarse tan intensamente en ella. Si tan solo supiera en qué estaba pensando. Quería preguntárselo, pero por una vez en su vida, estaba demasiado nerviosa. Pues su respuesta podría cambiarlo todo entre ellos, y no estaba del todo segura de quererlo.

De hecho, pensó mientras la congregación se ponía en pie para que comenzara la misa, ya no tenía ni idea de lo que quería. Una multitud de emociones se le revolvían en el estómago, pues tanto anhelaba a su marido como temía lo que podría pasar si él la abandonaba. *Cuando* la abandonara, más bien, porque sin duda regresaría a Londres a su debido tiempo.

Se miró el regazo y vio la mano ancha y fuerte de él a solo unos centímetros de la suya. Si la suya fuera otra relación, le bastaría con levantar la mano y posarla sobre la de él para que su cálido contacto la inundara. Pero no podía; no ahora, por mucho que anhelara estar más cerca de él. Tal y como estaban las cosas, se encontraban apretados en el estrecho banco debido a que la iglesia estaba llena, y cada vez que él se movía, ella tenía que cerrar los ojos un momento, pues el contacto de su duro cuerpo contra el suyo le provocaba todo tipo de escalofríos.

Tragó saliva, mirándolo por el rabillo del ojo, y empleó todas sus fuerzas en concentrarse en el servicio y no en su marido.

* * *

Scarlett no recordaba que la misa se le hubiera hecho nunca tan larga. En el momento en que concluyó el último himno, Hunter se levantó de un salto, le cogió la mano y empezó a guiarla hacia la puerta tan rápido como pudo moverse sin llamar la atención.

—Hunter… —empezó ella, al ver a Lavinia saludándolos con la mano desde el otro lado de la iglesia. Wintervale estaba entre la casa de Lavinia y el pueblo, así que ella y Baxter habían insistido en recogerlos.

Hunter se volvió y saludó a su hermana con la mano antes de señalar hacia la puerta. Lavinia, que quería charlar, hizo un mohín, pero Hunter negó con la cabeza, y a Scarlett le hizo gracia la discusión silenciosa entre hermano y hermana.

Finalmente, Lavinia levantó las manos en señal de rendición, cogió a su marido del brazo y lo condujo hacia la puerta, mientras que Hunter ya había sacado a Scarlett y se estaba poniendo su sombrero de piel.

—¡Hunter! —lo reprendió ella cuando por fin los alcanzó, subiéndose las gafas que, al parecer, se le habían resbalado por la nariz con las prisas por seguirlos—. ¿A qué viene tanta prisa? Solo estaba hablando con…

—Tenemos que volver a casa.

—¿Y eso por qué?

Salieron al aire frío de la noche, que ahora estaba lleno de copos de nieve arremolinados.

—Porque debemos regresar antes de que la nieve nos deje atrapados aquí en el pueblo. ¿No ves con qué fuerza y rapidez está cayendo?

Scarlett dio una vuelta sobre sí misma, comprobando que Hunter, en efecto, tenía razón. La nieve empezaba a acumularse sobre los tejados de paja que los rodeaban, de cuyos aleros colgaban carámbanos. No pudo evitarlo. Abrió los brazos, echó la cabeza hacia atrás y abrió la boca para atrapar los copos de nieve que descendían hacia ella.

—¡Scarlett! ¿Qué demonios estás haciendo? —preguntó Lavinia, aunque Scarlett pudo oír la risa en su voz.

—¡Atrapando copos de nieve! —exclamó, alzando la cabeza para mirar a su cuñada—. ¿Es que nunca has hecho tal cosa?

—¡No! —dijo Lavinia con cierta incredulidad—. Nuestros padres lo habrían considerado bastante… impropio.

—Bueno, supongo que lo es —dijo Scarlett, encogiéndose de hombros—. Aunque Hunter tiene razón. Será mejor que nos vayamos.

—¿Te he oído bien? —preguntó él con una expresión de asombro burlón—. Creo que acabas de decir que tengo razón.

—Bueno —admitió ella—, por una vez, la tienes.

Él le tendió la mano para ayudarla a subir al trineo que los esperaba y, a pesar de las capas de guantes que los separaban y del aire gélido de la noche, una sacudida de calor la recorrió desde el punto de contacto hasta lo más profundo de su ser. *Contrólate, Scarlett*, pensó mientras se sentaba a su lado bajo la manta que los protegía del frío.

—Bueno… —empezó a decir Lavinia antes siquiera de estar del todo dentro, ignorando a su marido, que ya había rebuscado en su bolsillo para sacar una petaca antes de que el trineo se pusiera en marcha—. Vendréis a cenar esta noche, ¿verdad?

—No —dijo Hunter secamente antes de volver la mirada hacia el paisaje que pasaba. La sonrisa de Lavinia se desvaneció y Scarlett se inclinó hacia delante.

—Nos encantaría, Lavinia, de verdad que sí —dijo con mucho más tacto—. Sin embargo, nos preocupa el tiempo y no querríamos importunaros quedándonos a pasar la noche.

—¡Claro que podéis! —exclamó ella, pero Hunter ya estaba negando con la cabeza.

—Me gustaría pasar la Navidad a solas con mi esposa —dijo él de forma deliberada, dejándolos a todos en silencio a excepción de Baxter, que se atragantó con la bebida.

—Muy bien, entonces —dijo Lavinia, enarcando las cejas, pero con una sonrisa de suficiencia en el rostro—. Os dejaremos solos. Pero ¿venís mañana en su lugar?

Scarlett se limitó a asentir y, cuando el trineo se deslizó hacia Wintervale, Lavinia se reclinó en el cojín que tenía detrás. —Que

paséis una velada encantadora.

Capítulo Catorce

Acababan de entrar en el vestíbulo y la pesada puerta de madera se cerraba tras ellos, cuando Hunter decidió que ya estaba harto de esa maldita tensión entre ellos. Estaba a punto de subir a Scarlett a la habitación allí mismo, pero se detuvo en seco al verle la cara, pues estaba llena de asombro, con la vista fija en la estancia que tenía delante.

—Pero ¿qué...? —su voz se apagó y él siguió su mirada, y empezó a avanzar con un brazo en su espalda mientras ella caminaba a su lado en silencio.

Pues, esparcidas por el suelo de roble, había agujas de pino y pétalos blancos y rojos —no tenía ni idea de qué tipo de flor, aunque estaba seguro de que procedían de su invernadero— que trazaban el camino ante ellos a través del vestíbulo con paneles de roble, que conducía al comedor. Spicer y Marion aparecieron de repente, extendiendo los brazos para despojarlos de sus capas.

—Spicer —dijo Hunter entre dientes—, ¿qué significa esto?

—Solo un poco de alegría navideña, mi lord —dijo en voz baja.

Hunter se dio cuenta de que Scarlett le lanzaba una mirada de incredulidad a su doncella, pero Marion se limitó a guiñarle un ojo. Aturdidos, ambos continuaron hacia el comedor, donde encontraron a la señora Shepherd y a Abbot esperándolos, con una amplia sonrisa en el rostro. ¿Se había vuelto loco su personal?

—Buenas noches, mi lord, mi lady —los saludó la señora Shepherd—. La misa ha sido preciosa, ¿verdad? Ahora los

dejaremos. Solo queríamos asegurarnos de que todo estuviera bien. Esperamos que disfruten de una cena encantadora.

Hunter miró a Scarlett y vio que compartía su sorpresa y recelo.

—Abbot —dijo antes de que su mayordomo pudiera abandonar el umbral—. ¿Le importaría explicar qué está ocurriendo aquí?

—Es Navidad, mi lord —dijo su mayordomo con una leve sonrisa —. Y ya es hora de que la celebre como es debido.

Y se marcharon con un clic del picaporte, dejando a Scarlett y a Hunter solos en el comedor. Solo que ya no se parecía al comedor que él conocía. Un suntuoso mantel carmesí cubría solo un extremo de la larga mesa, con una silla de respaldo recto colocada en la cabecera y otra justo al lado; sus patas curvadas parecían querer alcanzarse mientras enmarcaban la esquina de la mesa.

Los cubiertos estaban muy juntos y la única luz, aparte del fuego, provenía de unas pocas velas encendidas, mientras que la lámpara de araña Chippendale, profusamente dorada y de contornos audaces y delicados detalles, que colgaba sobre la mesa, permanecía apagada. Aunque la estancia estaba en penumbra, resultaba, de algún modo, cálida y acogedora. Hunter se volvió hacia Scarlett y le ofreció el codo. —Parece, Scarlett, que nuestro servicio tenía sus propios planes para nosotros esta noche.

Sus labios se contrajeron ante la insinuación, pero ella asintió, y si él no la conociera, habría jurado que un rubor le subía por las mejillas. Hunter le ofreció el brazo y ella deslizó la mano en el hueco de su codo, con sus largos y delgados dedos aferrándole el antebrazo.

Hunter bajó la mirada hacia su coronilla, pero todo lo que pudo ver fueron sus rizos, pues mantenía el rostro apartado de él, mirando hacia el festín que los aguardaba. El único ruido era el de sus botas sobre el suelo de roble mientras caminaban hacia la mesa. A través de la ventana, las estrellas titilaban en el oscuro cielo, creando un reluciente telón de fondo en aquella noche de Navidad.

Hunter retiró la silla de Scarlett, rozando deliberadamente con las yemas de los dedos la piel satinada de su nuca al empujar la silla un poco por detrás de ella, y pudo sentirla temblar bajo su contacto, aunque no dijo nada.

Cuando se sentó, acercó aún más su silla a la de ella, de modo que sus rodillas se rozaban y su pie quedó entre los de ella. Scarlett se mordió el labio, sus ojos se movían de un lado a otro, y él notó que intentaba decidir qué hacer a continuación. Tenía la tendencia inconsciente de enroscarse mechones de pelo en los dedos, sin importarle lo que eso le hacía al peinado que, estaba seguro, su doncella había elaborado con esmero. Ahora, tiraba de los mechones que le caían bajos, casi hasta los pechos, cuyas cimas se asomaban por el corpiño, llamándolo. Era evidente que no tenía ni idea del efecto que le provocaba.

Finalmente, sus ojos de fuego se entornaron, y pareció que su cuerpo ganaba la guerra interna que se libraba en su interior mientras se inclinaba sobre los codos hacia él.

—Y bien..., Hunter —dijo lentamente, levantando la vista para mirarlo a los ojos—. ¿Qué te parece la Navidad hasta ahora?

—Me parece —dijo él, alargando la mano para coger el vino que esperaba frente a él, y la satisfacción lo recorrió al verla tragar saliva mientras observaba cómo sus dedos frotaban el borde de la copa— que ha sido del todo sorprendente.

—Pareces... diferente esta noche —dijo ella con cierto nerviosismo.

Él se recostó en la silla, contemplándola. Su pelo castaño aún conservaba su elaborado peinado, aunque más mechones le habían caído sobre los hombros y el pecho. Mientras ella se pasaba los dedos por un mechón, él no deseó otra cosa que sustituir la mano de ella por la suya, pero se contuvo para no asustarla.

En los últimos días, había aprendido que su esposa era de las que no dudaban en arriesgarse, en anteponerse a cualquier miedo o preocupación que pudiera tener. No esperaba que retrocediera ante él, pero tampoco estaba seguro de qué tipo de reacción esperar de ella. ¿Lo aceptaría a él y todo lo que le ofrecía, o levantaría la guardia y lo apartaría una vez más?

—Supongo que se podría decir que me ha invadido el espíritu navideño.

—¿Ah, sí? —dijo ella, enarcando una ceja—. ¿Y qué es lo que te ha cautivado tanto?

—Bueno —dijo él con voz arrastrada—. Creo que empezó con el paseo por la nieve, seguido de la pelea de bolas de nieve en el bosque. Luego continuó con nuestro paseo en trineo, con tu idea de darles regalos a los inquilinos. Y, por último, los adornos, el tronco de Navidad, la misa y, por supuesto, el muérdago.

—¿El muérdago?

—Sí —dijo él, guiñándole un ojo—, el muérdago.

La había dejado sin palabras, pues se quedó allí sentada, mirándolo con la boca abierta. La verdad era que no había sido la nieve, ni los regalos, ni la decoración, ni siquiera el maldito muérdago lo que había hecho que le cogiera cariño a la Navidad. Había sido ella. Llenaba la casa y su vida de risas y alegría, y él no quería dejarla marchar. Si tan solo pudiera conseguir que ella le contagiara un poco de ese mismo espíritu, su vida no volvería a ser la misma. Pero primero, tenía que convencerla de que confiara en él, de que incluso llegara a apreciarlo lo suficiente como para que quizá pudieran encontrar una forma de seguir adelante como un verdadero matrimonio.

Y si la Navidad la hacía feliz, que así fuera.

En el silencio del momento, empezó a oír las primeras notas de una canción.

—¿Oyes...?

—Música —terminó ella, y ambos se giraron y miraron hacia la puerta para intentar determinar de dónde venía.

—Stone Hall —dijo él finalmente.

—¿Perdón?

—Viene de Stone Hall. Puede que no estemos conectados directamente a la puerta, pero compartimos una pared, y allí está el mejor pianoforte de la casa —dijo él, y su sonrisa empezó a ensancharse. No tenía ni idea de quién estaba tocando el instrumento, aunque supuso que probablemente era Marion, ya que dudaba que muchas de las criadas tuvieran la habilidad de tocarlo—. Nuestro personal ha preparado el escenario, desde luego.

—Sí —convino Scarlett mientras un lacayo se apresuraba a llenarle la copa de vino vacía—. Desde luego que sí.

Hubo un momento de silencio mientras les servían el primer plato de sopa. Scarlett empezó a removerla, y los tintineos metálicos de su cuchara resonaron en el cuenco hasta que finalmente se llevó la sopa a la boca.

—¿Por qué has vuelto? —preguntó de repente, con palabras atropelladas, y la mirada que se alzó para encontrarse con la de él era vacilante, vulnerable, como si preguntar le hubiera costado gran parte de su orgullo.

—Bueno —dijo él lentamente, queriendo decirle la verdad y, al mismo tiempo, necesitando que comprendiera lo importante que era que ella estuviera allí con él, que permaneciera con él.

—Recibí el aviso de Stone sobre los fondos —dijo, carraspeando —. Así que pensé que sería mejor venir a ocuparme yo mismo del asunto. Y me alegro de haberlo hecho —reflexionó—. Ese hombre se irá después de Navidad, eso te lo puedo prometer. Te pido disculpas por no haberte creído antes.

—¿Fue esa la única razón por la que viniste?

Parecía tan esperanzada, tan expectante, pero Hunter no quería mentirle. Y, sin embargo..., mientras miraba a su esposa, se dio cuenta de que había algo más en su deseo de honestidad. Anhelaba conocerla, ver si había una oportunidad para ellos dos. Al principio se había propuesto cortejarla porque, socialmente, necesitaba una esposa, y en algún momento se requeriría un heredero; tenía sentido para un hombre en su posición. Pero ahora que había llegado a conocerla mejor, la anhelaba, no porque fuera su esposa y una mujer a la que estaría unido de por vida, sino porque era intrigante. Era amable. Era generosa. Y era endiabladamente sexy.

¿Sabría ella que al inclinarse como lo hacía ahora, le estaba ofreciendo una vista completa de sus pechos? Probablemente no, y él no iba a decir nada.

—No, esa no fue la única razón —dijo con voz ronca—. Aunque su aviso fue lo que me dio el impulso para regresar, había algo más. Esperaba convencerte de que fueras mi esposa en algo más que solo de nombre, de que volvieras a Londres conmigo.

Podía leerla a través de sus ojos, la forma en que se oscurecían cuando estaba enfadada, o cuando el dorado de ellos brillaba

cuando estaba complacida, como lo había estado cuando él empezó su frase, aunque ahora ella bajó la vista hacia su sopa, ocultándoselos por completo ante sus palabras sobre el regreso.

—No voy a volver a Londres.

—No hablemos de eso ahora —dijo él, sin querer discutir. Cruzó la mesa y cubrió una de las manos de ella con la suya—. Por el momento, estamos aquí juntos. Es Navidad. Y tenemos mucho que celebrar.

—¿Ah, sí?

—Desde luego —dijo él, con una sonrisa sugerente dibujándose en sus labios. Los lacayos iban y venían, retirando el plato de sopa y sustituyéndolo por ganso. Hunter cogió el cuchillo y empezó a cortarlo, tomando un trozo de la bandeja de servir y poniéndolo en el plato de Scarlett.

—Creo que hemos progresado —continuó—. Ya no sales corriendo de la habitación cuando entro. De hecho, me respondes cuando te hablo. Y, Scarlett, creo que puede que incluso estés sintiendo algo por mí.

Ella se sobresaltó ante aquello, casi saltando de la silla.

—¿Por qué piensas eso? —preguntó, su voz poco más que un susurro.

—No me has rechazado. No has huido.

—Quiero hacerlo.

—¿Por qué?

—Porque... —se le quebró la voz ligeramente.

Olvidado el ganso que tenían entre ellos, Hunter indicó con un gesto discreto a los lacayos que se retiraran. Estos asintieron y se deslizaron fuera, hacia Oak Hall. Hunter cogió la mano de Scarlett, que seguía debajo de la suya; se la agarró, palma con palma, y la envolvió con sus dedos, animándola en silencio a que compartiera más con él.

—Porque he decidido que hasta tú, Hunter Tannon, te mereces un regalo de Navidad —dijo ella con una amplia sonrisa. La confusión se apoderó de Hunter ante su evidente forma de ocultar lo que había estado a punto de decir. Seguía evitándolo deliberadamente, apartándolo..., pero ¿por qué? Aunque supuso que

debía preferir a la esposa bromista y burlona que a la hosca y fría que había sido antes.

—Entonces soy un hombre afortunado —dijo él, apretándole los dedos—, pues no solo he recibido mi regalo de un reloj de bolsillo, sino también a mi esposa.

Ella le lanzó una mirada chispeante, como si hubiera comprendido lo que le estaba diciendo, y una leve sonrisa se dibujó en su rostro.

Él se había dado cuenta de que esa sonrisa formaba parte de su defensa y no le sorprendió que se reclinara, apartando la mano. Sus emociones volvían a estar bajo control, pero él había logrado adentrarse en sus pensamientos, había empezado a desarrollar una conexión que —esperaba— no haría más que fortalecerse con el tiempo.

—¿Te apetece postre? —preguntó ella.

Vaya si le apetecía.

Capítulo Quince

Porque no quiero enamorarme de ti y pasar el resto de mi vida como mi madre.

Tuvo la verdad en la punta de la lengua. Sin embargo, justo cuando las palabras estaban a punto de escapársele de los labios, se contuvo y se dio cuenta de pronto de lo mucho que se había permitido acercarse a él. Estuvo a punto de permitirle ver sus pensamientos más íntimos, lo que habría sido la decisión más insensata que podría haber tomado. Pero parecía que cuanto más intentaba alejarlo, más disfrutaba de su compañía y más anhelaba volver a verlo.

¿Qué hacía, coqueteando con él, pasando todos aquellos preciosos momentos a solas? La Navidad era mágica, pero detrás de cada truco de magia había una explicación lógica. En este caso, era simplemente que los dos estaban instalados solos en aquella finca, con un servicio que parecía empeñado en que acabaran juntos.

—Supongo que se puede arreglar lo del postre —dijo él, y llamó a un lacayo. Este entró instantes después con una bandeja de pan de jengibre, pastel de frutas y cuencos de pudin de ciruela.

—¡Dios mío! —exclamó Scarlett, abriendo los ojos como platos—. Como nos comamos todo esto, no podremos salir de la habitación por nuestro propio pie. ¡Creo que se me va a reventar el corsé!

—Puedo ayudarte a desatarlo si quieres.

Scarlett apartó bruscamente la mirada del postre para clavarla en el rostro de Hunter y descubrió que se estaba riendo de ella; las

comisuras de sus ojos se arrugaban mientras una amplia sonrisa se dibujaba en su cara.

—Eres un bruto —susurró ella con sorna.

Él se encogió de hombros y le guiñó un ojo.

—Es broma.

—Lo sé.

—Toma —dijo él, rompiendo el contacto visual para coger una cucharada de pudin. Se la acercó a ella.

—Aunque nunca he tenido un banquete de Navidad como tal, todos los años desde que era un niño, la cocinera se aseguraba de que este fuera nuestro postre el día de Navidad. Te prometo que no se parece a nada que hayas probado antes.

—No estoy segura… —dijo ella, pues le había echado el ojo al pan de jengibre.

—Tienes que probar el pudin —insistió él, y la miraba con tantas ganas que al final ella cedió.

—Está bien —dijo con un suspiro, y alargó la mano para cogerle la cuchara.

—Ah, ah, no, permíteme —dijo él, llevándole la cuchara a los labios. Ella abrió bien la boca para él y los ojos de Hunter brillaron con un deseo indisimulado. Sin embargo, no tuvo tiempo de procesar ese pensamiento, pues el pudin le rozó la lengua.

—¡Oh! —exclamó, llevándose la servilleta a los labios—. Esto está… está…

—¿Asqueroso? —terminó él, y sus palabras se disolvieron en una risita—. Sí, a la cocinera siempre se le ha atragantado esa receta en particular.

—Oh, tú… tú… —Le dio un manotazo en el brazo y él se rio aún más fuerte.

—¿Te has quedado sin insultos para mí? Ah, la cara que tienes ahora mismo —dijo, superado por la alegría.

Ella negó con la cabeza, entornando los ojos hacia él.

—Eso ha sido bastante cruel.

—Ha merecido la pena.

—Es hora de que lo pruebes tú.

—¡Dios me libre, no!

—Te propongo una cosa —dijo ella con una sonrisa—. Te reto a una partida de billar. Quien pierda deberá comerse el resto del pudin.

Él ladeó la cabeza, y Scarlett estuvo segura de que la estaba subestimando.

—Muy bien —dijo asintiendo—. Esto va a ser divertido.

Oh, de eso no tenía duda. A su marido le esperaba una sorpresa.

Él apartó su silla de la mesa, antes de ayudarla a levantarse de la suya, y cogió la bandeja mientras la conducía a la sala de billar contigua. Un pequeño pero alegre fuego era la única luz en la bien proporcionada estancia, aunque el lacayo se apresuró a entrar tras ellos para avivar las llamas y encender algunos de los candelabros que bordeaban la pared. Las llamas parpadeaban sobre los hermosos tapices de Gobelinos que revestían la sala, y sus vivos colores los transportaban a otro mundo, un mundo más allá de aquellas paredes o de aquel país. Scarlett adoraba esa habitación y había pasado en ella más tiempo en los últimos meses del que le gustaría admitirle a Hunter, pues entonces él se daría cuenta de que tal vez no le resultaría tan fácil vencerla en una partida de billar.

Hunter dejó la bandeja en una mesita auxiliar, de la que sirvió un vaso con un líquido ambarino, ofreciéndoselo primero a ella. Scarlett se acercó a él; el susurro de sus faldas era el único sonido en la habitación, aparte del crepitar del fuego.

Ella bebió un buen sorbo del vaso y se lo devolvió, antes de coger dos tacos de la pared. Le dio uno a Hunter, que dejó la bebida y colocó las bolas en su sitio en el centro del tablero de terciopelo rojo.

—Las damas primero —dijo él, y ella fingió casi fallar la bola blanca.

—¡Oh, cielos! —dijo con fingida aflicción—. Parece que he perdido la práctica.

—No te preocupes —respondió él, tranquilizándola mientras rodeaba la mesa—. Seguro que le coges el tranquillo.

Coló cinco de sus bolas con facilidad antes de fallar una. Scarlett cogió su taco una vez más.

—Ven —dijo él, mirándola con una sonrisa relajada que ella supo que era compasiva ante su aparente apuro—. Permíteme.

Se colocó detrás de ella y la rodeó con sus brazos mientras sus cálidas manos cubrían las de ella. Se había quitado los guantes al entrar en la casa, de lo cual se alegraba, pues disfrutaba de la sensación de las grandes y cálidas manos de él sobre las suyas.

—Hacia delante y hacia atrás —le susurró Hunter al oído mientras movía el taco con ella. Scarlett se estremeció cuando el aliento de él le rozó el cuello, su cuerpo moviéndose al unísono con el de ella, y un calor la invadió, uno que no tenía nada que ver con la temperatura de la habitación.

—Eso es —dijo él, permitiendo que ella tomara el control—. Lo tienes dominado.

Ella asintió con una sacudida y él la soltó, dejándola un poco desamparada mientras se alejaba para rodear la mesa. Se apoyó en el borde, con los brazos cruzados, mientras se concentraba en ella.

Scarlett bordeó la mesa para que él no estuviera en su campo de visión y la distrajera de la tarea que tenía entre manos. Se inclinó sobre el terciopelo rojo, fijó la vista en la bola blanca y la golpeó justo en el centro, enviándola hacia su objetivo y colando la bola en la tronera.

Hunter dio una palmada. —¡Bien hecho! —dijo, y Scarlett reprimió una risita para no decepcionarlo, pues parecía muy orgulloso del efecto de sus instrucciones.

Sonrió distraídamente, caminando despacio hacia el lado de la mesa donde estaba él. Se inclinó sobre esta y, al hacerlo, sintió un contacto a su espalda. Él se apartó, aunque con bastante lentitud, con una mano en la parte alta de su espalda mientras daba un paso para alejarse.Golpeó la siguiente bola y la coló una vez más. Hunter parpadeó y luego entrecerró los ojos. Ella se limitó a sonreír con dulzura de nuevo, antes de meter el resto de sus bolas en rápida sucesión.

—Pero ¿qué…?

—Gano yo —dijo ella con naturalidad mientras volvía a colocar el taco en su sitio—. Espero que te apetezca el pudin de la cocinera.

—¡Me has engañado! —exclamó él, con el rostro ahora cubierto de asombro.

—No he hecho tal cosa —dijo ella, encogiéndose de hombros—. Nunca he presumido de tener habilidad ni de carecer de ella. Has supuesto lo que has querido.

—Santo cielo —dijo él, haciendo una mueca mientras se acercaba al aparador. Cogió una gran cucharada del pudin, cerró los ojos y se la metió en la boca. La acompañó con un trago de brandy.

—Toma —dijo Scarlett, riéndose de él—. Permíteme. —Cogió otro generoso bocado, se puso de puntillas y le metió la cuchara en la boca. Tenía que reconocérselo, se lo estaba tomando bastante bien. Sin embargo, tras el tercer bocado, se apiadó de él.

—Cierra los ojos —le ordenó, y él obedeció. Esta vez cogió un trozo del hombre de jengibre y, cuando él abrió la boca complaciente, le deslizó dentro una pierna de la galleta.

—Mmm —murmuró, abriendo los ojos y mirándola—. ¿Qué he hecho para merecer esto?

—He pensado que necesitabas algo dulce —dijo ella, y cuando se encontró con su mirada, su alegría se desvaneció, reemplazada por una oleada de excitación.

—¿Una más? —preguntó él, enarcando una ceja.

—De acuerdo —dijo ella, acercándole la otra pierna del hombre de jengibre a los labios. Él abrió la boca, pero cuando se la metió, sus labios no solo rodearon la galleta, sino también los dedos de ella. Su lengua le lamió el índice y Scarlett ahogó un grito cuando una ola de calor le recorrió desde la mano hasta su mismo centro. Nunca había sentido nada parecido y, que Dios la ayudara, quería volver a sentirlo. Él le cogió la mano izquierda y entrelazó sus dedos con los de ella.

Hunter se enderezó, le puso las manos en las caderas y Scarlett, hechizada, se dejó llevar por la corriente que la atraía hacia él. Cuando su cuerpo entró en contacto con el de él, la levantó y la sentó sobre el tapete de terciopelo. Ella separó las piernas y él se colocó entre ellas, permitiéndole sentirlo contra su cuerpo. Y, oh, qué bien sentaba. Se inclinó hacia ella, le llevó una mano a la nuca y

sus labios se encontraron con los de ella en una danza que acogió con entusiasmo.

El beso se había estado gestando desde el momento en que ella bajó las escaleras esa noche, y ahora Scarlett se sentía a la vez satisfecha y desesperada por más a partes iguales. Se embriagó de su sabor a brandy y jengibre mientras una de sus manos se posaba en el lado izquierdo de su mandíbula sin afeitar y la otra se enredaba en los rizos de su pelo. Eran tan sedosos y exuberantes como había imaginado, y agradeció que no se lo cortara a la última moda.

No hagas esto, Scarlett. No entregues tu cuerpo y, con él, tu corazón.

El pensamiento cruzó su mente, pero mientras los labios de Hunter se inclinaban sobre los suyos una y otra vez, su lengua enredándose con la de ella, las palabras fueron apartadas con la misma rapidez, para ser reemplazadas por una necesidad como ninguna que hubiera sentido antes. Él se separó, solo para susurrar desesperadamente: —Creo, esposa mía, que es hora de acostarse.

Hunter la levantó en brazos como si no pesara nada, con un brazo bajo las rodillas y el otro rodeándole la espalda. La hizo pasar por la puerta de la sala de billar, esquivando las pequeñas estatuas y los delicados muebles de Stone Hall, antes de subir las escaleras a grandes zancadas, bajo la atenta mirada de sus antepasados. Scarlett miró sus retratos, preguntándose si había aprobación en sus ojos. Sacudió la cabeza para librarse de sus ideas fantasiosas y apretó los brazos alrededor del cuello de Hunter. Nunca había visto a un hombre tan decidido. Cuando se toparon con una doncella sobresaltada en el pasillo de arriba, Hunter ignoró su exclamación ahogada y siguió su camino. Giró la esquina y llegó por fin a su propio dormitorio. Abrió la puerta de una patada y el rostro de Scarlett se sonrojó al ver que Spicer estaba dentro, preparando la ropa de cama de su señor.

—Fuera —fue todo lo que dijo Hunter, y Scarlett intentó esbozar una sonrisa de disculpa, aunque no parecía necesaria. A pesar de sus intentos por reprimirla, Spicer esbozaba una sonrisa de complicidad al ver a Scarlett en brazos de su señor. Salió apresuradamente de la habitación, probablemente para contárselo al

resto del servicio, pensó Scarlett, pero a esas alturas ya no le importaba.

Hunter la arrojó sobre la cama, cuya colcha era de un azul marino intenso a juego con las cortinas, que estaban corridas, salvo por una rendija a través de la cual Scarlett podía ver la copa de un pino cubierto de nieve. El ambiente entre ellos era tan tenso que, cuando un leño crepitó en la chimenea, Scarlett casi dio un salto en la cama. Siempre le había gustado la aventura, pero esto era algo completamente diferente.

Pues ya fuera lanzando su caballo al galope por un campo cubierto de hierba o adentrándose en uno de los barrios menos recomendables de Londres para repartir cestas a las madres necesitadas, *era ella* quien llevaba el control. Y esa noche, se lo había cedido por completo a Hunter. Su marido.

Mientras ella observaba, él se quitó la chaqueta antes de desabrocharse el alfiler del corbatón, que salió volando por los aires de un tirón. A continuación, se quitó el chaleco y luego llevó los dedos a los primeros botones de la camisa. Sin embargo, Scarlett no pudo seguir mirando, pues la fuerza de sus instintos se impuso a todo lo demás. Se puso de rodillas, se acercó al borde de la cama y atrajo a Hunter hacia ella. Mientras él la miraba desde arriba, ella misma empezó a desabrocharle los botones, con torpeza al principio hasta que le cogió el truco.

Podía sentir la intensidad de la mirada de Hunter mientras la observaba, y para cuando desabrochó el último botón, la paciencia de él pareció haberse evaporado. Él se arrancó la camisa por la cabeza, antes de abalanzarse sobre ella como un animal feroz que ataca a su presa.

Sus labios se posaron sobre los de ella, saboreándola con avidez, exigiéndole, diciéndole que necesitaba algo más; al igual que ella.

—Tú —dijo él entre besos—, llevas demasiada ropa.

Sin romper el contacto, él desabrochó los botones de la espalda del vestido con mucha más destreza que ella los suyos, antes de bajar los pliegues verdes de la tela hasta dejar su pecho al descubierto. Aunque parecía insistir en desvestirla, sus pechos lo distrajeron momentáneamente, y le demostró cuánto le gustaban

llevándose la boca a uno de ellos, rodeando la yema del pezón con la lengua.

—¡Oh! —exclamó ella, que hasta entonces no había sido consciente de las maravillosas sensaciones que sus actos podían provocar. Él se detuvo un instante para despojarla del resto del vestido, arrojando a un lado la creación dorada y verde.

—Ese —dijo él— es el envoltorio más encantador que he desenvuelto jamás.

Su camisa pareció desaparecer del todo sin que ella se diera cuenta, y sus manos parecían estar por todas partes a la vez: en sus pechos, bajando por sus costillas, subiendo de nuevo hasta su cuello, en su pelo, antes de agarrarla por las caderas. Ella se arqueó hacia él, necesitando algo más para apagar el fuego que le ardía por dentro. La tela áspera de sus calzones le rozaba las piernas, y empezó a arañar la bragueta para intentar deshacerse de la tela. Los dedos de él rozaron los suyos cuando tomó el relevo, deshaciéndose rápidamente de los calzones y las medias hasta que se unieron a las crecientes prendas esparcidas por la habitación.

Cualquier pensamiento que le quedaba se desvaneció cuando una de sus mágicas manos llegó a su centro, comenzando a obrar toda clase de maravillas. Algo crecía, se acumulaba en su interior, pero no lo quería así. Ansiaba conocerlo, ser una con él.

—Hunter —gimió—. Necesito que… que… —Sabía lo que era, pero no estaba muy segura de cómo expresarlo con palabras. Por suerte, él pareció entenderlo, pues sus dedos la abandonaron, para ser sustituidos por algo mucho más duro que rozaba su entrada.

—Scarlett —gimió él mientras comenzaba a deslizarse en su interior—. Scarlett, te quiero.

Capítulo Dieciséis

Scarlett se quedó paralizada.

Podía achacar gran parte de su momentánea quietud al dolor. Si bien es cierto que no le dolió ni de lejos tanto como otros le habían dicho, aun así fue una conmoción a la que necesitó un momento para acostumbrarse.

Pero más que eso, fueron las palabras de amor de Hunter. ¿Lo decía en serio? ¿La amaba? ¿O eran simplemente palabras dichas en el ardor de la pasión? ¿Se lo creía? Porque si lo hacía..., bueno, entonces quizá tendría que admitir la verdadera magnitud de sus propios sentimientos, y no estaba segura de estar del todo preparada para ello, si es que alguna vez lo estaría. Porque eso era cruzar una línea que se había prometido no cruzar jamás. ¿Esperaba que dijera algo a cambio? Sin embargo, sus pensamientos se desvanecieron cuando él empezó a moverse.

Al principio fue delicado, un vaivén lento, pero pronto su ritmo se aceleró en una cadencia tan antigua como el tiempo mismo, y ella se dejó llevar por el éxtasis. Él bajó la mano entre los dos, encontró el punto más sensible de su cuerpo y jugó con ella hasta que todas las sensaciones que había sentido antes de que él interrumpiera su consciencia con sus palabras de amor volvieron con fuerza. Le clavó las manos en los fuertes músculos de sus nalgas mientras se restregaba contra él, hasta que finalmente el fuego estalló en su interior, lanzando chispas por cada parte de su ser. Gritó en un medio sollozo, medio alarido, mientras Hunter aceleraba el ritmo

antes de detenerse por fin, pareciendo temblar al encontrar su propio clímax.

Permanecieron unidos un momento más mientras ambos recuperaban el aliento, aunque Scarlett no estaba segura de que su corazón fuera a volver a su ritmo normal.

Al final, él se apartó de ella, se tumbó boca arriba y extendió los brazos sobre la cama. Alargó uno hacia ella, rodeándole los hombros para atraerla hacia él y acurrucarla a su costado. Ella apoyó la cabeza en su pecho y levantó una mano para palpar los elásticos rizos que lo cubrían.

Cerró los ojos y tragó saliva, sin querer admitir sus pensamientos en voz alta, apenas capaz siquiera de pensarlos para sí. Se estaba enamorando de su marido.

* * *

Hunter se despertó con el sol entrando a raudales por su rostro, colándose en la habitación por la pequeña rendija de las cortinas. ¿Qué hora era? Normalmente, se levantaba y se instalaba en su despacho para revisar la correspondencia del día y los documentos de referencia que necesitaba conocer mucho antes de que saliera el sol en los meses de invierno. Sin embargo, aquella mañana estaba considerablemente cansado. Y todo por... por ella.

Bajó la mirada a su lado. El pelo largo y ligeramente ondulado de Scarlett estaba esparcido sobre la almohada detrás de su cabeza como un halo alrededor del rostro de un ángel. El sol danzaba sobre el puñado de pecas que le cubrían la nariz. Tenía la boca ligeramente entreabierta al dormir, lo justo para que él pudiera verle los dientes inferiores torcidos a través de sus labios carnosos. Era perfecta.

Hunter alargó la mano y le pasó un dedo por la suave piel de porcelana de la clavícula, por encima del guardapelo que aún llevaba, sobre el hombro y a lo largo del brazo, hasta llegar a sus manos, y entrelazó sus dedos con los de ella. Scarlett gruñó un poco

en sueños, y él se rio entre dientes, sonriendo mientras ella se acercaba instintivamente a él, pasándole un brazo por el torso.

Esto era lo que había anhelado desde que se había casado con aquella mujer hacía más de tres meses. A pesar de la frialdad que le había mostrado al principio, era tan cálida como cualquiera que hubiera conocido. Lo había mantenido a distancia durante mucho tiempo, y él comprendía sus motivos: al principio se mostraba cautelosa, igual que él. Había temido su rechazo. Cuando se negó a aceptarlo, se marchó tan rápido como pudo, reacio a sufrir el mismo rechazo amoroso que había padecido durante toda su infancia. Debería haberle dado más tiempo, haber sido más paciente con ella. Porque había demostrado ser alguien completamente diferente a quien se había presentado inicialmente.

Recordó la noche anterior. Se había abierto a él, en más sentidos que el de entregarle su cuerpo. Y él... ¿le había dicho que la *amaba*? Creyó que sí, aunque una ligera inquietud se apoderó de su corazón, ya que no recordaba que ella le hubiera respondido. *Eso* lo recordaría. Quizá había estado demasiado abrumada para responder. Debía de ser eso. Ya le diría lo que sentía a su debido tiempo, estaba seguro.

Para no despertarla, Hunter acabó por soltarle la mano, cogió su bata y se la puso antes de salir de la habitación, cerrando la puerta suavemente tras de sí. Bajó las escaleras y se sobresaltó cuando una figura lo sorprendió en el pasillo.

—Ah, señorita...

—Parker, milord.

—Señorita Parker —dijo, dirigiéndose a la doncella de Scarlett—. Su señora aún duerme, pero en algún momento necesitará una muda.

—Muy bien, milord —respondió ella, y justo cuando empezaba a caminar por el pasillo, se abrió la puerta del cuarto de estar de las doncellas y salió su ayuda de cámara.

—¡Milord! —exclamó Spicer, pasándose una mano por el pelo—. Yo, ah, es decir, yo...

—Buenos días, Spicer —dijo Hunter, feliz de que su ayuda de cámara hubiera encontrado el amor igual que él. Siguió por el

pasillo, silbando una melodía. Hoy iba a ser un buen día. Un día muy bueno, desde luego.

* * *

Hunter no supo cuánto tiempo se recluyó en su despacho, deteniéndose solo lo justo para cambiarse rápidamente, tras encontrar la cama vacía. Scarlett ya no estaba. El correo por fin había llegado. La nieve había cesado, al menos por un momento, aunque las gélidas temperaturas persistían. Pronto llegaría el momento de regresar a Londres y, por primera vez, la idea iba acompañada de una sensación de melancolía en lugar de emoción o incluso impaciencia. Su tiempo aquí con Scarlett había sido una pausa en su vida habitual, y Hunter no estaba seguro de querer volver.

Pero no le quedaba más remedio. Había mucho que hacer, desde el debate sobre la guerra con Boney hasta los cambios que quería poner en marcha, lo cual no podría hacer si no convencía a otros para que lo apoyaran. Demasiada gente dependía de él, de las decisiones que tomarían los lores. Scarlett lo entendería. Y lo acompañaría ahora, ¿no es así?

Estaba terminando su última carta, firmándola con una floritura, cuando llamaron ligeramente a la puerta antes de que la cabeza canosa de Abbot se asomara.

—Mi lord, lady Oxford ha pedido que todo el servicio se reúna en el Stone Hall —dijo—. He pensado que quizá le interesaría unirse.

—Por supuesto —dijo Hunter, levantándose tan deprisa que la silla casi se cae hacia atrás, pero la sujetó justo a tiempo—. Ah, Abbot —dijo cuando el hombre se disponía a marcharse—. Supongo que no sabrá usted de qué va todo esto, ¿verdad?

—Tengo mis sospechas, mi lord, pero no son más que eso —dijo el mayordomo con una sonrisa—. No quisiera ser presuntuoso.

Hunter entrecerró los ojos, pero asintió, despidiendo al hombre. ¿Qué demonios tramaba ahora su esposa?

—¡Espero que hayáis tenido todos una Navidad encantadora! —exclamaba Scarlett cuando él entró en la sala, donde los sirvientes estaban reunidos en el centro, algunos incluso en el balcón del segundo piso, escuchando hablar a su esposa. Válgame Dios, ¿de verdad tenía tanta gente a su servicio? No había pensado mucho en ello antes, ya que trataba principalmente con Spicer, Abbot y la señora Shepherd, pero supuso que, desde los mozos de cuadra hasta las pinches de cocina, habría un buen número de ellos. ¿Los conocía Scarlett a todos?

—Y *hoy*, el día después de Navidad, ¡tenemos, por supuesto, cajas para todos vosotros!

¿Cajas?

—Es el *Boxing Day*, mi lord —le susurró la voz de Spicer al oído. Aquel hombre podría ser un espía por lo bien que se le daba aparecer sigilosamente. Hunter había oído hablar de la tradición, por supuesto, pero ¿acaso alguien la practicaba? Desde luego, su familia nunca lo había hecho, aunque eso no era decir mucho, ya que evitaban prácticamente cualquier cosa que tuviera que ver con la Navidad. ¿Qué tramaba su esposa? ¿Y por qué todos los sirvientes no llevaban su atuendo habitual?

—La señora Shepherd y Abbot me ayudarán a distribuirlas —continuó Scarlett, y Hunter sonrió al mirarla, descubriendo que hoy tenía un brillo especial, desde su amplia sonrisa hasta la forma animada en que revoloteaba como una abeja entre la pila de cajas a su lado y los diversos miembros del personal que se acercaban a ayudarla.

—Pero antes de que os vayáis, solo quería deciros cuánto nosotros… ah, aquí está lord Oxford —hizo un gesto con la mano para que se acercara—. Cuánto apreciamos vuestro servicio, tanto ayer durante una… maravillosa Navidad, como por lo mucho que hacéis por nosotros todos y cada uno de los días del año. Ahora, la nieve empieza a despejarse y el sol brilla. ¡Que tengáis un día libre estupendo, todos y cada uno de vosotros!

Un murmullo comenzó a elevarse entre la multitud congregada, mientras Hunter finalmente se abría paso hasta su esposa,

asintiendo y sonriendo a la gente que se le acercaba con palabras de agradecimiento.

—¡Scarlett! —exclamó cuando finalmente la alcanzó—. ¿Qué diablos está pasando aquí?

—El *Boxing Day* —dijo ella, volviéndose hacia él con el rostro lleno de regocijo—. ¿No es maravilloso?

—¿Qué les has dado? —preguntó él, un poco preocupado al pensar en su bolsillo y en sus crecientes donaciones a la caridad. Lo apoyaba, sin duda, pero había que tener cuidado.

—Pues depende de la persona —dijo ella, mordiéndose el labio—. ¿No es así con todos los regalos?

—¿Cómo sabías lo que les gustaría? —preguntó él, llevándose una mano a la sien y frotándosela.

—Oh, la señora Shepherd y Abbot me han ayudado —dijo, encogiéndose de hombros—, pero son sobre todo pequeñas baratijas, libros o cosas por el estilo. Algunos de nuestra biblioteca y objetos que ya no se usan, otros de las tiendas del pueblo.

—¿Y el día libre?

—¡Por supuesto! —dijo ella, mirándolo ahora con un poco de disgusto al empezar a sentir que quizá él no estaba tan complacido con sus acciones como ella misma—. De eso se trata el *Boxing Day*.

—Lord Oxford, debo hablar con usted.

Hunter se giró al oír la voz seca y grave, y se encontró con el hombre alto que lo miraba fijamente. Ah, Stone. Se había olvidado por completo de él con todo lo que había sucedido durante la temporada navideña.

—Señor Stone —dijo Scarlett, con una mezcla de saludo y consternación, y el hombre se volvió hacia ella. Un gesto de desdén tan malicioso cubrió su rostro que ni siquiera a Hunter se le escapó —. Lady Oxford.

—Será mejor que vayamos a mi despacho —dijo Hunter con un suspiro, deseando poder volver atrás en el tiempo, a una hora antes, cuando estaba tan satisfecho con los acontecimientos del día—. Venga, Stone.

El hombre lo siguió en silencio, pues Hunter no estaba seguro de qué decirle. Normalmente dejaba la gestión de los sirvientes a su

mayordomo o al propio Stone, pero él era el único que podía ocuparse de aquello.

Tomó asiento detrás de su escritorio, en su sillón de caoba y cuero, e indicó a Stone que se sentara frente a él.

—Su esposa ha estado ocupada de nuevo —dijo Stone, mirándolo con sus ojos oscuros y redondos como cuentas.

—Sí, he descubierto que suele estarlo —respondió Hunter, sin ningún deseo de hablar de Scarlett con el hombre con el que parecía chocar tan duramente—. Tras nuestra conversación, hablé con mi esposa sobre las cuentas —comenzó—. También visité a algunos de mis inquilinos para determinar por mí mismo la verdadera naturaleza de los alquileres y los gastos.

—¿Ah, sí? —preguntó Stone, en un aparente intento de permanecer impasible, aunque Hunter notó que sus ojos se desviaban de un lado a otro de la habitación con inquietud, sin llegar a posarse nunca en él.

—¿Qué pasó con los alquileres, Stone? Subieron tanto que mis inquilinos ya no podían permitirse vivir con ninguna clase de comodidad.

—Los inquilinos nunca debieron vivir con comodidades, mi señor —dijo Stone, enarcando una ceja.

—Sabe perfectamente a qué me refiero, y no finja que no es así —masculló Hunter, entornando los ojos hacia él—. Como no tengo las cuentas detalladas, aún no he determinado dónde se han destinado los ingresos, pero pronto lo descubriré. En cualquier caso, ya se han rebajado a lo que es apropiado.

—¿Apropiado según usted o según su esposa? —preguntó Stone, levantándose de la silla y apoyando las manos en el escritorio—. ¿Está pensando con la cabeza, mi señor, o con lo que tiene entre las piernas?

—¡Basta! —dijo Hunter, irguiéndose a su vez, con un dedo extendido hacia su administrador—. No toleraré que se me falte al respeto, ni tampoco a mi esposa. Lleva bastante tiempo con nuestra familia, Stone, me doy cuenta, pero creo que ha llegado la hora de un cambio. Queda relevado de sus funciones. Por favor, retire sus cosas de su casa para el final del día de mañana.

Stone levantó una mano; Hunter no estaba seguro de si para golpearlo o simplemente para recalcar su argumento. Sin embargo, la razón debió de imponerse, ya que la bajó lentamente, limitándose a fulminarlo con la mirada. Empujó la silla hacia atrás y salió furioso de la habitación, aunque no sin antes hacer una pausa al abrir la puerta.

—Se arrepentirá de esto —prometió, y finalmente se marchó. Hunter se desplomó en su silla, fulminando con la mirada la espalda del hombre que se retiraba.

Capítulo Diecisiete

Hunter salió por fin de su despacho tras hacer una lista de todo lo que tenía que hacer antes de volver a Londres, lo que, según decidió, tendría que ser en los próximos días. Antes de Año Nuevo, eso seguro, a pesar de lo decepcionada que se quedaría Lavinia con la noticia.

Sin embargo, primero necesitaba un momento a solas con su esposa, pensó mientras recorría el pasillo de la mansión, que parecía vacío y desolado sin todo el servicio. Finalmente, oyó voces en uno de los salones del fondo, justo después de la biblioteca. ¿Con quién estaría hablando? Lavinia debe de haber venido de visita, pensó con pesar. En fin, una visita rápida de su hermana no estaría tan mal, y luego se marcharía después de la cena como muy tarde, y tendrían la máxima intimidad. El pulso se le empezó a acelerar al imaginar todos los sitios donde podrían hacer el amor en una casa completamente vacía, sin el riesgo de que un sirviente los encontrara.

En Stone Hall, desde luego. Y la biblioteca…, sin duda la biblioteca, donde se encontraron por primera vez cuando él volvió de visita. Si fuera verano, habría insistido en llevarlo todo al exterior, a la gruta, la joya de Wintervale, escondida en sus magníficos jardines. Sin embargo, eso no era una opción en Navidad.

Sus pensamientos se detuvieron en seco cuando abrió la puerta del salón.

—¡Hunter! —exclamó Scarlett, ilusionada, mientras se levantaba para recibirlo en la puerta—. ¡Ha venido mi madre de visita!

—Ah —dijo Hunter, quedándose de piedra, mientras sus visiones previas de un día y una noche apasionados con su esposa se evaporaban. Sabía cuánto quería Scarlett a su madre y se alegraba de que tuviera la oportunidad de visitarla, pero... ¿por qué tenía que ser ahora?

Ante la mirada inquisitiva de Scarlett, se recompuso y entró en la habitación, acercándose a la mujer, que se parecía mucho a Scarlett, pero un poco mayor y ligeramente más... demacrada, pensó. Scarlett tenía vida y vitalidad, cuando decidía compartirla. Su madre parecía haber perdido la esperanza.

—Lady Halifax —dijo, inclinándose sobre su mano—. Qué alegría volver a verla. Le pido disculpas por no tener el servicio adecuado para atenderla. Les hemos dado el día libre por el Boxing Day.

—¡Por supuesto! —dijo ella con un gesto de la mano, mirando con cariño a su hija. Hunter pudo sentir el amor que había entre ellas—. Lo entiendo perfectamente. Estaba preocupada por Scarlett, sabe usted, ya que pensaba que vendría a verme por Navidad, y con las carreteras tan cubiertas de nieve como estaban, ni siquiera pudimos enviarnos correspondencia. Iba a escribirle y entonces pensé: «Ay, Virginia, estás a solo unas horas de distancia, bien podrías ir a verla tú misma».

Lady Halifax sonrió a Scarlett, pero cuando devolvió la mirada a Hunter, las comisuras de sus labios cayeron, y su agrado ya no le llegaba a los ojos.

—Me sorprende verle aquí, lord Oxford.

—A mí también me sorprendió la nieve —respondió él, dirigiendo una mirada fugaz a Scarlett para ver su reacción, pero el rostro de ella permaneció impasible—. Aunque ha resultado ser una suerte, ya que me ha brindado la oportunidad de conocer mejor a mi encantadora esposa.

—Ya veo —dijo lady Halifax, asintiendo con la cabeza y mirando de uno a otro. Scarlett había empezado a enrollarse un mechón de pelo en el dedo, mordiéndose el labio con aire un tanto incómodo. ¿Qué era, exactamente, lo que veía lady Halifax?

—Creo que todavía queda una pinche de cocina por el día —dijo Hunter finalmente para romper el silencio—. ¿Por qué no voy a ver si puede prepararnos un poco de té y unos pasteles?—Muy bien —dijo lady Halifax, por fin complacida con él—. Me gustaría mucho.

Sin embargo, mientras Hunter salía de la habitación, no pudo evitar la sensación de presagio que se apoderó de él. Lady Halifax era una mujer encantadora, se dijo a sí mismo. ¿Qué podía ir mal?

* * *

—Te has enamorado de él.

—¿Qué?

Scarlett miró a su madre, estupefacta. Llevaban los tres juntos en la habitación apenas cinco minutos. ¿Cómo había podido reconocer los sentimientos de Scarlett en tan poco tiempo?

Virginia Nicholas sonrió con tristeza a su hija y alargó la mano para acunarle el rostro. Scarlett pensó, como siempre que veía a su madre, que era como mirarse en un espejo de su futuro. Los mismos ojos castaños le devolvían la mirada, las mismas pecas sobre la nariz... hasta sus labios tenían la misma forma. Pero con los años, a su madre le habían salido muchas arrugas en la cara. Algunas eran de las risas que ella y su hija habían compartido, es cierto, pero muchas otras eran del desánimo que sentía al ver a su marido dejarla atrás cada vez que venía de visita.

—Ay, Scarlett —suspiró su madre, acariciándole la mejilla como si fuera una niña—. Es un hombre guapísimo, eso es verdad. ¿Pero qué ha pasado? Pensaba que te mantenías firme en tu decisión de guardar las distancias.

—Y así era —dijo Scarlett, eligiendo sus palabras con cuidado—. Pero, madre, en estos últimos días he llegado a conocerlo. En realidad es bastante... maravilloso. Es atento, y una vez que se centra en algo, es el hombre más decidido que he conocido.

—¿Cuándo os casasteis?

Scarlett miró a su madre con extrañeza.

—En agosto, como bien sabes.

—¿Y cuánto tardó en venir a visitarte?

Scarlett suspiró.

—Lo aparté después de nuestra boda. No esperaba que fuera tan... atractivo. Y encantador, cuando se lo propone. Estaba asustada por todo lo que me habías contado. Levanté muros a mi alrededor para que no pudiera encontrar la manera de entrar, para que no consiguiera que me importara, que me hiciera daño como padre te lo hizo a ti. Pero..., pero, madre, no todos los hombres son como padre.

Su madre empezó a retorcerse las manos en el regazo.

—Lo entiendo, Scarlett, pero mira a tu alrededor, a las parejas del *ton*. ¿Cuántas son felices, felices de verdad? Hay muchos más hombres con amantes que sin ellas. —Ladeó la cabeza, con una expresión triste en el rostro—. Por supuesto, tenías que casarte, y lord Oxford parecía un hombre tan bueno como cualquier otro. Simplemente esperaba que lo entendieras, que tuvieras más juicio del que tuve yo como recién casada. Tenía tantas esperanzas, Scarlett, tanto amor, y tu padre..., bueno, al principio parecía que él también. Pero luego...

Negó con la cabeza con tristeza, y a Scarlett se le partió el corazón al ver la humedad en los ojos de su madre.

—Intenté con todas mis fuerzas dejar de quererlo, Scarlett, de verdad que lo intenté, pero no pude evitarlo. Utilizó ese amor en mi contra, para mantenerme a su lado, para mantenerme esperanzada. Solo con la edad y la sabiduría llegué a comprender que nunca podría ser. No quiero que tengas que pasar por lo que pasé yo.

Scarlett cogió las manos de su madre entre las suyas, apretándolas con fuerza mientras intentaba transmitirle la fortaleza que tanto necesitaba.

—Me encanta lo mucho que te preocupas por mí, madre, de verdad que sí —dijo—. Pero Hunter... él me quiere, madre. Me lo ha dicho.

Los ojos de Virginia recorrieron el rostro de Scarlett y, a pesar de la dulzura de sus siguientes palabras, Scarlett pudo sentir un ligero reproche en ellas.

—¿Cuándo te lo dijo?

—Anoche.

—¿Qué estabais haciendo?

Scarlett se sonrojó. Desde luego, no podía responder a esa pregunta, no a su madre. Pero Virginia le sonrió con tristeza, al parecer adivinando la verdad.

—Un hombre es capaz de decir cualquier cosa en el ardor de la pasión —dijo—. Scarlett, no te estoy diciendo que no seas una buena esposa, que no estés con él o que no formes una familia con él. Simplemente quiero que tengas cuidado, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, madre —dijo Scarlett para apaciguarla—. Lo tendré.

* * *

Hunter casi había olvidado su promesa a Lavinia de asistir a la cena de esa noche. Ahora que lady Halifax había llegado, sin embargo, estaba más que ansioso por salir de la casa. Lady Halifax era bastante educada con él, pero lo miraba como si fuera un zorro en un gallinero. Tenía que recordarse continuamente que era el *marido* de Scarlett, no un canalla que buscaba desflorarla para luego abandonarla.

Aunque, suponía, eso se acercaba bastante a la verdad de su situación. Preferiría no dejarla, sino que desearía que ella se fuera con él. De hecho, eso era justo lo que quería hablar con ella antes de dirigirse a casa de Nia y Baxter.

Llamó a la puerta de la habitación contigua. Cuando ella le indicó que entrara, abrió la puerta y la encontró forcejeando para vestirse.

—Cuando le diste el día libre al servicio, ¿no se te ocurrió mantener a más de una fregona en la casa para tareas como esta?

Ella lo miró con las cejas arqueadas y él se rio entre dientes mientras se acercaba. —Date la vuelta —dijo, atándole el corsé y ayudándola después a pasarse el vestido de terciopelo plateado por los hombros. Por un momento, pensó que debería despojarla de toda su ropa, pero ya llegaban bastante tarde y Lavinia le arrancaría la cabeza si la hacía esperar una vez más.

—Scarlett —dijo mientras abrochaba lentamente los botones—. Ya sabes que volveré a Londres en breve, probablemente en los próximos días.

Ella asintió, pero no dijo nada.

—Me gustaría que vinieras conmigo. Por favor.

Los ojos de ella se alzaron de golpe hasta encontrarse con los suyos en el espejo. Pudo sentir el pánico que se reflejaba en ellos y, aunque no quería presionarla para que hiciera algo que tan claramente detestaba, no quería ni pensar en dejarla atrás ahora.

—¡No! —exclamó ella, negando con la cabeza frenéticamente—. No iré a Londres. Te lo dije hace meses y otra vez cuando llegaste.

—Sí —respondió él, necesitando que lo entendiera—. Lo recuerdo. Pero pensé que las cosas podrían haber cambiado, que podrías haberte hecho a la idea de nuestra... situación, estar más abierta a las posibilidades que podrían esperarnos allí.

Ella entornó los ojos. —Te refieres a las posibilidades que te esperan a *ti* allí.

—Las cosas han cambiado —dijo él, con voz grave y ronca.

—Hemos estado juntos una noche —dijo ella sin emoción—. Eso no lo cambia todo.

—Es más que eso, Scarlett —dijo él, apoyando la barbilla en el hombro de ella mientras contemplaba su reflejo—. Te quiero. Eres mi esposa y quiero vivir así contigo.

—Lo sé —susurró ella, aunque no dijo nada más, y a él se le partió el corazón. Era la segunda vez que le decía lo que sentía por ella y, de nuevo, ella guardaba silencio. Terminó de abrocharle el vestido y se apartó.

Una frialdad lo invadió, y no tenía nada que ver con las gélidas temperaturas del exterior.

—¿Qué pasa? —preguntó, oyendo la ira en su propia voz, pero incapaz de evitar que su frustración se trasluciera—. ¿Qué he hecho para que te resulte tan repulsivo?

—No eres tú —dijo con un sollozo, dándose la vuelta hacia él mientras su vestido plateado susurraba como la luz de la luna—. No tengo ningún deseo de volver a Londres. Es donde..., es donde...

—¿Qué? —preguntó él, desesperado por saberlo.

—Es donde mi familia se vino abajo —susurró ella, con los ojos anegados en lágrimas.

—Habla conmigo, Scarlett —le suplicó él, dando un paso vacilante hacia ella y cogiéndole los brazos por encima de los guantes blancos que se había puesto.

—Mis padres... fueron felices en su día —dijo ella, con la mirada perdida, desenfocada—. Solía pensar en lo maravilloso que era que se quisieran tanto, cuando parecía que a muchas otras parejas no les importaba nada el uno del otro. Seguíamos a mi padre de Londres al campo, como hace la mayoría, como bien sabes. Me encantaba el campo..., y me sigue encantando, está claro. Podía pasarme el día entero con los caballos, cabalgando por los prados, recorriendo la campiña. Me encantaba andar por ahí con los hijos de los vecinos. Cuando estábamos en nuestra finca del campo, pasaban horas al aire libre conmigo, pero luego iban al colegio una vez que volvíamos a Londres. Un verano, cuando yo tenía diez años, mi madre decidió que podíamos quedarnos unas semanas más en la finca antes de volver a Londres. En lugar de decirle a mi padre cuándo íbamos a llegar, pensó en darle una sorpresa. Llegamos a Londres más tarde de lo previsto; salimos con retraso y nos detuvimos a visitar a una amistad por el camino. Era poco después de la hora de la cena. Llegamos a la puerta principal y el mayordomo intentó impedir que entráramos, pero...

Mientras contaba la historia, se llevó una mano al pelo, que aún llevaba suelto sobre los hombros al no tener una doncella que la atendiera. Jugueteaba con aquellos mechones con tanta ansiedad que él deseó alargar la mano para detenerle los dedos, pero sabía que, si la interrumpía, quizá no volvería a tener la oportunidad de escuchar su historia.

—Mi padre estaba en el salón con una mujer. Sus pechos estaban prácticamente a punto de salírsele del corpiño y tenía las faldas subidas casi hasta la cintura. Mi padre intentaba arreglarse la ropa a toda prisa, pero... lo supimos. A mi madre le dio un ataque de histeria. Siempre había creído que mi padre le era fiel, que su amor era puro. Aquel día se le abrieron los ojos. Cuando empezó a atar cabos, se dio cuenta de que en toda su vida de casados él nunca

había dejado de tener una amante, que nunca le había sido fiel. Había estado ciega, sin querer verlo. Y lo que era peor, para ella, fue que él apenas se esforzó en ocultarlo, permitiendo que esa mujer entrara en su casa..., en nuestra casa.

Hizo una pausa y sus ojos se posaron por fin en el rostro de él.

—Desde entonces, he odiado Londres. Mi madre apenas ha podido volver a esa casa, pues siempre recuerda lo que vio allí. ¿Y sabes qué es lo peor de todo, Hunter? Que a mi padre ni siquiera le importó. Oh, le molestó que yo presenciara sus exhibiciones, eso es cierto. Pero no pareció importarle que mi madre lo supiera. Y aunque ella nunca ha olvidado su flagrante desprecio por sus sentimientos, a día de hoy sigue queriéndolo, a pesar de que lo odia en la misma medida.

Hunter se quedó allí de pie, conmocionado, sin saber qué decir. Sus padres habían sido fríos el uno con el otro, nunca habían sido cariñosos ni amables con él. Pero esa era la vida que siempre había conocido. Scarlett había formado parte de una familia cariñosa —aunque fuera una fachada— hasta que se la habían arrancado de cuajo.

—Scarlett —dijo finalmente, llevándose la mano de ella a los labios—. Lo siento muchísimo.

Capítulo Dieciocho

¿Por qué le había contado esa historia?

Con las palabras de su madre resonando en su mente, Scarlett se había empezado a vestir esa noche decidida a poner algo de distancia entre ella y Hunter; no para darle la espalda por completo, sino para erigir algún tipo de protección. En lugar de eso, había compartido con él algunos de sus pensamientos más íntimos, volviéndose aún más vulnerable y dándole más poder sobre ella.

—Scarlett —dijo él de nuevo, en voz baja—, ¿tienes miedo de que te haga lo mismo?

Se secó los ojos, apartando las lágrimas.

—No lo sé —murmuró—. Al principio, sí. Ahora..., no estoy tan segura.

—Yo no te haría daño de esa manera —dijo él, con los labios apretados—. Nunca podría hacerle eso a una mujer a la que amo.

—Mi padre le dijo a mi madre que la amaba.

—No estoy seguro de cómo convencerte de que no soy el mismo hombre que tu padre —dijo él con dulzura, cogiéndole la barbilla con los dedos índice y pulgar para que lo mirara—. Sus ojos azul verdoso se clavaron en los de ella, como si intentara recalcar sus palabras—. Pero no lo soy. Tampoco soy el mismo hombre que mi propio padre. Nuestros padres no nos dieron los mejores ejemplos de amor. Pero ¿no podemos al menos intentarlo, Scarlett?

Ella asintió rápidamente. Quería intentarlo, de verdad que sí. Pero esto solo había sido un momento fugaz, en el que estaban

juntos sin la intrusión del resto del mundo. ¿Cómo sería si regresara a la ciudad con él? Solo había estado en Londres por cortos periodos de tiempo durante los últimos diez años. ¿Podría pasar meses entre sus muros, anhelando la libertad que le ofrecía el campo?

Sus pensamientos siguieron atormentándola mientras subía al trineo con su madre y Hunter para el corto trayecto hasta casa de Lavinia. «Este es mi hogar ahora», pensó mientras se alejaban, al tiempo que alzaba la vista hacia el imponente edificio de ladrillo, con sus alas extendiéndose hacia los jardines traseros. Conocía casi cada palmo de la finca, estaba familiarizada con los criados, con los arrendatarios. ¿Cómo podría dejar todo eso atrás?

Cuando apartó el rostro de la vista que tenía a su lado, vio que Hunter la miraba con cierta preocupación, y consiguió esbozar una pequeña sonrisa tanto para él como para su madre.

Cuando llegaron a la casa de Lavinia y Baxter Shaw, Hunter le apretó la mano mientras las ayudaba a bajar del trineo tanto a ella como a su madre. Lavinia, como siempre, se alegró enormemente de verlos.

—¡Oh, y lady Halifax, qué alegría tenerla con nosotros! —dijo mientras los conducía por el vestíbulo y el pasillo. Scarlett se percató de que toda la servidumbre de Lavinia seguía presente. ¿Acaso era ella de la minoría que celebraba el día de San Esteban? Seguramente no. Debían de ser solo Hunter y su hermana—. Esta noche somos un grupo reducido. Además de nosotros cuatro, lord y lady Raymond están aquí esta noche en lugar de anoche, ya que no pudieron viajar por el estado de las carreteras.

Abrió de par en par la puerta del salón para revelar a Baxter, que holgazaneaba en su butaca de siempre, un sillón de biblioteca de caoba y cuero que estaba completamente fuera de lugar en la delicada estancia. Scarlett sabía que estaba bastante gastado por el centro; a veces se preguntaba si aquel mueble formaba parte de él. Tenía un vaso de líquido ambarino en una mano, y un puro apagado le colgaba de los labios. No entendía qué veía Lavinia en aquel hombre, pero parecía que de verdad disfrutaba de su compañía, así que Scarlett no lo cuestionaba. Mientras Nia fuera feliz, ¿quién era Scarlett para juzgarla?

Frente a él, una pareja estaba sentada en el chesterfield: un hombre alto y delgado con una sonrisa afable y una mujer rubia y curvilínea con un precioso vestido rosa. Scarlett los había visto antes en la iglesia del pueblo, pero nunca se había tomado el tiempo de conocerlos mejor. Hunter, al parecer, ya tenía mucha más confianza con ellos.

—¡Madeline! —exclamó él mientras la mujer corría hacia él y le echaba los brazos al cuello. Scarlett sintió que el corazón le daba un vuelco en el pecho, mientras unos celos como nunca antes había sentido empezaban a correr por sus venas.

—¡Oh, Hunter, qué alegría verte! —dijo lady Raymond—. ¡Ha pasado una eternidad! ¡Creo que no hemos tenido ocasión de vernos desde poco después de tu boda!

Más reciente que la última vez que la propia Scarlett había visto a su marido. Captó la mirada inquisitiva y la ceja enarcada de su madre, y giró la cabeza rápidamente, haciendo lo que pudo para evitar que se metiera en su cabeza.

—Lady Raymond, lord Raymond —dijo, inclinando la cabeza mientras se tragaba la envidia e intentaba ser educada—. Qué alegría verlos de nuevo. Esta es mi madre, lady Halifax.

—¡Oh, encantada de conocerla! —dijo Madeline, soltando a Hunter y acercándose a ellas—. Y lady Oxford, qué aspecto tan delicioso tiene esta noche, como siempre.

—Y usted también —replicó Scarlett, permitiendo que lord Raymond le cogiera la mano y se inclinara sobre ella—. Feliz Navidad.

—Feliz Navidad a todos —dijo Lavinia, entrando en la habitación —. Esto va a ser muy divertido, ¿verdad?

Scarlett no estaba tan segura.

* * *

La cena pareció interminable. De alguna manera, Scarlett se encontró sentada casi en el extremo opuesto de la mesa de Hunter. No era una mesa demasiado grande, desde luego, solo para ellos

siete, pero, aun así, lady Raymond estaba sentada justo a su lado, con un aspecto particularmente encantado por ello.

Scarlett sabía que estaba siendo ridícula. La mujer no era más que agradable y encantadora, y simplemente estaba emocionada por ver a un viejo amigo de nuevo.

—Ah, y entonces… —dijo lady Raymond, continuando con la historia que estaba contando sobre un baile u otro que había tenido lugar en un salón de Londres—, Hunter me trajo un vaso de limonada, ¡pero tropezó a propósito y se lo derramó todo encima al despreciable lord Vale! ¡Qué suerte tuve de que estuviera allí para liberarme de las garras de ese hombre! ¡No habría soportado ni un instante más con él echándome el aliento en la cara!

Scarlett intentó forzar una risa junto con los demás, pero le resultaba cada vez más difícil a medida que lady Raymond hablaba. Lo peor de todo era que sabía que la mujer podría incluso caerle bien si no fuera porque todas sus historias trataban sobre Hunter. Por lo visto, todos se habían criado juntos, pues sus familias habían sido muy unidas, tanto en su relación como en proximidad.

Lavinia y lady Raymond habían sido las mejores amigas desde niñas. Pero había algo en la forma en que lady Raymond miraba a Hunter…

—Espero de veras que regrese usted a Londres también esta temporada, lady Oxford.

Scarlett tardó un momento en darse cuenta de que lord Raymond se dirigía a ella. Había estado tan absorta en la conversación del otro extremo de la mesa que había desatendido a sus propios compañeros de cena, y la culpa la invadió.

—Aún no lo he decidido —respondió Scarlett—. Puede que por un breve periodo.

—Espero *de veras* que lo haga —dijo él de forma significativa, y el corazón de Scarlett empezó a latir con bastante rapidez. ¿Estaba intentando decirle algo o simplemente era una tontería suya?

—Lady Oxford odia Londres —dijo Baxter arrastrando las palabras, las primeras que pronunciaba en toda la cena, y su esposa respaldó sus palabras con un asentimiento.

—Oh, sí, Londres no es para nuestra Scarlett —dijo ella con una sonrisa de afecto hacia su cuñada—. Aunque la he estado animando encarecidamente a que vuelva con nosotros en febrero. Baxter y yo preferimos quedarnos en el campo hasta bien pasado Año Nuevo, pero, por supuesto, Hunter está tan ocupado con su trabajo que regresará en breve. De hecho, tenemos suerte de que esté aquí con nosotros; ¡tenemos que agradecérselo al tiempo, si no a otra cosa!

—¡Oh, sí! —dijo lady Raymond, posando una mano en el hombro de Hunter—. Tu trabajo es tan admirable, Hunter, de verdad. ¿Me cuentas más?

—En realidad, no hay nada que contar —dijo Hunter, con una mueca de incomodidad mientras fruncía ligeramente el ceño. ¿Estaba despachando a lady Raymond o simplemente le molestaba que coqueteara tan abiertamente con él delante de los demás? Al menos, a Scarlett le parecía que sí. Quizá estaba malinterpretando la situación. Pero por la mirada que su madre le lanzó desde el otro lado de la mesa, Scarlett supo que ella también percibía la misma intención, aunque su madre, por supuesto, siempre era excesivamente recelosa.

Scarlett sintió un gran alivio cuando las damas por fin se retiraron al salón. Al rodear la mesa, viendo cómo Hunter empezaba a encender su cigarro puro, él le tendió la mano para coger la suya, se la apretó suavemente y le dedicó una pequeña sonrisa antes de que ella siguiera su camino. Fue tan rápido que no estaba segura de que nadie más se hubiera dado cuenta, pero una calidez comenzó a extenderse por su pecho ante el hecho de que él se hubiera tomado un momento para demostrarle que la apreciaba, que pensaba en ella, a pesar de los intentos de lady Raymond por acaparar toda su atención.

No pudo evitar devolverle la sonrisa, aunque sintió la mano de su madre en la espalda, instándola a entrar en la habitación contigua.

Scarlett eligió un asiento en el sofá de tapicería con estampado de rosas, pero tuvo que reprimir un gemido cuando lady Raymond se sentó a su lado, con sus faldas rosas flotando graciosamente alrededor de sus tobillos.

—Cielos, he comido demasiado —dijo la mujer con una risa—. No dejo de decirme que tengo que parar o pronto estaré demasiado redonda, pero entonces me ponen la cena delante ¡y no puedo evitarlo! Cómo desearía tener una figura como la suya, lady Oxford.

Lady Raymond le sonrió y la vergüenza comenzó a abrirse paso en el estómago de Scarlett, mientras se preguntaba si tal vez había malinterpretado las acciones anteriores de la dama. La mujer no había sido más que amable con ella y quizás solo estaba siendo amistosa con Hunter, poniéndose al día con un viejo conocido. Scarlett simplemente estaba siendo una esposa celosa, instruida por años de dudas y sospechas de su propia madre.

—Y a mí me encantaría tener unas curvas como las suyas —respondió Scarlett con sinceridad mientras observaba su propia estatura media, su talla media y sus pechos ligeramente demasiado pequeños.

Lady Raymond le sonrió con aire conspirador.

—Es usted una mujer afortunada, lady Oxford —dijo, con la voz apenas por encima de un susurro.

—¿Ah, sí?

—Su marido es el hombre más maravilloso que conozco —dijo con un suspiro nostálgico, y luego soltó una risita al ver las cejas arqueadas de Scarlett—. Oh, sé que no debería decir estas cosas. Jeremy es un hombre bastante agradable, sin duda, pero cuando éramos más jóvenes, siempre esperé que Hunter me viera como algo más que la amiga de su hermana pequeña. Tardé mucho en convertirme en una mujer, ¿sabe? No fue hasta después de casarme con Jeremy que me convencí de que era hora de que le demostrara a Hunter lo *femenina* que podía ser, si sabe a lo que me refiero. Espero que no te importe que te cuente estas cosas. Es solo que, por tu propio desprecio hacia tu marido y tu preferencia por pasar la mayor parte del tiempo separados, supongo que lo vuestro fue más bien un… arreglo. No es que haya nada de malo en ello.

Lady Raymond se reclinó, aún con la sonrisa en el rostro, las arrugas marcándose en las comisuras de sus ojos como si fueran niñas compartiendo secretos. Solo que no era el caso en absoluto. Aquella mujer hablaba del marido de Scarlett como si no fuera más

que un juguete que se podía compartir, que una mujer podía preferir a otra. ¿Cómo se atrevía? La ira creció en el vientre de Scarlett, ardiendo con tal intensidad que, cuando intentó hablar, le salió un balbuceo.

—Yo… Lady Raymond, creo que… eso no es…

—Oh, te he escandalizado. Lo siento mucho. Sé que debería tener más cuidado. Jeremy siempre me está diciendo que mida mis palabras. Lo hago, pero ahora estamos solo las dos y creo que nos entendemos.

—No nos entendemos en *absoluto* —siseó Scarlett—. Está hablando de mi *marido*, lady Raymond, y no pienso seguir formando parte de esta conversación ni un segundo más. Me ha insultado a mí y a mi matrimonio, y no lo consentiré. Le ruego que se mantenga alejada de nosotros.

—¿Scarlett? —Lavinia se acercó a ellas con expresión preocupada —. ¿Pasa algo?

—No es nada por lo que debas preocuparte, Nia —dijo, pues no quería involucrar a la hermana de Hunter en un conflicto con su amiga. En su lugar, Scarlett se levantó y se sentó al pianoforte. No era ninguna experta, pero haría cualquier cosa por alejarse de lady Raymond y sus viles palabras—. Nada en absoluto.

Capítulo Diecinueve

Scarlett estuvo inusualmente callada durante el trayecto a casa en trineo. Hunter habría deseado poder preguntarle qué le pasaba, pero con su madre sentada a su lado, sabía que no podía confiar en que ella fuera del todo abierta y sincera, así que, en lugar de eso, cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás, aprovechando el breve viaje de vuelta a casa para descansar, cansado por la falta de sueño de la noche anterior. El pensamiento lo hizo sonreír y esperó con ansias la noche que estaba por llegar.

«Bueno, eso espero», pensó abriendo un ojo para mirar a su esposa, que contemplaba el paisaje que pasaba ante ellos. Tenía la nariz pecosa ligeramente arrugada y el ceño fruncido, y él se preguntó en qué estaría pensando.

Cuando regresaron a casa, no le dio ni un momento a solas para que empezara a darle vueltas a lo que fuera que la estuviera molestando. No la conocía desde hacía mucho, pero se había dado cuenta de que Scarlett tenía la tendencia de darle vueltas a las cosas en su cabeza hasta convertirlas en algo mucho más grande de lo que eran, lo cual solo podía conducir a todo tipo de malentendidos.

Siguió el vestido plateado de Scarlett por Stone Hall. La luz de la luna se filtraba por las ventanas y se reflejaba en la tela, y parecía una princesa elfa entre las ramas y el acebo que adornaban la estancia. Estaba casi en las escaleras cuando él la alcanzó y la atrajo hacia sí.

—¿Hunter? —preguntó ella, mirándolo sorprendida—. ¿Ocurre algo?

—Has sido una descuidada —dijo él, bajando la mirada hacia ella —. Has pasado justo por debajo del muérdago y ni siquiera te has dado cuenta.

No le dio un instante para pensar, sino que bajó la cabeza y sus labios se encontraron con los de ella, besándola suave y delicadamente, mostrándole que sus sentimientos hacia ella eran más que simple pasión; que la amaba y quería que estuviera con él, que le devolviera el mismo gesto.

Aunque ella nunca se lo había dicho, él podía sentir la presión de sus labios correspondiéndole, y eso le dio esperanzas; esperanzas de que se quedaría con él, de que ya no lo rechazaría más.

Hunter rompió el beso y, con una mano en su espalda, la guio por el pasillo hasta su dormitorio. Sin embargo, no la dejó allí; la siguió adentro y, cuando ella se giró y se dio cuenta de que no se iba, se sentó en el borde de la cama mientras él avivaba el fuego del hogar. Al parecer, los sirvientes aún no habían regresado a sus quehaceres, pues la habitación estaba fría. Se fijó en que Scarlett se ceñía el chal con más fuerza sobre los hombros, y deseó ir hacia ella para calentarla de formas mucho más entretenidas, pero antes necesitaba aquel momento para tener una conversación sincera.

—Scarlett —dijo, sentándose en el sillón junto al fuego—. ¿Te gustaría contarme qué es lo que te preocupa?

Ella miró a un lado y a otro, hasta que finalmente se encontró con su mirada y suspiró. Se cruzó de brazos sobre el pecho.

—Lady Raymond.

—¿Madeline? —preguntó. No le sorprendía del todo. Madeline había mostrado un entusiasmo algo excesivo en sus atenciones hacia él, pero la conocía de toda la vida, ya que había sido una de las mejores amigas de Lavinia desde la infancia. Su coqueteo durante la cena no era nada nuevo; era simplemente su forma de ser. Siempre había sentido cierta debilidad por él, pero no eran más que los restos de un encaprichamiento juvenil. Aunque, si a Scarlett le importaba tanto, ¿significaba eso que sentía algo por él? Una nueva esperanza comenzó a crecer en su interior.

—Sí, *Madeline* —repitió ella, lanzándole el nombre—. Hunter, ¿alguna vez…?, es decir…, ¿habéis estado juntos Lady Raymond y tú?

—¿Juntos? ¿Con Madeline? ¿Te refieres a un sentido físico? —Sus ojos se abrieron de par en par, sorprendido, y no pudo evitar soltar una risita—. ¡En absoluto! Es…, es Madeline. Es como una hermana. La amiga de Nia. No me digas que estás celosa.

Scarlett empezó a jugar con su pelo. —No, claro que no —contestó, pero su rostro decía otra cosa—. Sin embargo, me ha dicho algunas cosas que me han hecho creer lo contrario.

—¿Ah, sí?

—Me ha dicho que siempre ha estado interesada en ti, pero que solo recientemente te ha mostrado sus artes de *mujer*. Y que no tenía ningún problema en decirme esas cosas a *mí* porque nuestro matrimonio era simplemente un acuerdo y no nos importa nada el uno al otro.

La incredulidad lo recorrió. ¿De verdad Madeline diría algo así? Pero al ver lo angustiada que estaba Scarlett, sabiendo que no se inventaría tal cosa, le hizo pensar lo contrario. ¿Qué razón tendría para inventar semejante mentira?

—Siento que te dijera esas cosas —le dijo él con delicadeza, extendiendo la mano para coger la de ella—. Pero no, Scarlett, nunca he pensado en Madeline en ese sentido. Es casi tan hermana para mí como la propia Lavinia. En cuanto a nuestro matrimonio…, nadie tiene derecho a hablar de él, aunque supongo que, hasta esta última semana, lo que dijo es cierto. Pero ya no.

Alargó la mano y le ahuecó la barbilla entre el índice y el pulgar. —Ahora ven aquí, esposa. Tenemos asuntos que atender.

Ella le dedicó una sonrisa temblorosa. —Lo siento —dijo, negando con la cabeza mientras se mordía el labio—. No debería haber dudado de ti.

—No, no deberías haberlo hecho —respondió él, tirando de ella para que se pusiera de pie mientras entrelazaba los dedos en su pelo—. Desde que me casé contigo, Scarlett, te he sido fiel, te lo prometo, a pesar de que no has querido saber nada de mí.

—¿De verdad? —preguntó ella, con los ojos ligeramente llorosos —. ¿Todos esos meses solo?

Él sonrió con aire compungido. —No diría que hayan sido tres meses *fáciles*. Pero siempre me dije que, cuando me casara, me esforzaría al máximo y, bueno, si te hubiera sido infiel desde el principio, no habríamos empezado con buen pie, ¿verdad?

—No —dijo ella, negando con la cabeza—. En absoluto. Has sido un buen marido para mí, a pesar de lo horrible que he sido contigo.

—No diría eso exactamente —repuso él, inclinando la cabeza—. Debería haber acudido a ti antes. Estaba demasiado absorto en mi trabajo. No puse ningún esfuerzo en lo nuestro.

—No te di muchos motivos para ello.

—Nunca he creído mucho en eso que llamas el espíritu navideño —dijo él pensativo—. Pero creo que ahora me he convencido de que los milagros existen.

—El espíritu navideño no tiene que ver con lo que te rodea —dijo ella, alzando la vista hacia él con los ojos brillantes—. Nace del interior.

Entonces la besó, tomando sus labios con los suyos, atrayéndola contra él. La anhelaba de una forma que apenas podía explicar. Ninguna otra mujer le había atraído de esa manera. No sabía si era porque era suya, o si era la propia Scarlett la que hacía que la sangre le latiera en las venas, pero estaba desesperado. Llevaba mucho tiempo sin ella —o sin ninguna mujer— y ahora no se saciaba.

La cogió en brazos, la depositó en la cama y empezó a desvestirla como si estuviera desenvolviendo un regalo. Empezó con suavidad, con delicadeza, pero pronto le quitaba la ropa con frenesí. Cuando por fin la tuvo completamente desnuda, se tomó un momento para apreciar la verdadera belleza que yacía bajo él antes de desvestirse. Hunter intentó ir despacio, tomarse su tiempo, pero ella lo atrajo hacia sí antes de que pudiera hacer nada más, y con unos pocos movimientos rápidos ambos jadeaban, gemían y, finalmente, encontraban la plenitud el uno en el otro.

Fue glorioso. Tumbado después, con su esposa durmiendo en sus brazos, sintió que no quería volver a separarse de ella nunca más.

* * *

Hunter ya debería haberse marchado, pensó Scarlett un par de días después. Las carreteras a Londres estaban despejadas y el tiempo, aunque gélido, se había mantenido estable. Sin embargo, se preguntaba por qué exactamente tenía que irse tan pronto. Pasaba gran parte del tiempo recluido en su despacho, y ahora ella caminaba por el pasillo desde su dormitorio, llamando a la puerta antes de asomar la cabeza.

—¿Hunter?

Él levantó la vista de sus papeles. Por un momento, su mirada fue confusa, indescifrable, pero pronto volvió al presente, sonriendo al ver qué —o quién— era su interrupción.

—Lo siento, puedo volver más tarde —dijo ella, dando un paso atrás.

—No, no —dijo él, haciéndole un gesto para que entrara—. Tú siempre eres una grata interrupción.

Entró en la habitación, pasando los dedos por el enorme escritorio de caoba. Los muebles de la estancia eran macizos, las paredes estaban cubiertas de retratos de los anteriores condes. Su padre era el marqués, como él lo sería algún día, pero estaba orgulloso de aquella residencia, que había pasado a formar parte de su familia unas generaciones atrás.

—¿Te hace ilusión convertirte en marqués algún día? —preguntó de repente, al ocurrírsele la pregunta al darse cuenta de que su propio papel también cambiaría entonces. Ya no sería la señora de esta única casa, que se había vuelto tan familiar para ella.

Su sonrisa flaqueó ligeramente. —No, no demasiado —dijo, reclinándose en la silla mientras la contemplaba—. Como has visto, no soy especialmente hábil administrando ni siquiera una finca. No deseo supervisar múltiples propiedades. Significa menos tiempo lejos de mis obligaciones en Londres.

Ella asintió, sabiendo mejor que nadie que lo que quisieran no importaba tanto, ya que lo que tuviera que pasar, pasaría.

—¿Te preocupa algo? —preguntó él.

—Bueno, ya que hablas de Londres… —dijo, apartándose finalmente de la pared del fondo y sentándose frente a él—. Me preguntaba cuándo piensas regresar. ¿De… de verdad tienes que hacerlo?

Él frunció el ceño, pasándose una mano por el pelo y alborotándoselo.

—No retomamos las sesiones hasta el primero de marzo —dijo él, haciendo girar la pluma entre sus dedos—. Pero como sabes, los documentos de la tregua se firmaron poco antes de que nos fuéramos de receso. Me preocupa el desenlace, la verdad, y prefiero estar implicado en las futuras decisiones. Creemos que son documentos verdaderos, pero uno nunca lo sabe con certeza a menos que esté en la sala cuando se firman. Aparte de todo eso, hay asuntos que pueden no parecer de gran importancia para la mayoría, pero que a mí me importan. Las fábricas de niños, las prisiones, los asilos. Debo conseguir apoyo para ellos para intentar generar un cambio. Estas cosas llevan tiempo y necesito a otros lores de mi lado.

Ella asintió. Estaba de acuerdo con él, por mucho que su corazón le dijera lo contrario.

También significaría volver a Londres, a la sociedad. ¿Quería eso? Apenas podía soportar un comentario mordaz de lady Raymond. Si regresara a Londres para la temporada, esas situaciones serían constantes. ¿Podría hacerlo?

—Admiro lo que haces —dijo con cuidado, sin querer prometer nada.

—Muy bien —dijo él, asintiendo—. Nia me ha estado dando la lata para que asista a su baile de Año Nuevo. Me quedaré hasta que pase y luego volveré a Londres, al menos por un tiempo. Sabes que eres más que bienvenida a volver conmigo. De hecho, me encantaría que lo hicieras.

Ella asintió, pero se negó a comprometerse a nada, aunque agradeció que él le permitiera tomar la decisión.

—Mi madre ha dicho que volverá a casa dentro de poco —dijo ella, y aunque él intentó ocultar su alivio, lo vio reflejado en su

rostro de todos modos—. Creía que te alegrarías —añadió, incapaz de ocultar la irritación en su voz.

—Tu madre es maravillosa —dijo él. Y como ella enarcó una ceja, continuó—: De verdad que lo es. Es solo que… no parece tenerme en especial aprecio.

—Mi madre se preocupa por mí —dijo Scarlett con un suspiro—. Le preocupa que me abandones, como mi padre la abandonó a ella.

—Nunca haré eso —le prometió—. Ahora…

—¿Milord? —lo interrumpió Abbot y, ante la consternación de Hunter, continuó apresuradamente—: Mis disculpas, milord, de veras, pero…

—Pero como yo no estaba dispuesto a esperar, su fiel mayordomo ha considerado que lo mejor era adelantarse para advertirle.

Scarlett se quedó sin aliento al oír la fría voz que llegaba de la puerta y se giró para ver entrar al padre de Hunter. Tenía un aspecto similar al de su hijo, pero donde Hunter era cálido y afable, el marqués era frío y calculador. La sonrisa que le dedicó a Scarlett la hizo estremecerse. Apenas había tratado al hombre, salvo durante la mañana de su boda. Su padre se había encargado del resto de los preparativos necesarios.

—Lady Oxford —dijo—. Qué alegría verla. Y a los dos juntos. Cuando me llegó la noticia de que mi hijo iba a pasar más de una semana fuera de Londres, supe que algo debía de retenerlo aquí. ¿Intentando concebir un heredero?

Scarlett ahogó un grito ante su descaro y miró a Hunter, que se levantó, rodeó su escritorio y se colocó delante de ella como si la protegiera de su padre. Sabía que Hunter lo respetaba y que se había esforzado por estar a la altura de sus expectativas, por lo que la grosería del marqués hacia ella la dejó conmocionada.

—Padre. ¿Qué hace usted aquí?

—También es un placer verte, Hunter. Tu madre y yo hemos decidido que queríamos ver a nuestros hijos en Navidad.

—Ambos odiáis la Navidad.

—Sí, bueno —se encogió de hombros—. Aquí estamos. Lady Oxford, ¿un momento a solas con mi hijo, si me hace el favor?

—¿Le importaría concedernos un momento o dos, padre? Scarlett y yo estábamos tratando unos asuntos, por así decirlo. Hablaré con usted inmediatamente después.

—¿Asuntos? ¿Con su esposa? —Enarcó una ceja hacia su hijo—. Muy bien. Tendré que ir a reunirme con las damas.

Scarlett se levantó de un salto. Sus palabras la hicieron darse cuenta de repente de que su madre estaba a solas con lady Rockingham. Por lo que sabía, los padres de Hunter no eran precisamente las personas más cálidas. Un comentario mordaz de su suegra podría destrozar por completo a su propia madre, que no tenía un carácter especialmente fuerte.

—No pasa nada —dijo, poniéndose de pie y posando una mano en el brazo de Hunter—. Los dejaré a los dos. Te veré en la cena, Hunter.

Empezó a salir de la habitación, pero su marido la agarró de los dedos, la atrajo de nuevo hacia él y le dio un beso en los labios antes de volverse para mirar a su padre, como si tuviera que demostrarle al hombre que su vínculo era algo más que una unión forzada por sus padres. Lord Rockingham sonrió con suficiencia.

Scarlett se estremeció.

Capítulo Veinte

—¿Crees que es un poco excesivo?

Scarlett dio una vuelta delante del espejo y las faldas de su vestido dorado con ribetes plateados relucieron a la luz de las velas. Marion la observaba con los ojos como platos.

—En absoluto —susurró—. Está usted gloriosa.

Scarlett se rio. —Oh, no digas tonterías. No soy yo, sino el trabajo de una buena costurera y una tela cara y preciosa. Y ahora, dime, ¿tienes algún plan para esta noche?

Sonrió cuando Marion se sonrojó y empezó a juguetear con la rígida tela negra de su vestido.

—Vamos a tener nuestro propio baile abajo, nada muy elaborado —dijo ella con un gesto de la mano—. Aunque Rupert estará allí, por supuesto, y, ¡ay, mi señora, nunca he conocido a nadie como él!

—Supongo que todo progresa bien, entonces.

—Ya lo creo —dijo Marion antes de hacer una pausa—. Bueno, así era, aunque ayer…

—¿Qué pasó ayer?

—Llegaron lord y lady Rockingham. La doncella de lady Rockingham es muy agraciada, sí que lo es. A Rupert casi se le salen los ojos de las órbitas cuando entró en el comedor de los sirvientes. Y se lo tiene muy creído, se lo digo yo, por ser la doncella de una marquesa y todo eso.

Parecía que Marion estaba tan ansiosa como la propia Scarlett por que los padres de Hunter se marcharan. Era un milagro que

tanto Hunter como Lavinia hubieran resultado ser tan cálidos y cariñosos como eran. Aunque a Scarlett le complacía que lord y lady Rockingham apenas se hubieran dignado a dirigirle más que unas pocas palabras desde su llegada, era difícil ver cómo también ignoraban prácticamente a sus propios hijos. Hunter parecía resignado y seguía con sus asuntos, pero Scarlett pudo ver la expresión de abatimiento en el rostro de Nia cuando su madre la había saludado con un beso frío, hablándole solo de los cotilleos del día.

—Se irán mañana, Marion, no te preocupes —dijo, sentándose en el taburete redondo frente a su tocador e impulsándose con el pie en el suelo para girar y quedar frente a Marion, que ahora estaba sentada en la cama—. Además, estoy segura de que Spicer ya sabe la mujer tan maravillosa que eres y lo afortunado que es de tener tu afecto.

—Eso espero, mi señora —dijo Marion con tristeza.

—Bueno —dijo Scarlett, levantándose y dirigiéndose a su armario —. ¿Qué pensabas ponerte para el baile?

—Mi vestido de los domingos, como siempre.

Scarlett miró a Marion por encima del hombro, con la sonrisa de nuevo en su rostro.

—Esta noche no.

Rebuscó entre su surtido de vestidos hasta que finalmente encontró uno de noche que favorecería el color de piel de Marion, permitiéndole destacar sin ser demasiado extravagante. —Debes ponerte este.

—Oh, mi señora. —A pesar de haber vestido a Scarlett con esa prenda muchas veces, Marion ahora miraba la tela con reverencia—. Jamás podría…

—¡Claro que puedes! —la animó Scarlett—. El rosa te sienta bien y no es demasiado recargado. Llamarás la atención, es cierto, pero solo lo justo. Es perfecto.

—Gracias —dijo Marion, radiante—. Se lo agradezco más de lo que imagina. Oh, mi señora, desearía…

—¿Sí?

—Le deseo toda la felicidad del mundo —dijo en un arrebato de emoción—. Siempre ha sido tan maravillosa conmigo, y solo espero que usted y lord Oxford encuentren de verdad el amor el uno por el otro para que puedan estar juntos como debe ser.

Apenas había pronunciado las palabras cuando Marion se tapó la boca con la mano. —Mis disculpas, mi señora, nunca debí decir eso.

Scarlett se rio entre dientes mientras dejaba el vestido sobre la cama. —No pasa nada, Marion, y agradezco tus buenos deseos. Ya veremos qué ocurre. De todos modos, debería ser una velada interesante, con mi madre y los padres de Hunter presentes en la fiesta de Lavinia. Lo que necesito ahora es un poco de suerte.

—Buena suerte, mi señora —dijo Marion, recogiendo el vestido rosa en sus brazos—. Y feliz Año Nuevo.

Cuando Scarlett bajó las escaleras y dobló la esquina, se sorprendió al encontrar el primer salón vacío. Se asomó al segundo salón y su mirada se posó en lord y lady Rockingham. Vaya por Dios. ¿La habrían visto? Quizá pudiera escabullirse… Maldición. Sí. Sí, la habían visto. Scarlett suspiró, pero se obligó a entrar en la sala y se dirigió a la silla que estaba frente a ellos.

—Buenas noches —los saludó. Lady Rockingham asintió, mientras que lord Rockingham simplemente la miró fijamente. Un tanto desconcertada, Scarlett se miró las manos antes de volver a mirarlos a ellos. Aunque no le hablaban, también parecían ignorarse mutuamente. Cielos, ¿cuándo iba a llegar Hunter?

—Nos complace mucho que nos visiten —dijo Scarlett, forzando una sonrisa.

—Esta es mi casa, ¿no es así? —dijo lord Rockingham con sequedad. Scarlett frunció el ceño, pero se tragó las palabras que amenazaban con salir en respuesta.

—Supongo que sí —respondió con toda la cortesía que pudo, aunque casi se atragantó con la frase—. ¿Ha visto a mi padre recientemente?

Sabía que el marqués era amigo de su padre, o un conocido, en cualquier caso. Sin embargo, al parecer, había hecho la pregunta equivocada, pues una expresión de rabia indisimulada cruzó el rostro del marqués.

—No, no ha visto a su padre —dijo la marquesa, hablando por fin. Le dedicó una sonrisa burlona a su marido—. Pero yo sí.

Scarlett la miró, perpleja. ¿Por qué lo habría visto a él la marquesa y no el marqués? ¿Acaso no se movían en los mismos círculos sociales? ¿Y por qué estaba el marqués tan enfadado…? Oh. Oh, no. No podía referirse a… Pero, por lo visto, sí. Lady Rockingham sonrió ante la cara de incredulidad de Scarlett.

—Su padre es un… viejo amigo mío también —dijo, tomando un sorbo del vino rojo sangre que sostenía en la mano—. ¿No es así, Spencer? Lord Rockingham se ha percatado de ello hace poco, querida. Ahora, Scarlett, me complace que pase tiempo con mi hijo. Volverá a Londres pronto, ¿verdad? No puede quedarse usted sola, recluida en esta horrible finca. ¡Por Dios! ¿Qué dirá la gente si sigue enviando a su marido a Londres solo? También es bastante importante que engendre un heredero pronto. Fue por eso por lo que se casaron, ¿no es así?

—No hay muchas más cosas para las que sirva una esposa —masculló lord Rockingham, lanzándole una mirada fulminante a su mujer.

—¿Perdóneme? —exclamó Scarlett por fin, y ambos se giraron para mirarla, asombrados.

—Aunque soy mucho más propensa a decir lo que pienso que la dama promedio, esto es más que inaceptable. Vaya, mi madre podría entrar en la habitación en cualquier momento, y preferiría enormemente que no escuchara las sandeces que usted dice.

—Tu madre siempre fue de natural delicado —dijo lady Rockingham con un resoplido, y Scarlett levantó las manos, exasperada.

—Hunter os quiere y os respeta a ambos —dijo en voz baja—. Sed los padres que él necesita.

—¿Ha terminado? —preguntó lady Rockingham, con una ceja arqueada.

En realidad, Scarlett tenía mucho más que decir, pero cuando abrió la boca para replicar, oyó unos pasos que entraban en la habitación.

—Buenas noches —dijo su madre suavemente desde el umbral, del brazo de Hunter—. Qué espléndidos estáis todos esta noche. Feliz Año Nuevo.

—Feliz Año Nuevo, mamá —dijo Scarlett, acercándose para abrazarla antes de lanzar una mirada de advertencia a lady Rockingham, que la ignoró con frialdad.

—Scarlett, estás… —la voz de Hunter se apagó mientras sus ojos comenzaban por el rostro de ella, dejando un rastro de fuego como si le estuviera pasando las manos por encima. Su escrutinio continuó hacia abajo para detenerse en su pecho, luego recorrió la extensión de sus faldas brillantes, antes de que sus ojos finalmente regresaran a su cara. Le guiñó un ojo, lo que no pasó desapercibido para la pareja del rincón, pues Scarlett oyó a lady Rockingham resoplar.

Como ya llegaban tarde, no tuvieron tiempo para tomar una copa, sino que empezaron a dirigirse hacia el carruaje. Mientras lo hacían, lady Rockingham se pegó al lado de Scarlett.

—Disfrute del encaprichamiento que siente por usted ahora —susurró—. No dura mucho.

Y con eso, se fue pasillo abajo por delante del resto, con la cabeza bien alta, majestuosa, mientras Scarlett la observaba con los ojos entornados durante todo el trayecto.

* * *

Lavinia se había superado a sí misma, creando una fiesta de Año Nuevo como ninguna que Scarlett hubiera visto antes. Aunque su casa con Baxter no era ni de lejos tan grande como Wintervale, ella tenía buen ojo para la belleza. Y aunque la familia Tannon nunca había reconocido la temporada navideña, siempre se habían asegurado de asistir —o ser anfitriones de— una celebración de Año Nuevo. Todos los asistentes acudían con sus mejores galas, y lord y lady Rockingham nunca eran de los que rehuían exhibir lo mejor de lo mejor.

Y elegantes estaban todos esa noche. Un par de docenas de personas se congregaban en el salón de baile, muchas de las cuales

habían viajado una distancia considerable para estar allí. Afortunadamente, el tiempo había aguantado y los vientos seguían soplando del sur, lo que auguraba buenas nuevas para el año venidero, si Hunter recordaba bien la frase. Solo podía esperarlo, después del gélido invierno que habían soportado hasta entonces.

Sin embargo, ninguno de los presentes era tan encantador ni tan hermoso como su esposa. Brillaba más que cualquier estrella en el firmamento, y él notó un buen número de cabezas girándose hacia ellos cuando entraron en el salón. Lavinia prácticamente saltó hacia ellos, dándoles la bienvenida e instándolos a entrar en la sala. Baxter les asintió, con una copa en la mano y otro puro apagado colgando del labio.

Hacía tiempo que Hunter no asistía a un evento en la zona, aunque había visto a muchos miembros de la alta sociedad en Londres. Por lo visto, él y Scarlett —sobre todo juntos— eran una novedad. No tardó en verse rodeado de hombres que le preguntaban por las firmas de paz justo antes del receso de Navidad, y Scarlett se excusó con una sonrisa, asintiéndole antes de ir a reunirse con Lavinia, que estaba encantada de presentarle a Scarlett a muchos de sus amigos que no eran de la zona.

Curiosamente, Lavinia apenas hizo caso a sus padres, que permanecían de pie observando el salón de baile, con un desdén evidente en sus narices respingonas y las miradas frías que paseaban por la sala. Cuando Lavinia miró en su dirección, Scarlett pudo leer el dolor en su mirada, y se propuso ser tan buena amiga —y cuñada— para Lavinia como pudiera. También sintió que ya era hora de que alguien les dijera exactamente la consternación que estaban causando a sus hijos. Cuando Scarlett vio a su madre unirse a los dos, decidió que ella misma debía unirse a la conversación.

—Qué casa tan encantadora tiene su hija —le estaba diciendo su madre al marqués y a la marquesa.

—Está bastante bien, supongo —dijo lady Rockingham—. Por qué insistió en casarse con Baxter Shaw es algo que nunca sabré. Un vizconde está bastante bien, pero el hombre…

—Ama a Lavinia —terminó Scarlett. A ella misma no le importaba demasiado Baxter, pero él amaba a Lavinia. Deberían alegrarse de

que su hija hubiera encontrado un matrimonio feliz.

—Sí, bueno —resopló lady Rockingham—. Con el amor no se llega muy lejos.

Era un punto en el que lady Halifax parecía estar de acuerdo, pues asintió lentamente con la cabeza, con una sonrisa triste en el rostro.

—Hunter y Lavinia están encantados de tenerlos aquí para la celebración de Año Nuevo —dijo Scarlett—. Los han echado de menos.

Lord Rockingham resopló como si hablar de tales emociones estuviera por debajo de su dignidad, mientras que lady Rockingham la miró con el ceño fruncido. —Ambos han encontrado su lugar en la vida —dijo—. Ya no necesitan a sus padres.

—Uno siempre quiere a sus padres —dijo Scarlett, mirando a su propia madre, preguntándose cómo sería vivir sin su amor. Incluso su padre, a quien le guardaba rencor por cómo trataba a su madre, la quería a su manera, y nunca dudó de que le proporcionaría cualquier cosa que pudiera necesitar si tan solo se lo pidiera.

—Oh, no sea tan cursi —dijo lady Rockingham—. Para eso están las niñeras y las institutrices, para cuidar de los niños.

La pena le oprimió el pecho a Scarlett al pensar en Hunter y Lavinia de niños, ignorados por sus padres. Se los imaginó esperando, cada Navidad, un gesto de reconocimiento que nunca llegaba. Al menos, siempre se habían tenido el uno al otro.

—Ah, Madeline Lancaster está aquí —dijo lady Rockingham, cambiando de tema, mientras una lenta sonrisa se dibujaba en su rostro—. Aunque, por supuesto, tenía que estarlo, dado que ella y Lavinia siempre han sido muy buenas amigas.

—Sí, nos encontramos con ellos la otra noche —dijo lady Halifax, sin ofrecer más información.

—Siempre había pensado que ella y Hunter... En fin, no importa —dijo lady Rockingham, dedicándole una sonrisa gélida a Scarlett—. Prefirió casarse con Jeremy Lancaster antes de que Hunter estuviera listo para casarse, así que no deberíamos seguir hablando de ello, ¿verdad?

—De hecho, ella y Hunter están en la pista de baile en este preciso instante —añadió lord Rockingham, uniéndose por fin a la conversación.

—Ah, pues sí —dijo lady Rockingham con una sonrisita de superioridad y un brillo en la mirada al fijarla en Scarlett—. Hacen buena pareja, ¿no cree?

Scarlett había intentado hacer las paces con los padres de Hunter, de verdad que sí. Pero no podía soportar ni un segundo más de conversación con ellos. Cogió a su madre del brazo y la guio a través del salón. Sentía los ojos de su madre clavados en ella, pero no quería hablarle de Hunter y la bella lady Raymond. Hunter le había dicho que le era fiel y que siempre lo sería, y ella le creía. Pero eso no cambiaba lo mucho que le dolía verlo reír y coquetear con otra mujer. ¿A esto se vería reducida si lo seguía a Londres? ¿A observar desde la barrera mientras él vivía su vida como un apreciado miembro de la alta sociedad?

Levantó una mano para juguetear con un rizo, enrollándoselo en los dedos, mientras no podía evitar observar a la pareja recorrer el salón de baile. ¿Qué iba a hacer?

—Ten cuidado, Scarlett —fue todo lo que dijo su madre a su lado, mientras le ponía una mano en el brazo—. Por favor, cariño... solo ten cuidado.

Capítulo Veintiuno

Afortunadamente, todos sus padres se marcharon a primera hora del día de Año Nuevo.

Se habían quedado en casa de Lavinia hasta bien entrado el primer día de 1814. Hunter había encontrado a su esposa a tiempo para besarla cuando el reloj dio las doce, aunque el beso de ella no pareció tan apremiante como de costumbre. Parecía... distraída, aunque probablemente se debía a los muchos otros invitados que había cerca. También la había visto hablar antes con sus padres, lo que siempre era la receta para el desastre. Él había estado deseando llevársela a casa y celebrarlo de una manera mucho más íntima, solo ellos dos.

Aquella mañana, a la luz del día que entraba por la ventana, cerró los ojos para recordar su reluciente vestido plateado, que le sentaba tan bien a Scarlett, aunque él prefería con mucho cuando este se convertía en un amasijo de tela en el suelo de su alcoba. Había apreciado el brillo de la pálida piel de Scarlett, iluminada por el fuego del hogar, incluso más que el precioso vestido que tantos en la fiesta habían comentado.

Era un hombre afortunado, había pensado mientras se quedaba dormido la noche anterior. Un hombre muy afortunado, desde luego.

Y ahora, en la casa solo estaban ellos dos, por fin a solas. Sonrió mientras se levantaba de la cama después de que Scarlett saliera corriendo de la habitación por la puerta contigua que daba a sus aposentos, justo cuando Spicer entraba desde el pasillo.

—¡Buenos días, milord! —bramó el hombre, y Hunter se llevó una mano a la cabeza. Se había permitido unas cuantas copas la noche anterior, y ahora Spicer parecía demasiado alegre.

—Feliz Año Nuevo, Spicer —murmuró, y su ayuda de cámara le respondió de la misma manera.

—Parece... excesivamente complacido esta mañana.

—Lo estoy, milord, lo estoy —respondió Spicer—. Todos mis deseos para este año nuevo se hicieron realidad en las primeras horas. ¡Voy a casarme, milord, a casarme!

—¿Qué? —Hunter se espabiló entonces, con los ojos muy abiertos—. ¿Con la doncella?

—Con Marion Parker —dijo Spicer, con la mirada perdida más allá de Hunter, a través de la ventana—. Aunque... supongo que debería haber hablado con usted primero, milord. Ya sabe, como ambos estamos a su servicio y todo eso...

—No se preocupe, Spicer —dijo Hunter, negando con la cabeza y una sonrisa mientras le tendía la mano a su ayuda de cámara—. Enhorabuena.

—Gracias, milord. ¡Muchas gracias!

Y ahora todo lo que Hunter tenía que hacer era convencer a su esposa de que ellos dos estaban tan hechos el uno para el otro como su ayuda de cámara y la doncella de ella.

* * *

—¡Oh, milady, ojalá hubiera estado usted allí! —le estaba contando Marion la misma historia a Scarlett, aunque con un poco más de detalle, en la habitación de al lado—. Bueno, no es que usted hubiera ido a una reunión de sirvientes, por supuesto, pero...

Scarlett levantó una mano con una ligera risa. —Entiendo lo que quiere decir, Marion. Continúe, por favor.

—Bueno, la doncella de lady Rockingham estaba allí, por supuesto, con lo que ella pensaba, estoy segura, que sería el vestido más deslumbrante de todos. Pero entonces, cuando llegué con *su* vestido, ¡oh, milady, debería haber visto cómo se le abrieron los

ojos! Y estaba prácticamente colgada del brazo de Rupert, pero en el momento en que entré, nuestras miradas se encontraron y le juro que fue la última vez que cualquiera de los dos miró a otro lado en toda la noche. Cuando llegó el Año Nuevo, me besó, y luego se arrodilló delante de mí y me pidió que fuera su esposa... ¡su esposa! —Marion tenía los ojos llenos de lágrimas mientras se acercaba a Scarlett—. ¿Le parecería bien, milady? ¿Que me casara, y con otro miembro del servicio?

—Por supuesto —le aseguró Scarlett, agarrando las manos de Marion—. Solo quiero que sea feliz, y parece que su Rupert la hace así.

—Oh, sí que lo hace —dijo Marion con un suspiro—. De verdad que sí.

—Debe saber, sin embargo... —Scarlett se interrumpió, con la mirada perdida en los árboles cubiertos de nieve tras la ventana—. Puede que tenga que elegir, Marion. No quiero perderla como mi doncella, de verdad que no, pero si yo permanezco en el campo mientras lord Oxford está en Londres, y si usted se queda conmigo, puede que pase meses sin ver a su marido. Estoy segura de que podemos encontrarle otro puesto si lo prefiere, para que pueda acompañarlo.

Marion abrió ligeramente la boca, sorprendida. —Pero, milady, yo pensaba...

Se calló al ver la expresión de Scarlett.

—Esperaré su decisión —murmuró, y Scarlett asintió, girando la cabeza antes de que su doncella se diera cuenta de que los ojos se le empezaban a llenar de lágrimas. Quería quedarse con Hunter, de verdad que sí, pero tenía miedo; miedo de en quién se convertiría si le entregaba su corazón por completo, si lo seguía a Londres, donde presenciaría a las damas de la alta sociedad bailar y coquetear con su marido como había hecho lady Raymond la noche anterior.

Apenas debería estar celosa. Por supuesto, Hunter bailaba y hablaba con otras mujeres, como todos los hombres en la buena sociedad, pero siempre volvía a ella. Aunque su corazón se henchía de gratitud hacia él por ello, no quería tener que experimentar esas emociones contradictorias noche tras noche, unidas a su odio por la

ciudad. Quizás era mejor quedarse aquí sola, ignorante de todo lo que ocurría en Londres.

Suspiró mientras se vestía con un alegre vestido amarillo que contradecía su estado de ánimo. Porque Hunter volvería pronto, lo sabía. La pregunta era, ¿lo acompañaría o no?

* * *

Hunter habló largo y tendido sobre su regreso a Londres durante el desayuno de aquella mañana. Podía admitir que se estaba comportando como un cobarde al no preguntarle directamente a su mujer si se dignaba a volver con él, pero no quería oír su negativa, no quería pensar en que rechazara su petición. Y así, decidió que simplemente daría por sentado que le acompañaría y que, sin duda, ella le seguiría la corriente. Como no protestó por ninguna de sus ideas, lo interpretó como su consentimiento.

—Mañana por la mañana, entonces —dijo él con un asentimiento —. Será perfecto, desde luego. Lord Falconer podrá concederme una audiencia al día siguiente, y deberíamos ponernos manos a la obra para determinar la mejor manera de organizar tus obras de caridad antes de que deba regresar a la Cámara de los Lores. También volveremos a Wintervale en unas semanas, ya que debo encontrar un nuevo administrador, por supuesto, pero por suerte no estamos lejos de Londres.

Scarlett asintió, y aunque Hunter pudo percibir su vacilación, estaba seguro de que se trataba simplemente de nervios por el regreso a Londres, pues sabía que hacía tiempo que no estaba allí.

—Scarlett —dijo en voz baja, cogiéndole la barbilla entre el índice y el pulgar para inclinar su cabeza hacia él—. Sé que Londres te trae recuerdos desagradables. Pero viviremos en nuestra propia casa, creando nuestros propios recuerdos, nuevos y felices. Jamás te haré lo que te hizo tu padre, lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé.

—Entonces no temas. Si alguna vez necesitas algo, estaré ahí para ti, tienes que creerme.

—Claro que sí, Hunter. Pero...

—¿Pero qué?

—Tú ya tienes tu vida allí. Tu trabajo, tus clubes, tus amigos. No deseo depender por completo de ti.

—Tienes tus propias aficiones —dijo él, frunciendo el ceño—. Tendrás tus obras benéficas, y estoy seguro de que harás voluntariado. También tendrás mucho tiempo tanto para tus amigos como para tus caballos.

—Mis caballos y mis amigos están aquí —dijo ella en voz baja—. Aunque supongo que tienes razón, tendré mis obras de caridad, y te agradezco que lo organices todo por mí.

—Hyde Park puede ser un lugar maravilloso para montar —dijo con un tono que esperaba que sonara alegre—. Y harás nuevos amigos, ya verás. Lavinia llegará a Londres para marzo. ¡Y la gente te adorará! Todo irá bien, no te preocupes, cariño.

Sin embargo, al observar su expresión de consternación, se dio cuenta de que intentaba convencerse tanto a sí mismo como a ella. Porque tenía razón. Él *estaba* bastante ocupado en Londres. Aquel tiempo en el campo había sido un respiro maravilloso, y estaba agradecido por él en muchos sentidos, ya que le había brindado la oportunidad de enamorarse de la mujer sentada frente a él, la mujer que era amable, generosa, aventurera y hermosa..., y que en ese momento lamentaba en silencio tener que dejar el hogar que había llegado a conocer tan bien. Él lo entendía, pero ¿qué otra cosa podía hacer? Desde luego, no quería dejarla de verdad. Harían que funcionara.

Pero aquella noche, mientras le hacía el amor a Scarlett, cuando ella empezó a temblar a su alrededor, alcanzando el clímax, sus brazos le rodearon con tal fuerza, con las lágrimas goteando sobre su hombro, que él no pudo evitar el temor en su pecho al preguntarse si, en realidad, se estaba despidiendo.

* * *

A la mañana siguiente, Scarlett estaba de pie en su habitación, mirando la maleta que tenía delante. Sabía que Hunter quería marcharse antes del mediodía para aprovechar al máximo la luz y el calor del día. El carruaje estaba listo, sus maletas hechas. Pero cuanto más tiempo permanecía allí, más rápido le latía el corazón. Se acercó a la ventana y contempló los terrenos cubiertos de nieve. Sabía que lo que él esperaba de ella no era nada fuera de lo común, que era lo típico en un matrimonio: ir donde el marido necesitaba estar. Y, sin embargo, todo su ser anhelaba quedarse. Había llegado a amar la tierra, la gente, la finca. Aquel era su hogar. Volverían, cierto, pero no sería hasta que la nieve se hubiera derretido, la tierra se hubiera descongelado y los jardines volvieran a florecer con el sol del verano.

¿Podría hacerlo? ¿Podría dejarlo todo por Hunter? Sabía, en el fondo de su corazón, que lo amaba con todo su ser, y eso la asustaba incluso más que el simple hecho de marcharse. Porque si se iba, todo su mundo giraría en torno a él. Todas sus emociones estarían ligadas a él, mientras que él se dedicaría por entero a otras causas y propósitos. No era una vida que hubiera deseado jamás. Y, sin embargo, allí estaba.

Mientras Marion correteaba por la habitación, guardando todo lo esencial que le quedaba a Scarlett, esta avanzó lentamente, poniendo un pie delante del otro mientras recorría el pasillo y bajaba las escaleras, intentando sofocar el pánico en su interior. Con el estómago revuelto, se detuvo en el umbral entre el Salón del Roble y el vestíbulo. Levantó la vista, vio el muérdago colgando sobre ella y las lágrimas volvieron a asomar a sus ojos.

Cuando inclinó la cabeza hacia atrás, se encontró a Abbot de pie, mirándola con una sonrisa amable.

—No hemos quitado la decoración de Navidad —dijo ella con tristeza—. Normalmente espero hasta la Duodécima Noche, pero...

—No se preocupe, mi señora, nos encargaremos encantados —dijo él asintiendo con la cabeza—. La echaremos de menos, desde luego, pero está donde debe estar.

—Oh, sí —dijo la señora Shepherd, uniéndose a él, y ambos le sonrieron radiantes como si fueran unos padres orgullosos—.

Estamos muy contentos de que usted y mi señor vayan a estar juntos, como debe ser.

Scarlett asintió con rigidez, y de repente sintió un brazo deslizarse a su alrededor. Se giró y encontró a su marido de pie frente a ella, con su traje formal cubierto por una capa y un sombrero de piel en la cabeza.

—Un último beso bajo el muérdago —dijo, dándole un rápido beso en los labios. Ella empezó a caminar por la puerta que él le sostenía, pero una vez que cruzó el vestíbulo, con el pie en el límite del pórtico, se detuvo. Parecía incapaz de dar un paso más, con el cuerpo paralizado mientras miraba ante sí, al carruaje rodeado de nieve, con los árboles de hoja perenne como telón de fondo.

—No puedo —dijo, y las palabras brotaron de sus labios antes de que tuviera tiempo de pensar en ellas, o en las consecuencias.

—¿Qué ocurre? —preguntó Hunter, posando con suavidad la mano en su espalda—. ¿Va todo bien?

—No —dijo ella, negando con la cabeza—. No va todo bien. Quiero estar contigo, Hunter, de verdad que sí, pero…, pero no puedo volver allí. Ni ahora ni por varios meses. Te veré cuando vuelvas. Lo esperaré con ansias, de verdad, y he adorado el tiempo que hemos pasado juntos. Pero no puedo volver contigo. Lo siento.

Y dicho esto, se dio la vuelta y echó a correr por donde había venido mientras Hunter la llamaba por su nombre.

—¡Scarlett! —gritó él. Sus pasos resonaban tras los de ella, y finalmente Scarlett se detuvo en medio de Green Hall, sabiendo que nunca podría dejarlo atrás—. No hagas esto —le suplicó, con los ojos llenos de desesperación—. Todo irá bien, te lo prometo. Solo ven conmigo.

—¿No podrías quedarte? —preguntó ella, con el pecho henchido de esperanza. Pues, en realidad, no lo requerían en Londres hasta dentro de unos meses. No, él simplemente *elegía* estar allí—. ¿Al menos por un tiempo?

—Debo volver —dijo él, con voz profunda y grave—. Por favor, Scarlett, ¿no vendrás conmigo? Te quiero, y quiero…, *necesito* que estés conmigo.

—No puedo —susurró ella, con la voz quebrada—. Te veré cuando vuelvas, sea cuando sea. Lo siento.

Y dicho esto, echó a correr de nuevo, y el eco de sus botas resonó por el pasillo. No supo si sentirse aliviada o consternada al ver que él no la seguía.

Capítulo Veintidós

Scarlett casi subió corriendo las escaleras hasta su dormitorio, dio un portazo y se dejó caer en cuclillas contra la puerta, hasta que se encontró hecha un mar de lágrimas en el suelo. Eso no era propio de ella, en absoluto. Normalmente era una mujer segura, confiada, dispuesta a afrontar cualquier riesgo que se le presentara. Su madre había tenido razón. Era el amor lo que la volvía así. Débil. Inconstante. Insegura. Había estado resuelta a irse con Hunter a Londres, hasta ese último momento. Ahora la odiaría, estaba segura de ello. ¿Encontraría consuelo en los brazos de otra? ¿Alguien como lady Raymond? La idea le provocó un dolor que nació en su corazón y se extendió por todo su cuerpo; sus extremidades prácticamente temblaban con él.

Se meció hacia delante y hacia atrás sentada en el suelo, con los brazos rodeándole las rodillas. No supo cuánto tiempo permaneció así hasta que finalmente sonaron unos suaves golpes en la puerta.

—¿Mi señora? Mi señora, ¿se encuentra bien?

Marion. Oh, Dios mío. Scarlett había estado tan absorta en sus propios problemas que se había olvidado por completo de Marion. Y ahora el señor Spicer ya estaría lejos con su señor. Al huir de Hunter, en la práctica había impedido que ellos dos estuvieran juntos.

—¡Marion! —exclamó, abriendo la puerta. La muchacha casi entró tropezando—. Oh, Marion, lo siento tanto. Nunca pensé... Debería haber...

—No pasa nada —dijo Marion con una sonrisa amable—. Ya lo solucionaremos. No podía dejarla, no ahora. No así. Lo siento, mi señora, pero no he podido evitar oír su conversación con lord Oxford. ¿No cree que podría llegar a disfrutar de Londres? ¿Quizá con el tiempo? Podría incluso ir y venir de aquí a la ciudad, ¿no?

—Probablemente tengas razón, Marion —dijo Scarlett con un suspiro, dirigiéndose a la ventana, con la capa arrastrándole por el suelo. El carruaje ya no estaba a la vista, perdido hacía tiempo entre los ventisqueros de más allá—. Supongo que podría. Quiero una vida con él, de verdad, pero temo que una vez que estemos en Londres, *nuestra* vida se convierta en *su* vida. Y si algo sucediera, estaría completamente perdida.

—Como su madre.

—Como mi madre.

—No creo que lord Oxford sea como su padre, si me permite el atrevimiento, mi señora —dijo Marion con vacilación—. Aunque solo usted lo sabe con certeza.

—¿He cometido un error? —preguntó Scarlett, apartándose de la ventana y mirando a su doncella con aire suplicante.

—Eso no me corresponde a mí decirlo, mi señora —murmuró Marion—. Solo sepa que estoy aquí para lo que necesite.

—Gracias, Marion —dijo Scarlett con una leve sonrisa.

—Ah, y mi señora... —Marion sacó un paquete que había tenido oculto a la espalda—. Mi señor me pidió que le diera esto.

¿Por todos los cielos, qué...? Scarlett miró a Marion interrogante mientras cogía el pequeño paquete envuelto en papel marrón. Le dio vueltas entre las manos, tirando del cordel que lo ataba.

—¿Qué podrá ser? —murmuró, concentrada en abrirlo.

—No sabría decirle, mi señora —respondió Marion—. ¿Quiere que me vaya?

—No, no, quédate —dijo Scarlett mientras se acercaba a su tocador y se sentaba en el taburete. Por fin consiguió rasgar los últimos restos del envoltorio y sacó una prenda de ropa. Al desplegarla, un trozo de papel se cayó, y por muy curiosa que estuviera por el regalo, primero necesitaba saber qué decía la nota.

«Feliz Navidad, mi amor», era todo lo que decía. Y en sus manos sostenía un par de calzones, que parecían hechos exactamente a su medida. Las lágrimas volvieron a brotar de sus ojos, pero esta vez por una razón completamente distinta. Él no solo la amaba, sino que la *conocía*. La amaba a pesar de que montaba a caballo de la forma menos femenina posible, y no solo lo aceptaba, sino que la animaba a ello.

—Hay algo escrito en el reverso, mi señora —dijo Marion casi en un susurro.

Scarlett recogió el papel que había dejado sobre el tocador.

«Aunque esto no es un regalo tangible, he creado una fundación para ti. Puedes elegir las organizaciones benéficas, ya sea en el pueblo o en Londres. Los fondos están disponibles y puedes administrarlos como mejor te parezca».

Parpadeó. ¿Lo decía en serio? Sabía que le había hablado de lo que quería, pero que él se adelantara, que creara algo para ella, era increíble. Le daría un propósito, más allá de una simple vida creada a su alrededor.

Mientras las lágrimas se deslizaban por sus mejillas, pensó en cómo él había acogido la Navidad, a pesar de no estar particularmente enamorado de la festividad. Le había demostrado con su amor cuánto la deseaba, la había defendido ante sus padres, ante sus amigos, permaneciendo a su lado siempre que lo había necesitado.

Y todo esto después de que ella hubiera sido tan fría con él. Y luego lo había abandonado, incapaz de superar sus dudas.

Había cometido un error, al permitir que su miedo se impusiera a todo lo demás, incluso a su amor por él. Tenía que arreglar las cosas, decirle exactamente lo que sentía.

Él se había llevado el carruaje. Seguramente podría alcanzarlo a caballo.

Empezó a ponerse los calzones, pidiéndole a Marion que le buscara su ropa de montar.

—Tengo que alcanzarlo, Marion. ¡*Tengo* que hacerlo!

* * *

Mientras el carruaje traqueteaba por el camino lleno de baches alejándose de Wintervale, Hunter sintió que había dejado un trozo de sí mismo atrás. En poco más de una semana, su esposa se había convertido en una parte tan importante de él como una de sus propias extremidades. Cuando volviese a casa, había esperado que pudieran encontrar la manera de forjar una verdadera unión, pero nunca habría imaginado crear un vínculo tan fuerte. Había pensado que ella sentía lo mismo, había intentado sonsacarle las palabras, pero estas nunca llegaron. ¿Acaso se había limitado a imaginar la forma en que ella le correspondía? Le había dicho que la amaba una y otra vez, y todo lo que había recibido a cambio era una cálida sonrisa, un beso suave o palabras tiernas que, si bien eran bienvenidas, no correspondían a sus sentimientos.

Si lo amara, como de verdad necesitaba que lo hiciera, se habría venido con él. Pero sin ese amor, no había encontrado el valor para superar todos sus miedos. Se habían fallado el uno al otro, y ahora él ya no volvería a ser el mismo.

Se agachó, con los codos en las rodillas y la cabeza entre las manos. Al levantarlas por fin, miró por la ventanilla los árboles de hoja perenne que pasaban. Nunca volvería a mirar la vegetación de la misma manera, pensó con una sonrisa pesarosa. Frotándose las manos, abrió su pequeño maletín para buscar la correspondencia que necesitaba revisar antes de reunirse con lord Falconer al día siguiente. Mientras sacaba los documentos con las manos enguantadas, algo cayó de la bolsa al suelo del carruaje. Iba a dejarlo allí, pero un destello rojo le llamó la atención. Lo recogió, y sus ojos se abrieron de par en par, asombrados, al contemplar la ramita de acebo que sostenía en la mano. ¿Cómo había llegado hasta allí?

La hizo girar entre los dedos, sorprendido por el calor que empezaba a crecer en su interior al pensar en los árboles de fuera, en la nieve que se arremolinaba contra la ventanilla del carruaje y en las pequeñas bayas rojas envueltas en verde que ahora sostenía en

la palma de la mano. Ese calor era la Navidad. Y la Navidad era Scarlett. Ella le había hecho amar esa festividad, le había hecho creer que el amor verdadero podía existir entre dos personas. Lo había rechazado, sí, pero tenía sus propios demonios, un pasado que había compartido con él, y él la había abandonado demasiado pronto.

La había presionado, exigiéndole que regresara a Londres con él, sin considerar que tal vez, para poder estar juntos, debían llegar a un acuerdo. Era cierto que él nunca podría pasar todo el tiempo en el campo, pero ¿no podría pasar más tiempo allí? Además, no vivía especialmente lejos de Londres. ¿Sería de verdad tan difícil llegar a un acuerdo? Había esperado que ella cambiara su vida para amoldarse a la suya. Pero estaba siendo demasiado terco, demasiado anclado en sus costumbres. Nunca debería haberse ido, pero eso no significaba que no pudiera volver y arreglar las cosas.

Hunter golpeó el techo del carruaje para avisar a su cochero.

—¡Chaucy! ¡Dé la vuelta! ¡Vamos a casa a por mi esposa!

* * *

El viento azotaba las orejas de Scarlett con una frialdad creciente. Había sido una estúpida. En su prisa por perseguir a Hunter, se había vestido apresuradamente —aunque bien abrigada— y había corrido a los establos. Allí, el sorprendido mozo de cuadra la había ayudado a preparar su montura, y ella había rechazado sus repetidos ofrecimientos de acompañarla. ¿Por qué no se lo había permitido? Se recriminó ahora por su precipitada decisión. Supuso que se había imaginado a sí misma encontrando a Hunter y haciéndole alguna declaración romántica, y había considerado que resultaría un tanto ridículo con un mozo de cuadra acompañándola.

Pero ahora el cielo, que estaba soleado cuando ideó este plan precipitado, empezaba a oscurecerse, el viento arreciaba y la temperatura descendía rápidamente. Avanzaba a buen ritmo, pero ¿sería lo bastante rápido? Ya se le empezaban a entumecer las manos por el frío, y le musitó una disculpa a Star. Para entonces,

esperaba estar más cerca de Hunter que de casa, así que siguió adelante.

El sendero serpenteaba por los acantilados junto al río, pero si había algo en lo que confiaba, era en el paso firme de su caballo. Sin embargo, al rodear el camino que daba al lago helado, de repente Star se encabritó. Scarlett apretó con fuerza los muslos, pero tenía las manos tan frías que no pudo agarrar bien las riendas y estas se le escurrieron de los dedos mientras salía despedida hacia atrás. Aterrizó con fuerza en el sendero, y una punzada de dolor le partió el tobillo y le subió por la pierna. Ahogó un grito por la conmoción y se quedó sin aliento.

Sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas mientras luchaba por reprimir el pánico, hasta que finalmente logró mantener el control. Le dolía el pecho, pero, al menos, podía volver a respirar.

—Una estúpida, Star, eso es lo que soy —le musitó a su caballo, que se inclinó y le rozó la oreja con el hocico en señal de apoyo—. ¿Por qué se había asustado? Star era un animal bien adiestrado que nunca antes había fallado.

Scarlett se puso a cuatro patas, intentando determinar hasta qué punto estaba lesionado su tobillo. Le palpitaba dolorosamente, pero mientras pudiera subirse a Star, estaría bien. Scarlett intentó ponerse de pie, pero cuando trató de apoyar peso en el tobillo, este se le dobló, incapaz de soportarlo.

Agarrándose al estribo que colgaba de Star, Scarlett consiguió ponerse de pie sobre una sola pierna, pero entonces se enfrentó a un dilema. No podía apoyarse en el pie izquierdo para meter el derecho en el estribo, y si se apoyaba en el derecho para meter el pie izquierdo, no podría hacer fuerza con él para montar. Saltó sobre una pierna, agarrando el pomo mientras intentaba izarse, pero solo consiguió deslizarse de nuevo hacia abajo; le dolía el pecho una barbaridad y seguía respirando con dificultad. Star era demasiado alto, demasiado ancho de lomo.

Scarlett gimoteó ante lo desesperado de su situación. Nadie saldría con una tormenta como esta. Nadie la encontraría. Tenía que encontrar una forma de salir de esta por sí misma.

Por si acaso, lanzó un grito, esperando lo imposible: que alguien la oyera y pudiera ayudarla a salir del apuro en el que estúpidamente se había metido.

—¡Socorro! ¿Hay alguien ahí? ¡Por favor, ayúdenme! —gritó, y se sobresaltó tanto que casi volvió a chillar cuando las ramas de los árboles empezaron a susurrar a su lado.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí?

Sin embargo, su alivio se convirtió en consternación ante el hombre que apareció ante ella al salir de entre los árboles.

—Vaya, vaya, lady Oxford —se oyó la voz socarrona del señor Stone, que la llamaba en el viento. ¿Qué demonios hacía el mayordomo allí? Creía que se había marchado hacía días—. ¿Se ha metido en un aprieto, no es así?

—Sí —dijo ella con voz débil—. ¿No podría ayudarme a subir al caballo? De verdad, solo necesito que me eche una mano, y estoy segura de que después podré llegar a casa.

—Me gustaría ayudarla —dijo él, dando a entender claramente lo contrario—, pero, por desgracia, no me siento muy *caritativo* en este momento, ahora que ya no tengo empleo ni referencias para encontrar otro puesto. Me pregunto qué…, o quién…, lo habrá causado.

—Señor Stone —dijo Scarlett, desesperada—, comprendo que esté enfadado, de veras que sí. Pero podría *morir* aquí si la tormenta continúa.

—¿Y no sería una lástima, siendo usted tan guapa? —se burló él, acercándose para acariciar el hocico de Star—. Lástima que no supiera mantenerse al margen de mis asuntos y vivir como cualquier otra condesa. Su semental es un magnífico ejemplar, a pesar de lo fácil que se ha asustado.

Scarlett entrecerró los ojos al darse cuenta de que él había asustado al caballo a propósito. El muy cabrón. —Déjelo en paz —ordenó.

—Ah, mi señora, ahí está la cuestión. ¡Ya no tengo por qué hacerle caso! Creo que me lo voy a llevar. ¡Adiós, mi señora! ¿Cuánto cree que tardará el conde en encontrarse una nueva esposa?

Y con una carcajada, tiró de las riendas de Star, instando al caballo a avanzar. Pero Star se negó a moverse. El caballo era tan terco y leal como ella, y Scarlett logró sonreír ante la maldición que soltó Stone cuando Star se negó a dar un solo paso. Finalmente, Stone arrojó las riendas con asco. —Quédese con su caballo —gruñó —. De todos modos, no sirve para nada. —Se dio la vuelta y el crujido de sus botas al alejarse la dejó completa y absolutamente sola.

Capítulo Veintitrés

Hunter tenía tantas ganas de regresar a casa que, cosa rara en él, se frustró cuando el carruaje comenzó a aminorar la marcha justo cuando estaban a punto de tomar el camino de entrada.

—¡Chaucy! ¿Qué ocurre?

Sabía que se estaba gestando una tormenta, pero ¿no era esa una razón de más para regresar a toda prisa? Sin embargo, en lugar de acelerar, el cochero detuvo el carruaje, y Hunter ya tenía la puerta medio abierta antes siquiera de que Chaucy bajase del pescante.

—Pero ¿qué…?

Enseguida vio cuál era el problema. Había un caballo errando por el sendero, delante de ellos, con un bulto de algo echado sobre la silla de montar. A medida que Hunter se acercaba, el corazón comenzó a latirle desbocado al reconocer al caballo: era Star, el preciado semental de su esposa. ¿Qué hacía aquí fuera con este tiempo? ¿Se había escapado? Pero no… estaba ensillado. Eso significaba…

—¿Scarlett? ¡¿Scarlett?!

Buscó desesperadamente a su esposa con la mirada a ambos lados mientras Chaucy se acercaba a recoger a Star. De repente, el cochero comenzó a gritar con urgencia.

—¡Mi señor! ¡Venga rápido!

—Chaucy, no puedo ocuparme de un caballo, no cuando mi esposa…

—¡Pero mi señor, si está aquí!

Hunter corrió hacia allí y, al hacerlo, vio que el bulto de tela, casi cubierto por la nieve, que había sobre el caballo era una persona: su esposa. Estaba tan desplomada sobre el cuello del animal que apenas había podido distinguir su silueta.

—¡Scarlett! —gritó, corriendo hacia ella, con el miedo recorriéndole el cuerpo al verla postrada, con aspecto congelado y los labios azules cuando la bajó de Star y la tomó en brazos, arrodillándose en la nieve.

—Scarlett, oh, Scarlett, ¿qué ha pasado? Abre los ojos, amor, ¡abre los ojos!

Por fin, hizo lo que él le ordenaba, aunque su mirada estaba perdida, y si bien sus dientes comenzaron a castañetear con violencia, al menos era mejor que la quietud del momento anterior.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí fuera? —le espetó.

Ella intentó responder, pero él negó con la cabeza para que se detuviera, a pesar de que había sido él quien le había hecho la pregunta.

—No importa por ahora. Debemos llevarte a la casa lo más rápido posible para que entres en calor. Chaucy, ¿quiere ocuparse de los caballos?

Cuando el hombre asintió, Hunter subió a su esposa al carruaje, se sentó él también y la abrazó con fuerza en un intento de calentarla lo mejor que pudo.

—Hunter —dijo ella con debilidad, y a pesar del esfuerzo de él por decirle que no hablara, ella insistió—. Hunter, tengo que decirte algo.

—¿Sí?

—Te quiero.

Ella levantó la cabeza y sus ojos color avellana lo taladraron con la mirada, como si le suplicara que la oyera, que la entendiera. Él la entendió de sobra. Esas dos palabras liberaron en su interior emociones de una intensidad que nunca había creído posible, que le recorrieron el cuerpo y lo hicieron temblar casi tanto como ella. Notó humedad en la cara, que al principio atribuyó a la nieve que se derretía, pero pronto se dio cuenta de que eran lágrimas. No

recordaba la última vez que había llorado, pero ahora le caían por las mejillas más rápido que la nieve que caía del cielo.

—Lo siento… Lo siento por no habértelo dicho antes.

—Oh, Scarlett —dijo él, atrayéndola hacia sí—. No seas tonta. Quédate conmigo, aquí, hasta que podamos llegar a casa y ponerte a salvo. Soy yo quien debería disculparse por haberte dejado.

Sus ojos se estaban cerrando, así que hizo lo único que podía hacer en ese momento: abrazarla con fuerza, mecerla y rezar para que todo saliera bien.

* * *

Scarlett sintió calor sobre ella, pero un frío gélido en su interior cuando por fin abrió los ojos. Giró la cabeza a un lado y a otro y vio el fuego que ardía alegremente en la chimenea a un lado y a su marido durmiendo en la silla al otro.

—¿Hunter? —murmuró, y él se despertó de golpe. Los rizos rebeldes de su pelo se arremolinaban en torno a su cara con más desorden de lo habitual; tenía los ojos rojos y cansados, y las mejillas pálidas—. ¿Estás bien? ¿No deberías estar en Londres?

—Scarlett —dijo él, arrodillándose a su lado—. Estás despierta.

—Por supuesto que estoy despierta —se mordió el labio—. Estoy hablando contigo, ¿no?

Él se rio entonces, una risa llena de alivio, mientras apoyaba la frente en la mano de ella, que él sostenía con la suya.

—Estaba tan preocupado por ti.

De repente, su alocada cabalgata le volvió en ráfagas de recuerdos: su caída, las amenazas de Stone, su intento de llegar a casa. «Debo de haberlo conseguido», pensó, aunque no recordaba cómo había llegado a su cama. Pero ¿cómo había llegado Hunter hasta aquí?

—¿Por qué estás aquí? —preguntó desconcertada.

—Estoy aquí por ti —dijo él, sin más.

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde que me caí del caballo? —preguntó ella, intentando incorporarse, pero descubrió que el pecho

todavía le dolía si se movía demasiado rápido.

—Desde ayer —respondió él, acariciándole los dedos—. Te dimos algo para ayudarte a dormir y aliviar el dolor.

—¿Quién te mandó a llamar? Habría estado bien, de verdad. Yo…

—Nadie me mandó a llamar —dijo él, con asombro en el rostro—. Entonces, ¿no recuerdas mucho de lo de ayer?

—Recuerdo caerme del caballo y ver a Stone. Recuerdo que al final conseguí volver a subirme a Star. Tardé una eternidad y me dolió, oh, muchísimo. Pero sabía que si no lo hacía, podría morir congelada ahí fuera, y la tormenta estaba empeorando. Pero luego estaba cansada, y tenía frío y... no sé, debí de llegar a casa, o no estaría aquí.

—¿Qué quieres decir con que viste a Stone? —preguntó él, entrecerrando los ojos, que adquirieron un brillo suspicaz.

—Oh, Hunter, ese hombre es malvado —dijo ella, contándole la historia. Para cuando hubo terminado, Hunter estaba paseando por la habitación, con los rasgos endurecidos en un semblante tan sombrío que ella se habría asustado de no conocerlo tan bien.

—¡Lo mataré! —masculló.

—No puedes matarlo.

—Lo pagará —dejó de pasearse entonces y se giró para mirarla —. Esas palabras... eso es exactamente lo que me dijo a mí: que pagaría por haberme deshecho de él. Al parecer, pensó que esta era la forma de conseguirlo.

Scarlett negó con la cabeza, asombrada de lo lejos que algunas personas estaban dispuestas a llegar para conseguir lo que querían, aunque significara hacer daño a otros.

—No debemos rebajarnos a su nivel, Hunter —dijo ella—. Informa a las autoridades pertinentes y, con suerte, podrán encontrarlo y castigarlo como corresponde. ¿Me lo prometes?

Después de unos instantes, él asintió, aunque de mala gana. — Ahora, Hunter, debo disculparme. No pretendía hacerte volver de Londres. Sé que tenías una reunión muy importante mañana... ¿o era hoy? En fin, estoy bien, puedes volver cuando...

—Scarlett. —Se acercó a grandes zancadas y le puso un dedo en los labios—. No he vuelto hoy. Ni siquiera he llegado a Londres. Di

media vuelta hacia Wintervale y te encontré en el camino de entrada. Eres increíble, eso es seguro, por haber tenido la fuerza para regresar. Y me alegro muchísimo de que lo hayas hecho.

—¿Qué quieres decir con que no has llegado a Londres?

—Me di cuenta de que había olvidado algo más importante que cualquier otra cosa en mi vida: a ti.

—Hunter —dijo ella, incapaz de mirarlo al océano de sus ojos, pues entonces se perdería y olvidaría todo lo que tenía que decir—. Siento haber sido tan cobarde. *Volveré* a Londres contigo. Estaré a tu lado, lo prometo. Fui una necia al dejar que mis propios miedos, mis recuerdos, la vida de mis *padres*, me impidieran vivir la mía. ¿Me perdonas, por favor?

—No, mi amor —dijo Hunter en voz baja, sentándose a su lado; su peso en el colchón hizo que ella rodara ligeramente hacia él—. Pensé que podía traerte conmigo, convertir mi vida en nuestra vida, pero no me di cuenta de que debemos vivir juntos en lo que es mejor para ambos, no solo para mí. Me encanta lo que hago en la Cámara de los Lores, de verdad, pero debo admitir que me absorbe tanto que a menudo me olvidaba de simplemente vivir. Iré cuando empiecen las sesiones, y me encantaría que vinieras conmigo, pero hasta entonces, nos quedaremos aquí, disfrutando el uno del otro. ¿Qué te parece?

—Pero el trabajo que haces... es importante. ¿No necesitas estar allí? —preguntó ella, con los ojos como platos.

—Puedo hablar con los demás por correspondencia o con alguna visita esporádica a Londres. Por suerte, Wintervale no está muy lejos —dijo encogiéndose de hombros—. Pero a ti... a ti sí que te necesito, Scarlett, y he sido un necio por no darme cuenta hasta ahora.

Ella intentó lanzarse a sus brazos, pero se encogió de dolor cuando sintió una opresión en el pecho y volvió a sentarse, boqueando.

—Ah, sí —dijo él, arrugando la nariz—. El médico consiguió venir a verte ayer, y sospecha que tienes el pecho magullado, además de un esguince de tobillo. Ambas cosas sanarán rápido, afortunadamente, pero vas a tener que tener cuidado durante un

tiempo. Nada de montar a caballo. Nada de actividades que requieran esfuerzo.

—¿Ninguna? —preguntó ella con un chillido.

Él negó con la cabeza, apesadumbrado. —Ninguna, me temo... al menos durante unos días.

—Ah, por un momento me has asustado —dijo ella con un guiño, y él se rio, aunque se puso serio al ver la expresión de su rostro.

—¿Te duele? —preguntó él, pero ella negó con la cabeza.

—No, es solo que tengo que decirte algo, algo que debería haberte dicho hace bastante tiempo. Te quiero, Hunter, con todo mi corazón —dijo, teniendo que aclararse la garganta cuando oyó que su voz empezaba a temblar—. Desde el día en que nos casamos, no has sido más que amable y paciente conmigo. Desconfié de ti sin que tuvieras culpa alguna y dejé que el miedo se apoderara de mí. Lo cual es una tontería, en realidad, ya que no temo a casi nada excepto a perder mi corazón. Hasta que me senté allí en un banco de nieve, helándome hasta los huesos, y me di cuenta de que lo que era aún peor que mi amor no fuera correspondido era ni siquiera darle una oportunidad.

Le ahuecó el rostro entre las manos, pasando un dedo por el patrón de pecas de su nariz y mejillas.

—Yo también te quiero, Scarlett —dijo casi en un susurro—. Te lo he dicho muchas veces antes, pero nunca me di cuenta de cuánto hasta que te vi tan entumecida por el frío, con aspecto de que la sangre apenas pudiera seguir bombeando por tus venas. No puedo perderte... no lo haré. Eres mi esposa, Scarlett, y a partir de ahora, voy a pasar cada día recordándotelo.

Entonces empezó a sonreír, hasta que las lágrimas comenzaron a rodar por su rostro mientras su corazón se llenaba de todo el amor posible. Su sonrisa se ensanchó tanto que le dolían las mejillas, mientras él le devolvía la sonrisa, extendiendo la mano para secarle las lágrimas. Este era su marido, que la quería a pesar de todo lo que le había hecho pasar.

—Estaba pensando —dijo él, cogiéndole la mano de nuevo, jugando con sus dedos—. Si necesito volver a Londres de vez en cuando, no está lejos, solo a unas pocas horas. Puedo ir por un día o

así. Luego volveré aquí, contigo. Sin embargo, cuando las sesiones comiencen de nuevo, entonces...

—Entonces volveré contigo —dijo ella, levantando una mano cuando él hizo ademán de protestar—. Lo he decidido y estaré bien. Tengo un propósito; me lo has dado tú con mis obras de caridad y la fundación. Y no vuelvo sola. No voy a volver con un hombre como mi padre, sino contigo, Hunter Tannon. Solo tienes que ser tú mismo y yo estaré bien.

Entonces él se inclinó y, con suma delicadeza, le colocó las manos a ambos lados de la cabeza en la almohada y posó los labios sobre los suyos. La besó con ternura, un beso lleno de la promesa de una vida por venir..., juntos.

Capítulo Veinticuatro

LA DUODÉCIMA NOCHE ~ LONDRES

—Esta ha sido una mala idea.

—¡Oh, no seas tonto! Me encuentro perfectamente bien.

—Sí, pero aun así deberías estar descansando, no en Londres a punto de asistir a un baile.

—No hay ningún lugar en el que prefiriera estar que no fuera de tu brazo.

Scarlett le sonrió con tanta efusividad que Hunter suspiró, sabiendo que ella había ganado esta discusión, como hacía casi siempre. Cuando Scarlett le dedicaba esa sonrisa, él se perdía; se perdía en sus ojos y en su belleza. No es que no le dijera cuándo se equivocaba, pues ciertamente lo hacía de vez en cuando. Pero hoy era un día para celebrar.

—No debería haberte dejado venir —masculló él al llegar a la casa de lord y lady Totnes, donde se celebraba la fiesta de la Duodécima Noche—. Mi reunión con lord Falconer podría haber terminado ya y yo podría estar de vuelta en Wintervale contigo. En cambio…

—En cambio, estamos participando en estas preciosas fiestas de la Duodécima Noche —terminó ella—. A las que yo quería asistir, contigo.

Él todavía no estaba del todo convencido de que debería haberle permitido venir, pero ella había sido tan persuasiva que, a pesar de las órdenes del médico, se había levantado de la cama y se había sentado junto a él en su carruaje apenas unos días después de su accidente. Le prometió que se sentía mucho mejor, y era cierto que él ya no podía ver el dolor en sus ojos como lo había hecho incluso el día anterior.

Por suerte, Londres estaba a solo unas horas de Wintervale, por lo que el viaje en carruaje no había sido largo y, como mínimo, gozaban de todas las comodidades, con un cantal caliente a los pies de Scarlett, una manta sobre sus piernas y el cuerpo cálido de Hunter a su espalda.

—Espero que no hayas sentido que tenías que hacer esto —dijo él, inclinando la cabeza hacia ella—. Para demostrarme que podías vivir en Londres.

—No —negó ella con la cabeza—. Tengo que hacer esto para demostrarme a *mí misma* que este no es el Londres que recuerdo, no el Londres de mis padres. Un nuevo lugar, donde crearemos nuevos recuerdos.

—Así será —asintió él, guiñándole un ojo con picardía—. Te lo aseguro.

Ella le dio una palmadita con buen humor, pero se recostó de nuevo contra él, y él la abrazó con más fuerza mientras el carruaje se detenía.

—¿Qué le parece hasta ahora, mi Clara Courtlove? —Ella se rio y se apartó de él.

—Mucho mejor de lo que esperaba —respondió ella, moviendo las cejas mientras su mirada recorría de arriba abajo el disfraz de dandi de él—. Sobre todo cuando una va acompañada de un hombre como Samuel Strutt.

Llevaban puestos sus disfraces para la velada. Como no habían asistido a las celebraciones de la noche anterior, sus papeles habían sido elegidos por ellos, y las tarjetas enviadas a su casa de Londres. Hunter le echó un vistazo al escote especialmente pronunciado de Scarlett. No le hacía mucha gracia que otros lo miraran, pero se tranquilizó pensando que solo él vería lo que había debajo.

Hunter le tendió una mano a Scarlett para ayudarla a bajar del carruaje, y no se le pasó por alto la profunda inspiración que ella tomó antes de cogerla y subir los escalones por el camino adoquinado hasta entrar en la casa. Enfrentarse a la alta sociedad podía ser abrumador, desde luego; sobre todo teniendo en cuenta que su matrimonio había estado bajo un gran escrutinio durante su separación de tres meses, pero si había alguien con el valor necesario para enfrentarse a los demás, esa era Scarlett, pensó él, con su pecho, ya henchido de por sí, sobresaliendo aún más que el diseño de su llamativo disfraz.

Apenas habían puesto un pie en la casa cuando sus anfitriones casi los abordaron. Hunter quiso interponerse para proteger a

Scarlett, pero parecía que ella no lo necesitaba, pues los saludó con elegancia. De hecho, no tardó en encandilar a la multitud, aunque él no se separó de su lado, sobre todo porque ella apenas podía caminar sola con el tobillo todavía tan dolorido. Afortunadamente, el diagnóstico del médico de un esguince había resultado ser correcto, pero sería difícil para Scarlett pasar la noche de pie. Sin embargo, ella se había empeñado en asistir, por lo que él haría todo lo que pudiera para ayudarla.

—¡Oxford! ¿No me diga que por fin tengo la oportunidad de conocer a su bella esposa?

—¡Wimbledon! —El rostro de Hunter se estiró en una amplia y sincera sonrisa mientras un hombre alto y apuesto se acercaba a ellos, extendiendo un brazo para saludar a su marido.

—Ya veo por qué la mantenía oculta —dijo lord Wimbledon con un guiño—. Temía que alguien como yo intentara robarla.

—Por mucho que lo intente, Wimbledon —dijo Hunter con buen humor, aunque le lanzó a su amigo una mirada de advertencia—. Pero me temo que no tiene ninguna oportunidad.

Wimbledon le guiñó un ojo a Scarlett, prometió sentarse a su lado en la cena y se fue a flirtear con la siguiente mujer que encontró.

—¿Te lo estás pasando bien, querida? —le preguntó Hunter mientras alguien le entregaba una copa de champán.

—Pues la verdad es que sí —dijo ella, abriendo los ojos con sorpresa al volverse para mirarlo—. Ciertamente, hay quienes deciden hablarnos para determinar el estado actual de nuestra relación, pero hay algunas personas sinceras aquí que parecen querer conocerme de verdad.

—¿Cómo no iban a querer? —preguntó él con una sonrisa—. Eres la mujer más bella de la sala.

—Lo dudo —dijo ella con una risa.

—Es verdad —dijo él—. Lo sé, aunque apenas he podido mirar a otra mujer llevándote del brazo.

La sonrisa de ella le envió un calor que le recorrió las venas hasta llegarle directo al corazón, y él juró que pasaría el resto de su vida asegurándose de que esa sonrisa permaneciera en su rostro.

Parecía que su promesa pronto se vería puesta a prueba, pues vio cómo Scarlett fruncía el ceño y siguió la mirada de ella hasta la entrada de la sala. Madeline. ¿Qué hacían ella y Jeremy aquí? Había pensado que se quedarían en el campo hasta la primavera.

La pareja no dijo ni una palabra; se limitaron a saludarlos con un gesto de cabeza al pasar. *Por favor, que esto salga bien*, pensó Hunter, mientras le echaba otra mirada a Scarlett. *Que nos dejen en paz*.

Sin embargo, no pudo ser, ya que, después de la cena, Madeline se dirigió directamente hacia ellos.

* * *

—Lady Oxford, ¿me permite un momento?

Scarlett no tenía ni idea de por qué Madeline Lancaster querría hablar con ella, pero asintió y miró a Hunter para asegurarle que todo iría bien. Él la ayudó a llegar hasta el canapé que había en un rincón del salón, algo apartado del resto de los invitados.

—Le pido disculpas por haberla abordado de esta manera —dijo lady Raymond una vez que estuvieron a solas, aunque Hunter permanecía de pie, apoyado en un pilar a cierta distancia, observándolas—. Es solo que… Fui una bestia, lady Oxford —dijo, bajando la cabeza y pillando a Scarlett completamente por sorpresa.

—¿Qué? —preguntó Scarlett, dudando de si la había oído bien.

—He dicho que le dije cosas que no eran en absoluto apropiadas, sin importar el estado de su relación. Mi propio matrimonio… bueno, no es especialmente cercano. Y es cierto que siempre he sentido cierta *debilidad* por Hunter, y no pensé que ustedes dos estuvieran muy… unidos. De hecho, corrían rumores de que usted lo odiaba y lo obligó a alejarse de usted y a volver a Londres.

Scarlett tragó saliva con dificultad mientras la culpa la invadía una vez más, pues la mujer, de hecho, tenía razón en cuanto a sus acciones pasadas.

—En fin, parece que… bueno, parece que estaba completamente equivocada. Solo hay que observarlos un momento para ver lo

maravillosamente bien que se llevan, lo mucho que se quieren. Le deseo lo mejor y le prometo que nunca volveré a interponerme entre ustedes, ni diré nada que lo sugiera.

—Yo… —Scarlett se quedó tan desconcertada por un momento que no supo qué decir—. G-gracias, lady Raymond. Admito que me sentí bastante insultada por sus palabras en Navidad, aunque supongo que estaba tan disgustada por mi propio comportamiento, que la llevó a usted a sus suposiciones, como enfadada por que dijera algo así. Sin embargo, como somos vecinas y ambas cercanas a Lavinia, sugeriría que lo dejáramos atrás.

—Oh, cuánto me alegro —dijo lady Raymond, cogiéndole las manos—. Y ahora, por desgracia, puede que estas sean nuestras últimas palabras de la noche, ya que mi personaje es el de Maud Mute.

Su expresión era tan angustiada que Scarlett casi se echó a reír, pero se contuvo, ya que lady Raymond no parecía encontrarle la gracia al asunto.

—Muy bien, lady Raymond —dijo—. Regresaremos al campo muy pronto, así que estoy segura de que la veremos allí.

—¿Ambos? —preguntó ella, con los ojos alzados.

—Ambos —confirmó Scarlett con una sonrisa, que lady Raymond simplemente le devolvió con complicidad antes de marcharse.

No mucho después de que se sirviera el roscón de Reyes y el jolgorio comenzara en serio, Hunter se inclinó para murmurarle a Scarlett al oído, y un escalofrío la recorrió al sentir el aliento de él haciéndole cosquillas en el cuello.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó, y ella lo miró sorprendida, asintiendo—. Por supuesto. Te lo diría si no lo estuviera.

—Creo… —se aclaró la garganta— que tal vez necesites un momento lejos de la multitud, para relajarte, por así decirlo.

—No, no creo… ¡Oh! —Finalmente se percató del brillo en los ojos de él, cargados de intención mientras la miraba de arriba abajo sugestivamente, y el pulso se le empezó a acelerar—. Supongo que me siento un poco indispuesta, milord, y creo que debo tomarme un momento para reponerme —dijo, un poco más alto, sonriéndole con malicia. Él puso los ojos en blanco, al parecer no muy impresionado

con sus dotes interpretativas, pero la cogió del brazo una vez más y la sacó de la sala. Scarlett sintió ganas de correr por el largo pasillo, pero con su cojera, avanzaban mucho más despacio. Hunter miró por unas cuantas puertas antes de encontrar finalmente una que fue de su agrado.

—¿Por qué esta habitación? —preguntó ella mientras él la conducía al interior del salón, donde el fuego del hogar les dio una cálida bienvenida.

—Tiene cerrojo —dijo él, alzando una ceja—. Y está vacía.

—¿Quieres decir que las otras habitaciones…?

—Es una noche de celebración —dijo él, encogiéndose de hombros con una sonrisa, y Scarlett se quedó momentáneamente estupefacta—. Aunque —continuó— puede que seamos el único matrimonio que se encuentre a solas en uno de los salones de los Totnes.

—No lo querría de otra manera —dijo ella, acercándose más a él y aferrando los dedos a su camisa. Eso pareció ser todo lo que él necesitó para abalanzarse sobre ella, con sus labios descendiendo sobre los de ella como si hubiera estado privado de su sabor durante días; y, supuso, así era, pues no habían hecho el amor desde su caída.

Sus manos estaban por todas partes mientras se exploraban el uno al otro como si fueran extraños, invadidos por un torrente de emoción en un nuevo escenario, disfrazados, en un lugar donde alguien podría entrar y sorprenderlos en cualquier momento. Y, sin embargo, a pesar de todas las diferencias con las veces anteriores que habían estado juntos, lo que más importaba —Hunter, su marido — permanecía constante. Scarlett podía sentir con qué cuidado la trataba, la ligereza de sus manos haciendo que todos sus nervios se pusieran a flor de piel, que se le erizara el vello. No estaba segura de si era el crepitante fuego o las atenciones de Hunter, pero se sentía sonrojada por completo, de la cabeza a los pies. Su pelo, peinado según su personaje, ya caía en cascada sobre sus hombros, y Hunter aprovechó al máximo ese hecho, entrelazando sus dedos en él, hundiéndolos en su cuero cabelludo mientras tomaba sus

labios con los suyos, probando, tentando, prometiendo más por venir.

—Hunter —jadeó ella.

Él se apartó de ella para musitar: —Para ti soy Samuel Strutt, mi amor.

Esto la hizo reír, y una emoción la recorrió al pensar que aquel hombre se pasaría el resto de su vida tomándole el pelo.

Valía la pena estar con él, a su lado en todo momento. Valía la pena dejar su hogar por un tiempo y, más de lo que jamás hubiera creído posible, valía la pena arriesgar su corazón. Porque si una no lo entregaba por completo, en realidad no había nada que perder, y esa era la mayor de las tragedias.

* * *

¿Podía un hombre ser más afortunado?

La mujer frígida con la que creía haberse casado hacía meses había desaparecido por completo, derretida por el fuego que era la verdadera Scarlett. Ahora lo besaba con más pasión de la que él hubiera creído posible que una mujer pudiera albergar, y la contención de refrenarse, para no agravarle las heridas, lo estaba matando.

Hunter aminoró la marcha un momento y llevó las manos a la espalda de Scarlett, agradecido al descubrir que el vestido del disfraz se ataba con cordones por detrás. Con un rápido movimiento, desató los lazos y el vestido se deslizó con facilidad por sus hombros, donde apenas se sostenía. Las mangas bajaron por la piel satinada de sus brazos y la parte superior y redondeada de sus pechos asomó por encima de la camisa.

Gimió mientras rozaba sus dedos contra sus turgencias, queriendo más, necesitando más. Por mucho que anhelara desnudarla por completo, en el fondo de su mente sabía la dificultad que supondría que su esposa tuviera que volver a vestirse a toda prisa. En su lugar, levantó a Scarlett con la mayor delicadeza posible y la tumbó en el chéster que flanqueaba la chimenea. Deslizó las

manos por sus piernas; los ligueros de las medias lo emocionaron mientras se abría paso entre los pliegues del vestido.

—¿Qué haces? —suspiró ella.

—No te preocupes tanto por eso —murmuró él—. Simplemente, disfruta.

Por una vez, ella le hizo caso mientras él encontraba su pequeño punto de placer y comenzaba a acariciarlo, primero con los dedos y luego con la boca. Le hizo el amor, deleitándose con sus gemidos y gritos de placer, hasta que ella lo pateó, gritando su nombre.

—Hunter, no puedo… no puedo más. Quiero sentirte… ¿Por favor?

Desde luego que podía acceder a esa petición.

—Bueno —dijo, desabrochándose rápidamente la bragueta de los pantalones y dejándolos caer al suelo mientras se inclinaba sobre ella—, ya que lo has pedido tan amablemente.

Y en un solo movimiento se enfundó dentro de ella, gimiendo al sentirla, prieta y húmeda. Le agarró el firme trasero con ambas manos, entrando y saliendo de ella lentamente, sin querer zarandearla para no causarle dolor en las costillas.

—Scarlett —gimió él, sin desear otra cosa que perderse en ella, pero sabiendo que tenía que ser lo más tierno posible.

—Más rápido —dijo ella, instándolo, y cuando él mantuvo el control, ella comenzó a moverse contra él, impaciente porque no la complacía.

—Para, te harás daño —dijo él, llevándole las manos a las caderas, que parecían tan pequeñas bajo sus largos dedos, pero empezó a hacer lo que ella le pedía, embistiendo más rápido, hacia dentro y hacia fuera. Volvió a llevarle el pulgar a su punto más sensible, y en el momento en que la tocó, ella gritó su nombre, convulsionando a su alrededor, llevándolo a él también al límite, mientras se derramaba en ella con un bramido.

Se desplomó sobre ella, manteniendo su peso sobre los codos, que enmarcaban la cabeza de la joven.

—Dios mío, Scarlett —dijo, intentando controlar de nuevo su respiración—. Nunca dejas de sorprenderme.

—¿Yo? —dijo ella con una risa sorprendida—. ¡Tú has hecho todo el trabajo!

—Sí —contestó él con una media sonrisa de autosatisfacción—. Supongo que sí.

Se incorporó, llevándola con él, y a pesar de las protestas de ella de que podía vestirse sola, la ayudó a abrocharse y a arreglarse el vestido, a recolocarse el pelo.

—¿Qué tal estoy? —preguntó ella.

—Deslumbrante —dijo con sinceridad y, aunque ella se rio, él pudo ver la gratitud en sus ojos.

—Bueno, mi amor —preguntó—. ¿Ha colmado Londres tus expectativas hasta ahora?

—Ha sido todo absolutamente maravilloso —dijo ella—. Mejor de lo que jamás hubiera podido imaginar.

—¿Y ahora tus recuerdos?

—El de la Noche de Reyes más maravillosa que podría haber deseado, y el de un marido que no sabía que me estaba esperando.

Ante la sinceridad de su mirada, en medio de aquel rostro imperfecto y, al mismo tiempo, tan absolutamente perfecto, Hunter apoyó su frente en la de ella. —Te seré siempre fiel. Por y para siempre —prometió.

—Y yo a ti. Te quiero, Hunter Tannon.

—Y yo a ti, Scarlett Tannon.

Epílogo

24 DE DICIEMBRE DE 1814

—¿Spicer? —llamó Scarlett—. ¿Le importaría traer la escalera de la biblioteca?

—En absoluto, mi señora —dijo el ayuda de cámara de su marido con una rápida sonrisa. A Scarlett no se le pasó por alto el guiño que le dedicó a su doncella, que ahora era su esposa. «Qué maravillosamente les ha salido todo», pensó con cierta nostalgia.

Cuando Spicer regresó a la estancia, Scarlett cogió la bola de muérdago, dispuesta a colgarla en el mismo sitio que el año anterior.

—¿Cree usted, Marion, que es una tontería querer decorarlo todo de un modo tan parecido al del año pasado? —le preguntó a su doncella.

—En absoluto, mi señora —respondió Marion—. La tradición es importante.

—Tiene razón —dijo Scarlett asintiendo—. Y nosotros estamos empezando nuevas tradiciones. —Había subido dos escalones cuando Hunter entró como una tromba en la habitación.

—¿Pero se puede saber qué haces? —soltó él y, por un momento, Scarlett se quedó paralizada por la sorpresa. ¿De verdad iba a volver a protestar por la decoración navideña este año?

—Colgar el muérdago —dijo ella, pero antes de que se diera cuenta de lo que pasaba, él la había cogido en brazos y la había depositado en el suelo, arrebatándole la rama de la mano.

—Por favor, deja de intentar matarte cada vez que decoras esta casa —dijo él, negando con la cabeza. Scarlett rio por lo bajo mientras él se estiraba para colgar la rama en el gancho del marco de la puerta—. Ahora —continuó, bajándose de la escalera—, debemos asegurarnos de que este muérdago se ha colgado correctamente.

—¿Ah, sí? —dijo ella, enarcando una ceja—. ¿Y cómo piensas hacerlo?

—Si me haces el favor de venir por aquí… —la cogió del brazo y la guio dos pasos hacia delante—. Ahora lo veremos.

Scarlett alzó la vista, vio la rama sobre su cabeza y le sonrió a Hunter, pero pronto sus labios estuvieron ocupados de otra manera, con los de él moviéndose sobre los suyos. Si no fuera porque estaban rodeados de criados, no sabía dónde podría haber llegado aquel beso, pero Hunter no tardó en separarse, susurrándole un «esta noche» al oído mientras se escabullía. Sin embargo, no fue muy lejos, solo hasta la esquina, donde se amontonaban las plantas, listas para adornar la casa.

—Bueno —dijo él—, más vale que nos pongamos manos a la obra si queremos terminar la casa entera para esta noche.

Scarlett sonrió. Parecía que el hombre que antes aborrecía la Navidad había cambiado de opinión.

—¿Qué regalo especial te gustaría por Navidad este año?

—¿No me digas que aún no lo has preparado? —le preguntó ella, y él le dedicó una sonrisa burlona.

—Supongo que simplemente me gustaría saber si he acertado con lo que de verdad deseas —dijo, y ella le sonrió—. Ya me has dado todo lo que podía pedir —dijo—. La oportunidad y la libertad para ayudar a otros cuando me plazca. Aprecio lo que has hecho más de lo que imaginas.

—Tú eres la que tiene un talento y una generosidad sin igual —dijo él, y las mejillas de Scarlett se arrebolaron mientras se apartaba de su indeseado, aunque admirable, cumplido.

La siguiente hora pasó tan deprisa que Scarlett se sorprendió cuando una de las doncellas entró en la habitación y la llamó: —¿Mi señora? Me pidió que le informara cuando Holly se despertara.

Scarlett prácticamente salió corriendo de la habitación y subió a la guardería, con Hunter pisándole los talones. ¿Se cansaría alguna vez de esto, de sostener a su hija en brazos? Cogió a la niña de manos de la nodriza y la abrazó con fuerza, hundiéndose en la mecedora e inhalando el dulce y fresco aroma de su hija.

Holly había nacido hacía tres meses y Hunter la llamaba su regalo de Navidad, pues fue entonces cuando comenzó su amor, que tuvo como fruto a su hija. Scarlett lo miró en ese momento, agachado junto a su silla, y compartieron una sonrisa de satisfacción por todas las alegrías que compartían.

Scarlett cerró los ojos un instante al pensar en lo dolorosa que podría haber sido su vida si hubiera mantenido a Hunter alejado de ella para siempre. En cambio, ahora compartían una vida de alegría, calidez y amor. Tan diferente al infeliz matrimonio de sus propios padres, aunque la madre de Scarlett se había sentido rebosante de felicidad con el nacimiento de Holly. Eso le recordó que…

—Ah, ¿Hunter? —dijo, odiando romper el momento, pero necesitaba decírselo antes de olvidarlo—. Mis…, bueno, mis padres puede que vengan de visita, pero solo por un día o así. Mi madre quería venir desesperadamente a pasar tiempo con Holly, y mi padre también insistió…

Se interrumpió al ver su expresión de horror. —Mis padres también vienen —dijo él con un sonido un tanto ahogado y, a pesar de compartir su consternación, ella tuvo que reírse de la expresión de su cara.

—Vaya por Dios —dijo, mordiéndose el labio—. Pueden ser unas Navidades interesantes.

—Desde luego que sí —dijo él, asintiendo lentamente—. Pero este año, mi amor, no hay nada ni nadie que pueda empañar nuestro amor, ni nuestra confianza mutua.

—Estoy de acuerdo —dijo ella, sonriéndole y abrazando a Holly con fuerza—. Venga lo que venga —damas celosas, tormentas de nieve o incluso padres entrometidos—, lo afrontaremos juntos.

—Así será —dijo él, inclinándose para darle un beso rápido en los labios, antes de besar la frente de Holly.

—Feliz Navidad, mi amor.

—Feliz Navidad.

* * *

Querido lector:

Espero sinceramente que hayas disfrutado de la historia de amor navideña de Scarlett y Hunter. Es una de mis historias favoritas, y pensar en ella siempre me deja con esa cálida sensación navideña.

¡Me encanta escribir historias navideñas y he escrito una cada año! ¡He incluido un adelanto de Un feliz despropósito, mi próximo libro navideño! ¡Es una historia de amor entre el hermano de la mejor amiga, el patito feo convertido en cisne y una fiesta en casa!

Les deseo una muy feliz Navidad. Mis mejores deseos para ustedes y sus seres queridos en estas fiestas.

Si aún no te has suscrito a mi boletín, ¡me encantaría que te unieras a nosotros! Recibirás un libro gratis, así como enlaces a regalos, rebajas, novedades e historias sobre mi adicción al café, mi lucha por mantener vivas mis plantas y mi amor por nuestros amigos peludos.

Español

English

También puedes unirte a mi grupo de Facebook, Ellie St. Clair's Ever Afters, para estar en contacto a diario.
¡Hasta pronto, disfruta de la lectura!

Con cariño,

Ellie

* * *

Un feliz despropósito

Juró que nunca volvería a estar en su compañía.

Hasta que una fatídica Navidad todo cambia cuando coinciden en una fiesta y están a punto de besarse bajo el muérdago.

Lord Elijah Kentmore ha regresado de la guerra justo a tiempo para Navidad, solo para descubrir que nada ha cambiado..., excepto él. Ahora no es más que una sombra del hombre que fue. Muchos de sus antiguos recuerdos se han desvanecido, sustituidos por otros que no le desearía a nadie. Lo único que anhela es que lo respeten por el hombre en el que se ha convertido, en lugar de por el que solía ser.

No reconoce a Joanna Merryton, la mejor amiga de su hermana, pero Joanna tiene recuerdos suficientes por los dos. Aún arrastra las secuelas de las bromas que Elijah le gastaba años atrás, y jamás habría aceptado la invitación de su amiga Caroline a la fiesta de Navidad de su familia de haber sabido que Elijah asistiría.

Cuando Elijah intenta besar a la bella y misteriosa mujer bajo el muérdago, su rechazo lo deja atónito..., al igual que la identidad de aquel patito feo convertido en cisne. Ahora, lo único que desea por Navidad es conquistarla y convencerla de que no es el hombre que ella recuerda. ¿Podrá ganarse el perdón de una mujer a la que tanto daño hizo?

Anticipo de «Un feliz despropósito»

Capítulo 1

—Dijiste que no estaría aquí.

—Lo dije. —Caroline hizo una mueca—. Y de verdad que no pensé que vendría..., pero nos ha sorprendido a todos. Mamá se quedó atónita.

Joanna asintió, intentando mantener una expresión neutra. Sabía que debería alegrarse por su amiga y por toda su familia. Lord Elijah llevaba más de dos años fuera y todos se habían regocijado por su prematuro regreso de la guerra.

Todos menos Joanna.

De hecho, la única razón por la que estaba allí era porque le habían asegurado que el hermano de Caroline seguía de viaje.

Pues, tras la última vez que había asistido a una fiesta de Navidad como aquella en Briercrest, había jurado no volver a estar en su presencia nunca más.

Ahora lo observaba con recelo desde el otro lado del salón, donde estaba sentado en un sillón Hepplewhite de madera dorada, con los ojos oscuros y los párpados entornados, pero a ella no la engañaba su pose despreocupada. Sostenía un pitillo en una mano y una copa en la otra, con una sonrisa de suficiencia en el rostro. Típico, pensó con un bufido, dándose la vuelta para encontrar a su amiga mirándola con una mezcla de pena y aprensión.

—Sé que no fue el… más amable contigo, Jo, y te he pedido perdón más veces de las que puedo contar. Pero de verdad que no

es mala persona.

Caroline la miró suplicante, como si albergara la esperanza de que Joanna pudiera cambiar de opinión.

Pero ella no iba a ceder.

Joanna enarcó las cejas. —Caro, por su culpa me negué a venir a tu casa durante cinco años. Por su culpa perdí la posesión más preciada que me legó mi abuela. Por su culpa, llegué a aborrecer la Navidad.

—Lo sé, Jo, lo sé —dijo Caroline, posando una mano en el brazo de Joanna mientras bajaba la mirada—. Le haré prometer que se portará bien.

—¿Porque siempre te hace caso? —dijo Joanna con ironía, sabiendo que no estaba siendo justa con su amiga, pero incapaz de evitarlo.

—No te falta razón. —Caroline suspiró, pasándose una mano por el pelo, del mismo color chocolate pecaminosamente dulce que el de su hermano—. Sin embargo, prometo que haré todo lo que pueda.

Joanna suspiró, intentando esbozar una sonrisa, pero casi fracasó en el intento, pues no pudo evitar que su mirada vagara una vez más por la extensión de la alfombra Wilton carmesí y dorada.

Lo peor de todo era que Lord Elijah Kentmore era tan apuesto ahora, si no más, como lo había sido siempre. Cinco años lo habían hecho envejecer hasta casi la perfección. Su piel tenía un toque bronceado, herencia de una abuela africana; su pelo, oscuro y con unos rizos que siempre le habían hecho preguntarse si se enroscarían perfectamente en su dedo. Deseaba no saber que sus ojos eran de un precioso tono castaño, con un círculo azul marino en el borde exterior.

Pero lo sabía. Lo sabía todo. Y lo odiaba por lo perfectos que eran sus pómulos, lo cincelada que tenía la mandíbula y lo sensuales que eran sus labios, siempre curvados en esa sonrisa que la tentaba, diciéndole que si alguna vez se dejaba seducir por su dulzura, él le mostraría el más sublime de los placeres.

Pero eso era exactamente lo que había propiciado su perdición años atrás. Ahora era mayor, más sensata y consciente de cómo utilizaba sus encantos seductores para sus fechorías.

No volvería a dejarse engañar.

Justo en ese momento, él se giró y se cruzó con su mirada, percatándose de que lo observaba. Ella dio un respingo de la sorpresa y apartó rápidamente la vista para posarla en el parpadeo de los candelabros sobre la chimenea, antes de recriminarse su cobardía. ¿Por qué iba a avergonzarse de mirar? Todos los demás lo hacían. Ella tenía buenos motivos para ello.

Mantuvo la barbilla alta mientras volvía el rostro hacia él con orgullo, como si no tuviera nada que ocultar.

Y entonces él le guiñó un ojo.

Joanna se quedó boquiabierta por la sorpresa durante un instante, pero cuando él sonrió con suficiencia, ella volvió a levantar la barbilla antes de darse la vuelta, buscando ahora frenéticamente una vía de escape. Al no ver ninguna conversación a la que deseara unirse, decidió que sería un buen momento para hacer un recorrido por algunos de los salones de la parte delantera de la casa, para ver qué había cambiado, si es que algo había cambiado, desde su última visita a Briercrest Manor.

Las faldas de su vestido de seda roja con peto, que seguía siendo uno de sus favoritos aunque tristemente anticuado, susurraron mientras caminaba a paso ligero por el pasillo, alejándose del salón que acogía el entretenimiento musical de esa noche.

La puerta de la biblioteca estaba entreabierta; la empujó y entró. La estancia le pareció acogedora, con un cálido fuego crepitando, y las firmes y sólidas estanterías apiladas del suelo al techo, repletas de los más selectos volúmenes. Ansiaba tener una biblioteca como aquella, una que requiriera una escalera para alcanzar el estante más alto.

Pero, por el momento, ya tenía suerte de poder acudir a la biblioteca de préstamo y sacar un solo título.

La sala seguía igual. Todo en la casa parecía igual, excepto ella. Era ella la que había cambiado. Suspiró y se dispuso a salir de la habitación, pero al llegar al umbral, se detuvo en seco.

Pues allí, bloqueándole la salida, se encontraba el mismo hombre del que intentaba escapar.

* * *

—Vaya, vaya, ¿qué…, o debería decir *quién*…, tenemos aquí?

Eli no estaba del todo seguro de quién era aquella mujer, pero su hermana tenía pocas amigas íntimas y no era dada a hacer nuevas. Había visto a Caroline conversando con ella y al instante se había sentido cautivado por la dama, cuyos llamativos rasgos le habían llamado la atención desde su rincón, desde donde observaba la sala.

Intentaba aparentar indiferencia, pero la verdad era que se sentía mucho más seguro en el rincón, donde podía fingir ser el hombre que había sido y no en quien se había convertido.

Había dejado Inglaterra como Elijah Kentmore, un encantador, un intrigante, un bromista.

La guerra lo había transformado en alguien completamente distinto; alguien a quien, estaba seguro, los juerguistas de aquella sala aún no estaban preparados para conocer.

Descubrió que beber unas copas del buen oporto de su padre le ayudaba a recuperar su antiguo yo, eliminando las capas que se le habían añadido durante sus años en la guerra.

Aún no había intentado recurrir a las mujeres para lograrlo, pero supuso que esta serviría tan bien como cualquier otra para experimentar.

Ella, sin embargo, no parecía del todo convencida.

—¿Me estaba siguiendo? —preguntó ella, mientras sus ojos verdes se tornaban tormentosos, pero a él le gustó el fuego que emanaba de ellos, aunque fuera un fuego de ira y no uno amoroso.

—¿Le gustaría que dijera que sí? —preguntó él, esbozando una sonrisa, pero ella permaneció impasible.

—Preferiría que no —dijo ella, con la boca convertida en una línea severa; una boca de bonitos labios rosados que a él le encantaría saborear.

—¿Sabe dónde se encuentra? —Enarcó una ceja, una mirada que siempre funcionaba con las mujeres, pero parecía que esta era inmune a sus encantos.

—En el umbral de la biblioteca —dijo ella, sin inmutarse.

—Y debajo del muérdago.

—No es cierto —dijo con frialdad, pero entonces, tras una leve contracción mientras parecía intentar recuperar el control, no pudo evitarlo. Miró hacia arriba.

Si era posible que su semblante se tornara más sombrío, lo hizo.

Se cruzó de brazos, apretando el corpiño de su vestido —y sus pechos perfectamente formados— contra su cuerpo.

Eli intentó no mirar. Pero no era tan buen hombre.

Bajó la cabeza. Ella frunció los labios.

Nunca había visto un ceño tan sombrío, y anheló darle la vuelta.

Se inclinó más hacia ella. Ella se echó hacia atrás. Él entró por la puerta. Ella retrocedió.

—Ya no parece que estemos debajo del muérdago —dijo—. Y, de hecho, podría argumentarse que era usted quien lo estaba, no yo. Ahora, si me disculpa…

—¿Quién es usted? —No pudo evitarlo. Necesitaba saberlo.

Ella lo miró, levantando las cejas y abriendo los ojos de par en par antes de examinar su rostro más de cerca, deteniéndose un instante—. Habla en serio.

—¿Cómo podría hacerse semejante pregunta en broma?

Ella separó los labios, sorprendida—. No sabe quién soy.

¿Por qué lo dijo como una afirmación en lugar de una pregunta? Él escudriñó su rostro. ¿*Debería* conocerla? Supuso que había algo familiar en ella, pero no lograba ubicarla.

—Err…

—Increíble. —Resopló, negando con la cabeza.

—Mis disculpas —dijo él, esforzándose por mostrar lo arrepentido que estaba—, pero ya que para uno de los dos es un nuevo encuentro, quizás deberíamos empezar con buen pie.

Le cogió la mano enguantada y, al levantarla, se la llevó a los labios antes de que ella la retirara de un tirón.

—Lord Elijah Kentmore.

—No creo que…

Él se acercó a ella rápidamente, rodeándola por la espalda con un brazo e inclinando la cabeza para besarla antes de que pudiera protestar más —después de todo, estaban bajo el muérdago—, pero

antes de que sus labios tocaran los de ella, se agachó, pasó por debajo de su brazo y se colocó al otro lado.

—¿Qué se cree que está haciendo? —preguntó ella, con dos manchas rojas apareciendo en sus mejillas. Él deseó que fueran de deseo, pero llegó a la desafortunada conclusión de que lo más probable es que fueran por la ira. Se rascó la cabeza.

—Bueno, estábamos debajo del muérdago, y…

Ella levantó una mano y él se encogió, anticipando por un momento una bofetada, pero en su lugar ella mantuvo el dedo en el aire a modo de amonestación.

—Si vuelve a… y digo vuelve a intentar besarme, sobre todo sin mi permiso, se arrepentirá de haber regresado a casa. ¿Me ha entendido?

Estaba rígida, prácticamente temblando de furia, y Eli por fin se dio cuenta de que cualquier sentimiento que aquella mujer albergara hacia él era de la peor clase.

—Entendido —dijo en voz baja, dando un paso atrás, dándose cuenta también de lo groseramente que había malinterpretado la situación—. Y lo siento, por esto y por cualquier mal que le haya causado.

Por un momento, su ira disminuyó, pero pareció volver a armarse de valor.

—Ojalá fuera tan simple —dijo, negando con la cabeza—. Pero el hecho de que ni siquiera me recuerde, y mucho menos lo que pasó…, bueno, eso dice más que cualquier disculpa.

No pudo hacer más que observar, impotente, cómo ella se alejaba furiosa por el pasillo, con sus faldas rojas agitándose violentamente alrededor de sus piernas.

—¿Joanna? —se oyó una voz.

Giró la cabeza bruscamente al ver a su hermana salir del salón y seguir a la mujer desconocida por el pasillo.

—¿Jo-Eli? —Se detuvo al verlo, con la mirada yendo y viniendo de la espalda de la mujer que se alejaba a donde estaba él, con las manos

en las jarras—.

—Oh, Eli —ladeó la cabeza mientras lo miraba con consternación —, ¿qué has hecho?

—¿Cómo que qué he hecho? —dijo él a la defensiva—. ¿Por qué todo el mundo pensaba siempre que había hecho algo?

Probablemente porque, por lo general, así era. Se frotó la frente, consternado al ver que nada había cambiado allí; especialmente, la opinión que su familia tenía de él.

—¿Has hablado con Joanna?

—¿Joanna?

—Sí —dijo ella, señalando el vestido rojo que en ese momento doblaba la esquina, alejándose de ellos—. ¿Has hablado con ella?

—Tal vez —masculló—. Pero dime..., ¿quién es exactamente Joanna?

Ahora fue a su hermana a quien se le abrió la boca de par en par.

—¿No te acuerdas de Joanna? —preguntó—. ¿Mi mejor amiga, Joanna Merryton? ¿La que pasaba las Navidades con nosotros cuando volvíamos a casa del internado? ¿A la que torturabas?

—¿Torturar? No recuerdo haber torturado a nadie. Reconozco que gasté algunas bromas pesadas, sí, pero...

De repente, se dio cuenta de a quién se refería ella.

—¿Joanna? ¿*Esa* mujer es Joanna?

Le tocó a él quedarse de piedra.

—Esa no puede ser la misma Joanna. Tu amiga Joanna es..., bueno, era... sosa. Regordeta. Vulgar. Esta mujer es despampanante.

O eso era lo que recordaba, al menos.

—Sí. —Caroline se cruzó de brazos—. Lo es. Es una de esas mujeres que tardan en florecer.

Vaya si lo había hecho. Su figura regordeta se había convertido en unas curvas deliciosas. Su pelo, que en aquel entonces siempre llevaba recogido en apretadas trenzas alrededor de la cabeza, ahora se veía brillante, liso y pulcro. Sus ojos verdes antes habrían estado ocultos tras unas gafas. Parecía que estas también habían desaparecido.

Era torpe. Ahora era asombrosa.

Se dio cuenta de que seguía mirando el pasillo.

—¿Hice..., hice algo para que me tuviera semejante desprecio?

—¿De verdad no te acuerdas de nada de ella? —preguntó Caroline, arqueando una ceja.

En parte, tenía razón. Le fallaban algunos recuerdos, pero no era el momento de compartir todos sus defectos con su hermana.

—Eh..., los tengo algo borrosos. ¿Puedes refrescarme la memoria? —preguntó.

—Bueno, estuvo aquella vez que fingiste que ibas a besarla bajo el muérdago y en su lugar le pusiste delante al perro mientras todos tus amigos miraban.

Eli tragó saliva.

Eso podía explicar su vacilación cuando él le había señalado dónde se encontraban.

—Y luego estuvo la vez que le metiste carbón en el calcetín, sustituyendo todos los regalos que mamá le había comprado; regalos que habrían sido los primeros que recibía en años.

—No...

—Pero lo peor de todo fue la vez que le robaste el reloj de bolsillo que le había dado su abuela y luego se lo regalaste por Navidad a Cecily Cummings porque te gustaba. Joanna fue a ver a Cecily y le suplicó que se lo devolviera, pero Cecily se negó.

Ahora eran las mejillas de Eli las que se estaban sonrojando.

—¿De verdad hice todo eso? ¿Estás segura de que no lo estás exagerando? Quiero decir...

—Lo hiciste —dijo ella, entrecerrando los ojos—, y yo tuve que estar pidiendo disculpas por ello. No digo que lo hicieras tú solo, pero fuiste tú quien lo perpetró. Así que, si te preguntas por qué no se alegró de verte, ahora ya lo sabes. La verdad, Elijah, es que ni siquiera quiere estar en la misma casa que tú, y la única razón por la que aceptó venir fue porque pensaba que seguías en la guerra. Así que, por favor, *por favor*, déjala en paz. ¿Entendido?

Él asintió.

Pero no estaba de acuerdo. Porque tenía un nuevo deseo de Navidad.

Conquistar a Joanna Merryton.

* * *

Continúa leyendo «Un feliz despropósito»*!*

Otras Obras de Ellie St. Clair

Navidad

Su deseo de Navidad

Navidades con su condesa

Un feliz despropósito

Y fueron felices para siempre

El duque de sus sueños

Su duque llegará algún día

Érase una vez un duque

Un duque rentable

El amor del vizconde

Los escándalos de las inconformistas

Diseños para un duque

Inventando al vizconde

Descubriendo al barón

El experimento del criado

Los escándalos de las inconformistas: Serie Completa

Las Rebeldes de la Regencia

Dedicada al amor

Sospechosa de amor

En la senda del amor

Vencida por amor

Novias Florecientes

Un duque para Daisy

Un marqués para Marigold

Un conde para Iris

Un vizconde para Violet

Los Remington en la Regencia

El misterio del duque de Debonair

El secreto del apuesto detective

La pista del bastardo brillante

En busca del rebelde recluido

* * *

Libros de ingles: www.elliestclair.com

Acerca de la autora



Ellie St. Clair escribe novelas románticas ambientadas en la época de la Regencia, con heroínas vivaces, héroes encantadores y finales felices. Su pasión por la historia se refleja en sus personajes ricamente descritos y en sus historias de amor llenas de tensión irresistible.

Ex periodista con un amor incurable por la historia, es autora de series populares como Remingtons of the Regency y The Bluestocking Scandals. Vive en Saskatchewan, Canadá, con su marido y sus tres hijos.

Cuando no está ocupada escribiendo historias románticas o cuidando de sus hijos, bebe litros de café, entrena en su Peloton, intenta valientemente mantener vivas sus plantas, planea su próximo rescate de perros o sueña con escapadas al lago.

A Ellie le encanta comunicarse con sus lectores, así que visita su página web, envíale un correo electrónico, suscríbete a su boletín de noticias o únete a su grupo de Facebook para disfrutar de contenido exclusivo, regalos y avances de sus próximos libros.

www.elliestclair.com
ellie@elliestclair.com